

GUERRA DE UN AÑO

ENTRE

EL PAPA PAULO IV

Y

FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.

---

MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869



GUERRA DE UN AÑO  
ENTRE  
EL PAPA PAULO IV  
Y  
FELIPE II,  
REY DE ESPAÑA.

mm

,1591249



GUERRA DE UN AÑO

ENTRE

EL PAPA PAULO IV

Y

FELIPE II,

REY DE ESPAÑA.



MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,  
calle del Duque de Osuna, número 3.

1869



AL EXCMO. SR. DUQUE DE RIÁNSARES.

Querido Tío : Si algun mérito tiene esta obrita, es todo de V., y por tanto, á V. la dedico, pues no hubiese nacido sin sus frecuentes estímulos, que con mucha pena han podido despertar mi acostumbrada pereza. Si nada encierra que merezca provocar la curiosidad, la culpa toda es del autor, que no ha sabido dar más interes al resultado de algunos estudios, hechos durante su permanencia en Roma. Podrá servir, sin embargo, este libro para demostrar á V. cuánto aprecio sus buenos consejos, encaminados siempre á mi bien, y para llamar más y más la atencion sobre los inmensos tesoros que contienen las bibliotecas de Roma; riquezas que deberá aprovechar el historiador siempre que quiera describir con exactitud el glorioso pasado de nuestra nacion.

Mucho me alegraré que sea de su agrado este escrito. Si lograse su aprobacion, habré obtenido la única recompensa á que aspiro, y tan buen principio me dará ánimo para seguir reuniendo las notas que en varios años he recogido, y someterlas todas, como este libro, á su cariñoso examen.

SUYO DE CORAZON,

LINO.



GUERRA DE UN AÑO  
ENTRE  
EL PAPA PAULO IV  
Y  
FELIPE II,  
REY DE ESPAÑA.

---

CAPÍTULO PRIMERO.

Causas de la guerra entre Paulo IV y Felipe II. — Carácter de Paulo IV. — El Cardenal Carlos Caraffa. — Galeras del Prior de Lombardía. — Cólera del Papa. — Lottino encarcelado. — Reunion de los Imperiales. — El Papa niega y concede la audiencia al Marqués de Sarriá. — Prision del Cardenal de Santa Fiore. — El Papa hace escribir al Duque de Urbino. — Persecuciones contra los Imperiales Marcantonio Colonna privado de sus Estados.

LAS causas de la guerra que me propongo narrar fueron varias, y diversas tambien las ocasiones. Por un lado el recuerdo de antiguos y recientes agravios, las pasiones mal reprimidas por un ánimo altivo, una ente-

reza de carácter que no conocia ni temia obstáculos, y se convertia á menudo en sin igual obstinacion; un amor exagerado y reprehensible de la propia familia, el deseo si no real y efectivo, aparente al ménos, de destruir la dominacion extranjera en su patria, incitaron á Paulo IV á emprender contra un Soberano católico una lucha que no podia ménos de ser funesta á sus Estados, á toda Italia y á los intereses de la Santa Sede, que, como á Vicario de Jesucristo, estaban encomendados á su celo y custodia. Por otra parte, los deseos de venganza de su sobrino el cardenal Cárlos Caraffa, y el rencor siempre vivo y entero en su pecho por pasadas ofensas; una desmesurada ambicion, una sed ardiente de honores y grandezas, un espíritu marcial y belicoso que habia adquirido, ántes de llegar á vestir la púrpura, cuando seguia la carrera de las armas, un genio astuto, que se complacia y sobresalia en las intrigas, contribuyeron con energía á convertir

en hechos sangrientos las inclinaciones del Sumo Pontifice, y á acrecentar el incendio, que amenazó extenderse por todo el mediodía de la Europa.

Era Paulo IV napolitano y pertenecía á la ilustre familia de los Caraffas. Habia permanecido algun tiempo en la córte de España, durante el reinado de D. Fernando el Católico, que, enterado de su integridad y de su gran saber, le hizo su consejero y vice-capellan mayor. A la muerte de este monarca, su sucesor, Cárlos I, le separó del Consejo, movido á ello, al parecer, por la opinion en que habia incurrido ya, de desafecto á la casa de Austria y contrario al dominio extranjero en su patria. Esto no obstante, el emperador Cárlos le nombró para el arzobispado de Bríndis que Caraffa rehusó, renunciando al mismo tiempo al arzobispado de Chieti, de que se hallaba en posesion, con el objeto de alejarse del mundo, de retirarse á una vida contemplativa,

que sobremanera le agradaba, y de consagrarse del todo al estudio de las Sagradas Escrituras.

En tiempo del saqueo de Roma huyó atemorizado de aquella ciudad y se refugió á Venecia, donde vivió religiosamente con algunos sacerdotes teatinos, de cuya órden habia sido fundador. Elevado á la dignidad cardenalicia, no sólo la aceptó con premura, sino que volvió á encargarse del arzobispado que en los años pasados habia renunciado. Así es que si bien algunos alababan su nueva conducta, considerando como una violencia hecha á su carácter el abandono de la vida tranquila y apartada que desde algun tiempo disfrutaba, muchos le acusaron de que aquel desprecio de las pompas del mundo habia sido un astuto artificio para ocultar su ambicion y alcanzar más fácilmente la púrpura. Dió contiúuas pruebas en su nuevo cargo de un genio severo y áspero, sin que pudiesen jamas removerle de su opinion,



cuando la creia justa, ni las amenazas ni los ruegos. Él fué quien persuadió á Paulo III que estableciese en Roma el tribunal de la Inquisicion, del cual formó parte, ejerciendo su empleo con la mayor rigidez y sin consideraciones de ninguna clase, y no deteniéndole en lo que él creia su deber, ni los odios ni las censuras.

En los consistorios, cuando su conciencia se lo dictaba, solia dar su voto sin guardar respeto á personas, por muy elevadas que fuesen, y libremente tachaba al emperador Carlos de ser fautor de herejes y cismáticos. Durante su pontificado, quejóse amenudo de que este monarca le hubiese hecho reprender y amenazar y le hubiese acusado de parcialidad y de rencor: lo cierto es que cuando fué nombrado arzobispo de Nápoles, el Emperador puso embarazos á su posesion y le causó contínuas molestias en la jurisdiccion de aquella iglesia metropolitana.

A estas causas de disgusto, añadíase que Cárlos V habia estorbado en varios cónclaves su eleccion; y especialmente en el último, en que Paulo fué proclamado, se habian empleado todos los medios para excluirle. En efecto, la exaltacion al pontificado del nuevo Papa desagradó extraordinariamente á Cárlos. El cardenal Santa Fiore, protector de España y jefe del partido imperial en Roma, hubo de enviar á la córté del Emperador á su secretario Lottino, para disculparse y dar á conocer las extraordinarias circunstancias que habian inutilizado en el cónclave todos su esfuerzos, encaminados á evitar la eleccion de Caraffa. Quiso la casualidad que las instrucciones entregadas á Lottino cayesen en manos del Papa, y su lectura exacerbó naturalmente contra aquel soberano su ánimo, ya por tantas razones malquistado.

Era Paulo IV de temperamento bilioso y desabrido : solemne é imponente en todas

sus acciones, parecia nacido para señorear. De una salud fuerte y robusta, enjuto de carnes y todo nervios, á los setenta y nueve años andaba con tal ligereza, que apenas si tocaba la tierra; sus ojos y todos los movimientos de su cuerpo conservaban un fuego y un vigor extraordinarios en su edad. Vehemente en sus resoluciones, brusco y violento en sus palabras, nunca se dejaba llevar de su carácter colérico é impetuoso, como cuando se trataba del emperador Cárlos V y de la nacion española que aborrecia, y que en sus frecuentes arrebatamientos calificaba de vil, abyecta, semilla de judíos y hez del mundo.

Concurrian á irritarle las persuasiones de su sobrino el cardenal Cárlos Caraffa, que tambien abrigaba grandes motivos de queja contra España. Consistian éstos, segun él mismo publicaba con manifiesta exageracion, en que siendo caballero de San Juan y hallándose con cortísimos recursos, hubo de

entrar á servir en los ejércitos de S. M. Imperial; y despues de notables peligros y numerosos trabajos soportados, no habia sido premiado sino con persecuciones, descrédito, exilio y hasta asechanzas contra su vida. Do-  
líase de que nunca hubiese podido lograr la posesion del priorato de Nápoles que habia recibido de la liberalidad de Paulo III. Se lamentaba de que en Alemania un caballero español le hubiese arrancado de las manos un personaje de importancia que habia hecho prisionero y del cual esperaba un gran rescate; y no pudiendo obtener justicia, hubo de volver á Italia, desde donde desafió á su adversario en combate singular, por lo cual fué preso en Trento, de órden del Emperador, y no llegó á recobrar la libertad sino cuando hubo dado su palabra de olvidar la contienda y de abandonar el rescate que de derecho le correspondia. Acusaba ademas á los imperiales, con más audacia que verdad, de haber procurado asesinarle y envenenarle,

ántes y despues de su elevacion al cardenalato.

Este ódio tan publico del cardenal Carraffa, que en gran parte gobernaba el espíritu del Papa, y el ánimo conocidamente contrario de Paulo IV al partido imperial, hacian presagiar en lo futuro graves y funestos sucesos, y aumentaban en Roma el mal humor que se habia declarado en la ciudad al anuncio de la eleccion del nuevo Papa, por temor á su natural austeridad, más adecuada al régimen del claustro que al gobierno de un Estado.

No tardaron mucho en realizarse estos pronósticos, y en transformarse en hechos lastimosos, que insensiblemente resultaron de pequeñas ocasiones; pues cuando existe en los Grandes una voluntad resuelta y premeditada de conseguir algun fin, el más ligero caso, el más leve pretexto sirve para pretender y justificar su logro.

Muy pronto se presentó una ocasion de

desavenencia, que no fué desperdiciada por el Cardenal Caraffa. Hallábanse en Civitavecchia dos galeras de Cárlos Sforza, prior de Lombardía y hermano del Cardenal Santa Fiore, que estaban al servicio del Rey de Francia y bajo el mando de Nícolo Alamanni. Teniendo proyectado el Prior seguir el mismo partido que el resto de su familia, se trató secretamente de arrancar las galeras á Nícolo Alamanni y entregarlas á los imperiales. Con este objeto, Mario Sforza y Alejandro, su hermano, clérigo de cámara de Su Santidad, se dirigieron á Civitavecchia en compañía de varios partidarios armados. Recibidos amistosamente por Alamanni, que de nada se recelaba, les fué fácil apoderarse por la fuerza de las galeras. Resolvieron al momento trasportarlas fuera del puerto y ponerlas en salvo; pero hallando oposicion en el gobernador del castillo, obtuvieron por medio de Lottino, secretario del Cardenal Santa Fiore, una órden del Con-

de de Montorio, hermano mayor del Cardenal Caraffa, para que el gobernador dejase salir las dos naves, que fueron conducidas á Nápoles y entregadas á D. Bernardino de Mendoza, á la sazón lugarteniente del Virrey en aquel reino.

En cuanto llegó á oídos de los representantes franceses en Roma la noticia de esta violencia cometida en uno de los puertos de los Estados Pontificios, elevaron reclamaciones enérgicas al Papa, el cual, altamente indignado al anuncio de semejante acto, que consideró como un desprecio manifiesto á su autoridad, mandó inmediatamente que Lottino fuese encerrado en el castillo de Santangelo, é hizo saber, tanto á Mario y Alejandro Sforza, como al Cardenal Santa Fiore, que hubiesen en breve término de devolver las galeras, amenazándoles, en caso de desobediencia con las más graves penas. Declaró al mismo tiempo Paulo IV que no estaba dispuesto á tolerar la osadía á que la

negligencia y el desórden de pasados tiempos habian acostumbrado á los Sforzas, y mucho ménos á permitir que se violase el asilo de sus puertos por aquellas mismas personas cuyo oficio y cuyo deber era custodiarlos, como incumbia al Camerlengo y á los clérigos de cámara, títulos de que se hallaban revestidos el Cardenal Santa Fiore y uno de sus hermanos.

Reuniéronse al momento en casa del Cardenal camerlengo, con más precipitacion que buen consejo, todos los principales partidarios del Emperador para tratar este asunto y decidir lo que convenia hacer en vista de las amenazas del Pontífice. Asistieron á esta conferencia el Marqués de Sarriá, embajador de S. M. imperial, el Conde de Chinchon, orador de obediencia en nombre del rey Felipe, los Colonnas, los Cesarinis y varios otros señores romanos; y acudiendo poco á poco mayor número de gente, atraída por la novedad del caso ó por la curiosi-



dad, no sólo se llenaron las habitaciones del palacio, sino que la multitud llegó á cubrir las escaleras, el patio y hasta las calles vecinas. Nárrase que en aquella reunion se murmuró y se habló con algun desden del Papa; que se profirieron amenazas contra su persona y anuncios de futuras calamidades, y que se propasaron algunos príncipes romanos hasta á poner en duda la legitimidad de su eleccion.

Todo cuanto allí se dijo y se resolvió, vino confusamente á oídos de Paulo IV con notables exageraciones, como sucede siempre quando miras particulares hallan su interes en falsificar los mensajes de la fama; y lo que no se habia hecho sino para poner en claro por medio de la discusion aquello que más convenia al servicio del Emperador, ó á lo más para tratar de infundir temor en el pecho del Pontífice, se representó como un conciliábulo convocado para conspirar contra la autoridad y la sagrada persona del Padre Santo.

El Marqués de Sarriá, con intencion de aplacar el enojo del Papa, solicitó una audiencia, que le fué negada, y se presentó inútilmente en el Vaticano, cuya entrada le fué várias veces rehusada. Admitido finalmente á la presencia de Su Santidad, oyó de su boca palabras llenas de aspereza, como solia pronunciarlas, cuando la cólera dominaba su corazon. Juzgando el Marqués que nada podria doblegar aquella mente altiva, hubo de prometer que las galeras volverian á Civitavecchia, y escribió en efecto á Don Bernardino de Mendoza que mandase aquellas naves, para evitar mayores disturbios, que en las presentes circunstancias podian perjudicar al buen servicio del Emperador. Antes de dar este paso, sin embargo, procuróse obtener que Lottino fuese puesto en libertad y que se perdonase á Alejandro Sforza. Pero indignado mayormente el Papa de que se pretendiese entrar en tratos con su autoridad, cuando exigia una obediencia

inmediata, mandó que el Cardenal camerlengo fuese conducido y encerrado en el castillo Santangelo.

Miéntas pasaban estas cosas, el Papa, teniendo entendido que los imperiales habian escrito acerca de lo ocurrido al Duque de Alba, que mandaba las tropas españolas por aquel tiempo en el ducado de Milan, dispuso que se enviase al Duque de Urbino el capitan Guasconi con instrucciones (15 de Agosto de 1555) para asegurarse momentáneamente contra las maquinaciones urdidas, segun le habian informado, en la reunion tenida por los partidarios del Emperador en casa del Camerlengo; reunion que Su Santidad calificaba de sinagoga. Ponderábase en la carta dirigida al Duque de Urbino la urgencia de que, como capitan general de la Iglesia, estuviese pronto para venir al primer aviso sobre Roma con cinco ó seis mil infantes y toda su caballería. Añadíasele que no se dudaba de su diligencia y soli-

citud en un negocio de tanto interes para la Santa Sede, á la cual habia dado siempre las mayores pruebas de devocion y afecto.

Prevenido de este modo Paulo IV para cualquier eventualidad, pasó á ejercer mayores rigores y persecuciones, no bastante motivadas, contra los imperiales. Mandó encarcelar á Camilo Colonna por las palabras adversas al Papa que se le imputaban, y hubiese hecho lo mismo con Marcantonio Colonna, si con anticipacion no se hubiese refugiado en Nápoles. Fueron citados Marcantonio y su padre Ascanio á comparecer en Roma en muy breve término; y no queriendo el primero obedecer, porque tenía ante sus ojos el ejemplo de Santa Fiore y de Camilo Colonna, y no pudiéndolo el segundo, por hallarse detenido en Nápoles á causa de haber intentado sublevar los Abruzzos, fueron juzgados en contumacia y despojados en el acto de todos sus Estados. A Ascanio della Cornia y á Juliano Cesarini

les fué prohibido alejarse de Roma; varios camareros napolitanos fueron despedidos del servicio del Papa, y se privó á Mucio Tutavilla del mando de la guardia de Su Santidad, y al Conde de Popoli, sobrino del Pontífice, del cargo de gobernador general de las armas eclesiásticas. Estos personajes eran, ó se sospechaba que fuesen, partidarios del Emperador, y este recelo ya entónces bastaba para que se les considerase como delincuentes.

---



---

---

## CAPÍTULO II.

Quejas en la corte de Brusélas.— Anibal Rucellai, enviado á Francia.  
— Sus instrucciones.— D. Bernardino de Mendoza devuelve las galeras del Prior de Lombardia, y se da la libertad á Santa Fiore.  
— La corte de Roma persevera en sus intenciones de guerra.— Prision del abate Nanni y de César Spina.— Avisos de Brusélas.  
— Enojo del Papa.— Se piden socorros con urgencia al Rey de Francia.— Capítulos de la liga con Francia.

Llegaban todas estas noticias, exageradas por la pasion, á la corte imperial, y en vano trataba el Nuncio de mitigar su mal efecto, dando á entender que el Papa no obraba por prevencion de ánimo, sino porque necesitaba imponer castigos para mantener ilesta su autoridad, que era la autoridad de Cristo. A estas razones se contestaba en Brusélas preguntando por qué la justicia de Su Santidad se manifestaba tan sólo contra los agentes y amigos de SS. MM.; por qué se habia pasado con tanta precipitacion á encar-

celar al protector de España, sin dar tiempo siquiera á que se pudiese hacer la restitution de las galeras, y sin guardar el menor miramiento á SS. MM., que siempre habian servido á la Santa Sede con celo y veneracion. Y exaltándose los ánimos con el calor de la discusion, se llegaba á decir que el encarcelamiento del Cardenal camerlengo no era sino una venganza de su oposicion en el cónclave; que se debía negar la obediencia al Papa, y llevar la guerra al seno mismo de Roma, porque de otro modo SS. MM. perderian todos sus amigos y toda su influencia en Italia, desde el momento que se les viese tolerar tamañas ofensas sin mostrar su resentimiento y sin poner un inmediato reparo.

Los sucesos, por tanto, marchaban con rapidez; la mala voluntad del Papa y de su sobrino hacía los imperiales se revelaba cada día más abiertamente; y vislumbrándose un próximo rompimiento, que el Cardenal Ca-



raffa deseaba con ardor, hubo de buscarse un auxiliar poderoso, porque bien se conocia que el Pontífice con solas sus fuerzas no podia ni soñar siquiera la posibilidad de una lucha con probabilidades de buen éxito. Pensó, por consiguiente, Caraffa pedir el apoyo del mayor enemigo del imperio, del Rey de Francia; y despues de haber iniciado este asunto con los representantes de aquel Soberano, que halló favorables á sus miras, envió secretamente á Francia á Aníbal Rucellai, persona de toda su confianza, para referir al Rey todos los motivos de disgusto que la Santa Sede tenía con el Emperador, y para tratar de formar una liga ofensiva y defensiva contra los enemigos del Papa, como intitulaba á los imperiales.

Escribió con este objeto Caraffa á Enrique II y á la Reina de Francia para que oyesen á este enviado con benignidad; al Condestable de Montmorenci, al Cardenal de Lorena y al Duque de Guisa, al Maris-

cal Strozzi y al Príncipe de Salerno, para que le apoyasen con su influjo, y al Nuncio para que le ayudase y aconsejase en sus gestiones. Conociendo ademas el valimiento de Madama de Valentinois, favorita del Rey, no vaciló en recomendar á su suma bondad y prudencia la negociacion encomendada á Rucellai (14 Setiembre 1555).

Estaba especialmente encargado Rucellai de recordar y exagerar las ofensas de los imperiales que obligaban á la Santa Sede, porque así lo exigia su dignidad, á interrumpir toda relacion con el Emperador y con la corte de España. Debia referir al rey Enrique lo que se habia tratado y establecido ya con sus ministros d'Avanzon y Lansac, en punto á la proteccion de la Santa Sede y de la familia Caraffa por parte de la Francia, y á la promesa hecha por éstos de aprontar el dinero necesario, á cuya cuenta habian anticipado cincuenta mil escudos para cualquiera eventualidad que pudiese sobrevenir.

Contenian sus instrucciones que los representantes del Rey habian ofrecido hacer venir á Italia, á los Estados Pontificios ó donde pareciese más oportuno, doce compañías de gascones que se hallaban en Córcega, y la caballería francesa que permanecia en Parma, en la Mirandola y en Montalcino; habian prometido igualmente que el Mariscal de Termes emprenderia inmediatamente su marcha desde Avignon con el mayor número posible de infantes, para ponerse á las órdenes inmediatas de Su Santidad, y que en el caso de necesitarse más tropas ó provisiones, se formarían á espensas de la Francia.

Se encargaba á Rucellai que solicitase del Rey la pronta confirmacion de estos tratados, porque no comportaba el negocio dilacion alguna, y el envío de las facultades auténticas al Sr. d'Avanzon ó á quien fuese más de su agrado, para poder celebrar una liga ofensiva ó defensiva, ó la una y la otra;

que diese á entender á S. M. que el Cardenal Caraffa contaba con un gran partido y numerosas inteligencias en los Abruzos, y podia comprometerse sobre su honor, como caballero y como Cardenal, á entregar en poco tiempo aquella provincia en poder del Rey, teniendo ademas por cierto que los muchos parientes é innumerables amigos de la familia Caraffa entre la nobleza del reino de Nápoles le prestarian, llegado el caso, un firme y poderoso apoyo; que pidiese al Rey el envío á Roma, á la mayor brevedad posible, de un príncipe de sangre real, con el dinero necesario y con plena autoridad para mandar el ejército. Debia manifestarse al mismo tiempo á Enrique que era absolutamente indispensable una autorizacion en regla para que sus ministros pudiesen dar entrada en la liga al Duque de Ferrara y á los Venecianos, persuadiéndoles á ello con grandes promesas, en cuyo propósito la Santa Sede trabajaria por su parte con eficacia; que ya el

Duque de Urbino estaba dispuesto á acudir al servicio del Papa con seis mil hombres de infantería bien armados, y que en los Estados de la Iglesia se armarian diez mil infantes, y se reunirían todas las municiones y artillería suficientes; que si bien el Santo Padre se encontraba por el momento exhausto de dinero, por no haber querido gravar á sus pueblos en el principio de su pontificado, no dejaría en esta ocasion de proveerse de todo lo necesario muy en breve; y por fin, que aún cuando se arreglasen las actuales desavenencias con los imperiales, siempre sería forzoso concluir por romper con ellos toda relacion, porque no era posible ya fiarse de sus palabras.

De este modo, el Padre comun de los fieles, olvidando los deberes que le imponía su alta representacion en la tierra, maquinaba una guerra cuyas consecuencias no se podían prever, sin que hubiese motivos fundados para ella, y sobre todo, sin que sus presun-

tos adversarios conociesen la tormenta que les amenazaba. De excusa podrian servirle ante la historia las instigaciones y engaños de su sobrino el Cardenal Caraffa, si excusa puede ser para un reinante el dejarse gobernar por los ambiciosos consejos de un súbdito.

Habia Caraffa añadido en las instrucciones de Rucellai el último párrafo, que trataba de la necesidad absoluta de una lucha, porque conocia que el asunto de las galeras no tardaria en componerse, y temia que, desaparecido el motivo principal del enojo del Papa, huyesen con él sus esperanzas de una guerra, de la cual confiaba que resultarían grandes beneficios para su familia. En efecto, á ruegos del Conde de Santa Fiore, jefe de la familia Sforza, D. Bernardino de Mendoza envió las naves á Civitavecchia, donde fueron de nuevo entregadas á Nicolás Alamanni; y algo calmada la ira del Papa por esta sumision á sus mandatos, devolvió

la libertad al Cardenal camerlengo, obligándole, sin embargo, á prestar una caucion de trescientos mil escudos, que debia responder de sus acciones futuras.

Dudaba Caraffa que este suceso pudiese dar como terminadas las disensiones del Papa con el partido imperial, y entibiar las negociaciones que se seguian en Francia; y con objeto de prevenir la impresion desfavorable que hubiese podido producir en aquella córte la liberacion de Santa Fiore, escribió inmediatamente al Rey y al Condestable de Montmorenci, excusando, por decirlo así, á su tio, de haber tomado esa determinacion, á la cual le habian inducido las reiteradas instancias del Sacro Colegio (20 de Setiembre de 1555). Envió ademas extensas instrucciones acerca de este suceso á Rucellai para que pudiese dar todas las explicaciones necesarias. Manifestábale que Santa Fiore no habia obtenido su libertad sino despues de haber prometido obedecer al

Papa, presentarse á toda requisicion, y no alejarse de Roma sin una licencia escrita de Su Santidad, pues de lo contrario se exponia á la pérdida de la caucion prestada y de todas sus dignidades y beneficios; que se habia declarado terminantemente á Su Emi-nencia que aquella gracia provenia única-mente de la benignidad del Pontífice, y no de instancias que hubiese hecho á su favor ningun príncipe; que en el consistorio ce-lebrado el dia 20 de Setiembre, Su Santidad le habia reprendido severamente y le habia aconsejado más prudencia en lo sucesivo, y el abandono de su partido, si queria conser-var su benevolencia y no hacerse merecedor de nuevas penas, las cuales se ejecutarían sin remision alguna. Añadíase á Rucellai que por este acontecimiento no debia dete-nerse en sus negociaciones, puesto que la córte romana perseveraba siempre en las mismas intenciones y en los mismos deseos.

Nuevos incidentes vinieron á agriar el



ánimo, algo aplacado, de Paulo IV, por la sumision de los Sforzas. Fueron cogidos un cierto abate Nanni, espía de los españoles y al mismo tiempo del Cardenal Caraffa, y un calabres llamado César Spina, soldado de profesion, hombre de malas ideas y peores costumbres, y se los acusó de haber sido enviados por el Rey de España para envenenar al Papa y á su sobrino. Encarcelados y sometidos al tormento, horrible uso de aquella época que más servia para condenar inocentes que para descubrir culpables, el dolor les hizo confesar un delito y simular unas órdenes que en ningun modo podian proceder de un monarca tan católico como Felipe, ni tampoco de sus ministros. Se formó un proceso, intitulado *Coram Illmo. Dño. Pro fisco Cam.<sup>a</sup> Aplica. contra Philippum Regem Hispaniarum et complices*, en que con ligereza increíble ó con audacia sin par, no se titubeó en mezclar al Rey de España, y en hacer aparecer por

medio de unas cartas cifradas que se hallaron en poder de un cierto abate Berseño, agente del Duque de Alba, várias maquinaciones urdidas por los ministros imperiales contra el Cardenal Caraffa y contra el Papa. Nada se pudo sacar en claro de aquellos documentos, y difícil era que de otro modo sucediese: así es que los procesos se suprimieron más tarde, aunque Nanni y Spina pagaron su confesion con la vida.

El Papa, de su natural suspicaz y receloso, prestó crédito á todas estas tramas; y por muy absurdas que pareciesen á todo espíritu imparcial y sensato, inclinaba tanto más á creerlas, cuanto que recibía noticias, por cartas del Nuncio acreditado cerca del Emperador, de lo quejoso que se manifestaba este soberano por los malos tratamientos usados con sus partidarios en Roma. Escribía el Nuncio que el obispo de Arras, Antonio Perenotto, principal ministro del Emperador, le habia hablado con mucha as-

pereza del arresto del Camerlengo y de Camilo Colonna, y del secuestro de los Estados de Marcantonio Colonna; considerándolos como una ofensa directa á su soberano. Cartas particulares de Brusélas añadían que Granvela habia incitado á aquel monarca á mover la guerra al Papa; y por otro lado llegaban avisos de que el Virey de Nápoles habia enviado tropas á los confines de los Estados Pontificios, afirmando la fama, con su acostumbrada exageracion, que doce mil Alemanes se habian situado en Civita de Chieti, ciudad del reino de Nápoles no muy distante de la frontera.

Todas estas sospechas, estos secretos avisos y graves rumores que la credulidad propia de sus años acogia sin reserva, vinieron simultáneamente á oídos del Pontífice, pusieron su mente en notable perplejidad y encendieron en su pecho la ira, siempre consejera de resoluciones precipitadas. Se apresuró á reunir los cardenales y embajado-

res de las potencias que merecian su confianza, y procurando justificar todas sus acciones, describió las injurias que habia recibido y estaba sufriendo por parte de los imperiales, y acabó por aducir la necesidad de dar muestras en breve de su resentimiento.

Invitó en seguida (30 de Setiembre 1555) á una conferencia secreta al embajador frances, Sr. d'Avanzon, y á algunos de sus íntimos consejeros; y con la facundia que le era peculiar, recordó una á una todas las ofensas que tanto á él como á su sobrino les habia hecho el Emperador, mandó leer las cartas del Nuncio y parte de los procesos formados, y se quejó de su triste condicion, puesto que, constituido por Dios para ser padre comun de los cristianos, se veia en la terrible obligacion de hacer uso de las armas contra sus hijos, y de declararles la guerra, no tanto por el temor de perder la vida, que hubiera sacrificado siempre gus-

tosos á la paz universal, sino porque así lo requería la dignidad de que se hallaba revestido, y la santa autoridad confiada á su custodia. Concluyó su discurso el Papa, manifestando que esperaba ver muy pronto uno de los hijos de S. M. Cristianísima duque de Milan, y el otro rey de Nápoles, y encargando la negociacion de este asunto á su sobrino el Cardenal Caraffa, el cual no desperdició la ocasion, y escribió sin tardanza, sobre el particular, á Rucellai, al Rey de Francia y al Condestable de Montmorenci, para que con toda urgencia se preparasen y enviasen los socorros que se necesitaban.

Temiendo, sin embargo, que las circunstancias hiciesen variar las disposiciones en que el Papa se hallaba por el momento, y que tan favorables se ofrecían á sus designios, redactó Caraffa á toda prisa con d'Avanzon los capítulos de una liga con el Rey de Francia, que fueron firmados sin demora por el Pontífice y enviados inmediata-

mente á la córte de Francia para que fuesen cuanto ántes ratificados (14 de Octubre). El contenido de estos capítulos era el siguiente:

El Rey Cristianísimo se obligaba á defender con todas sus fuerzas al Papa y á la Santa Iglesia contra cualquiera agresion ú ofensa, y debía considerar esta obligación como la más sagrada, comprometiéndose á no abandonar á Su Santidad bajo ningun pretexto, como conviene que haga un verdadero y piadoso hijo en defensa de su muy querida y santa madre. Este compromiso se entendia sin reciprocidad, y nacido tan sólo de la bondad y ánimo cristianísimo del Rey, pues Su Santidad tenía puesta toda su esperanza en la virtud y lealtad de S. M., en las cuales confiaba más que en cualquier pacto ó liga. Suplicaba Su Beatitud á Dios que se dignase custodiar á S. M. Cristianísima y á sus Sermos. hijos, del mismo modo que el Rey lo hiciese con el Padre Santo y con la Sede Apostólica.

El Rey y la Corona Cristianísima debían conceder una perpétua proteccion al Ilustrísimo y Rmo. Cardenal Cárlos Caraffa, y á sus Illmos. hermanos el Sr. Conde de Montorio y D. Antonio Caraffa, y sus descendientes; debían ademas remunerar sus Señorías Illmas. y recompensarles por las tierras y bienes que pudiesen haber perdido en el reino de Nápoles, dándoles otras tierras y bienes en Italia y en Francia, proporcionados á su nobleza y á la real magnanimidad.

Se establecia una liga perpétua, defensiva y ofensiva, entre Su Beatitud y la Sede Apostólica por una parte, y por la otra el Rey Cristianísimo en Italia solamente, no comprendiendo el Piamonte.

Se debia hacer un depósito de quinientos mil escudos, al cual el Rey contribuiria con trescientos cincuenta mil escudos y Su Santidad con ciento cincuenta mil; depósito que habia de formarse en Roma ó en Venecia,

dentro del término de tres meses, prometiéndolo renovar siempre que fuese necesario, y sin que esto fuese un motivo para retardar el principio de la guerra si así se juzgase oportuno.

El Rey debía enviar á Italia ocho mil infantes y quinientas lanzas, con mil doscientos hombres de caballería ligera.

Debía igualmente el Rey poner un príncipe á la cabeza del ejército de la liga. Su Santidad era obligado á contribuir con diez mil hombres de los Estados de la Iglesia, y mil caballos, con sus capitanes, coroneles y generales, elegidos por Su Beatitud, y pagados del mencionado depósito.

Su Santidad se comprometia á dar paso, víveres y todas aquellas comodidades que se pudiesen pretender en los Estados eclesiásticos á las gentes del Rey, mediante su justo pago.

El suministro de la artillería necesaria incumbia á Su Santidad, así como el de las



municiones y demas pertrechos, pero estos últimos á expensas de la liga.

Debia empezarse la guerra en el reino de Nápoles ó en Toscana, como más agradára á Su Santidad, porque haciéndose la guerra en Lombardía, se hubiese necesitado otro ejército para defender á Roma y el Estado eclesiástico contra los ataques de los imperiales.

Si en el trascurso del tiempo parecia oportuno emprender la guerra en Lombardía, Su Santidad quedaba obligado á contribuir á su buen éxito, como se habia establecido.

En el caso de apoderarse de Siena, esta ciudad y su territorio pertenecerian á la Iglesia; y si sus habitantes lo consentian, sería la propiedad del Illmo. Sr. Conde de Montorio ó de cualquiera otra persona escogida por Su Santidad.

Recuperándose el Estado de Milan, se devolverian á la Sede Apostólica las tierras y jurisdicciones que le pertenecian.

Debia igualmente declararse la guerra al Duque de Florencia, para restituir á aquel Estado su antigua libertad.

El Rey prometia aligerar las vejaciones insoportables de los pueblos del Estado de Milan, y hacer desaparecer en el reino de Nápoles y de Sicilia las cargas, tributos, imposiciones y otros gravámenes introducidos por los imperiales ó españoles. Prometia igualmente devolver sus antiguos privilegios á las ciudades, barones y lugares que los habian perdido por haber seguido el partido de S. M. Cristianísima.

De lo que se adquiriese en el reino de Nápoles, se debia formar para el Illmo. señor Conde de Montorio un Estado libre y *pleno jure*, de 25.000 escudos de renta, é igualmente para D. Antonio Caraffa otro Estado semejante, que produjese al ménos una renta de 15.000 escudos.

Ninguno de los confederados podia hacer la paz con los enemigos de cualquiera de

ellos ó comunes, sino á noticia de los demas y con su prévio consentimiento.

Debían extenderse los confines de la Iglesia, segun se habia pactado en otros tiempos, en la liga ajustada con Leon X.

Prometia el Rey dar el reino de Nápoles á uno de sus Sermos. hijos, no siendo el primogénito, y Su Santidad le conferiria la investidura con las cláusulas contenidas en el tratado de liga, ú otras que se estimasen convenientes; el Rey debia dar igualmente el ducado de Milan á otro de sus hijos que no fuese el primogénito.

Se ofreceria la entrada en la liga á los señores venecianos, prometiéndoles la Sicilia, si se juzgaba oportuno, é igualmente al Duque de Ferrara y á los señores suizos, como se hacia mencion en la precitada liga de Leon X.

Aumentábase el censo que el reino de Nápoles pagaba á la Iglesia, hasta la suma de cuarenta mil ducados.

El Rey debía dar un Estado en Sicilia á la Sede Apostólica, y no podia en estos nuevos reinos mezclarse de las cosas espirituales ó beneficiales, ni publicar pragmática ó decreto alguno contra la jurisdiccion eclesiástica.

El Rey debía prestar siempre obediencia y fidelidad al Papa, y darle cuatrocientas lanzas y dos galeras armadas para cualquier empresa y á toda requisicion de Su Santidad.

No podia dar asilo á los enemigos ó rebeldes de la Iglesia, ni alistar gentes del estado eclesiástico sin licencia del Papa.

Se comprometia el Rey á enviar su mencionado hijo para que habitase en uno de los dos reinos susodichos, y los gobernadores habian de ser, durante su menor edad, de eleccion de Su Beatitud.

Si el hijo del Rey no pudiese venir á estos reinos á causa de su tierna edad, debian éstos ser administrados por el comun consejo y voluntad del Papa y del Rey, y por persona elegida de comun acuerdo.

El rey Enrique debía prestar juramento por su hijo, hasta que éste se hallase en edad de poderlo prestar por sí mismo.

Tal fué este importantísimo documento firmado con el mayor secreto por el Papa y por el Sr. d'Avanzon, y que ha parecido necesario reproducir en su integridad porque pone en claro y de manifiesto las intenciones de Paulo IV y de sus sobrinos. Tomando por pretexto unas ligeras disensiones con los partidarios del Emperador, que fácilmente hubiera podido apaciguar sin mengua de su dignidad ni de su decoro; aparentando prestar fe á fingidas maquinaciones, tanto más absurdas cuanto más nefandas, se aventuraron al peligro de una guerra sin más motivo verdadero que acrecentar los Estados de la Iglesia, y sobre todo, ensalzar y procurar títulos y riquezas á su propia familia. Dan algunos historiadores á esta conducta de Paulo IV, un móvil más noble y elevado, cual era el de libertar á

Italia del dominio extranjero. Solia decir, en efecto, el Papa que la Italia habia sido un instrumento armonioso miéntras se habia compuesto de cuatro cuerdas, la Iglesia, la república de Venecia, el estado de Milan y el reino de Nápoles; y compadecia las almas de Alfonso de Aragon y de Ludovico, duque de Milan, su cuñado, que destruyeron los primeros las proporciones armónicas de tan noble máquina. Exclamaba entónces con cierto énfasis y no poca presuncion, que si los demas príncipes no querian cuidar de la grandeza de Italia, él la tomaria á su cargo, y que si todos se apartaban de sus consejos, tendria al ménos el consuelo de que se pudiese decir un dia que un viejo italiano, ya próximo á la muerte, y cuando sólo debia atender á reposarse y á llorar sus pecados, habia abrigado en su pecho designios tan altos y de tanto interes para su patria.

Pero mal se pueden creer tan laudables propósitos, cuando se ve que para arrojar

á los españoles de la península, pretendia el Papa poner toda la Italia á los piés del Rey de Francia, cuyas armas, siempre desgraciadas y siempre infaustas á aquel hermoso suelo, eran más temibles porque más vecinas. Lo que claramente se deduce de los capítulos de la liga, es que llamaba á Francia para que ocupase el Milanesado, la Toscana, Nápoles y Sicilia, y que para lograr este objeto hablaba en ellos de libertar á Florencia y disminuir las imposiciones y cargas en todos los reinos y provincias sometidos al dominio español. Procuraba de este modo atraerse los pueblos y contar con su apoyo en la nueva guerra que, segun sus cálculos, debia dar á la Santa Sede la supremacía en Italia, y hacer á los Caraffas poderosos en dominios y riquezas.

---





---

### CAPÍTULO III.

Negociaciones de Rucellai. — Enrique II envia los cardenales de Lorena y Tournon á Roma. — Tratado de liga entre Enrique II y Paulo IV. — Lorena pasa á Ferrara y Venecia. — El Duque de Somma, enviado á Francia. — Preparativos en Roma. — Carlos V. — Tregua entre Carlos V y Enrique II en Vancelles, 5 de Febrero de 1556. — Indignacion y temores del Papa. — Cartas al Duque de Somma. — Enrique II se mantiene firme en la resolucion de observar la tregua. — El Papa envia como legados al cardenal Rebiba á Carlos V y Felipe II, y Caraffa á Enrique II. — Instrucciones públicas de Paulo IV á los legados. — Sus instrucciones secretas á Caraffa.

Miéntas estas cosas se maquinaban en Roma, nogociábase en París por Rucellai para lograr la ratificacion de la liga, que ya se habia firmado en el Vaticano. Reinaba entónces en Francia Enrique II, más inclinado á los ejercicios violentos que á la calma y reflexion exigida por los negocios; amante de la guerra por temperamento, gran favorecedor de la milicia, poco constante en sus amistades y en sus promesas,

fácil á dejarse llevar del parecer de sus con-  
sejeros, aunque siempre propendia á la parte  
que acariciaba su carácter marcial; soberano,  
en fin, de más corazon que cabeza. Dividián-  
se su favor por aquella época el Condestable  
de Montmorenci, el Cardenal de Tournon, el  
de Lorena, el Duque de Guisa, y sobre  
todos ellos sobresalia siempre la influencia  
de Madama de Valentinois, señora de edad  
muy avanzada, y que ejercia tal poder sobre  
el ánimo del Rey, que muchas personas y  
graves historiadores llegaron á creer por su  
parte á encantos y hechizos (1).

Montmorenci y Tournon eran de opinion  
que se debian desechar las ofertas del Papa,  
y tratar una avenencia con el Emperador,  
para dar alguna tranquilidad y sosiego á los

---

(1) Esta influencia de la Valentinois motivó unos versos que  
decian :

*Sire, si vous laissez, comme Charles desire,  
Comme Diane fait, par trop vous gouverner,  
Foudre, pétrir, mollir, refondre, retourner,  
Sire, vous n'êtes plus, vous n'êtes plus que cire.*

pueblos, exhaustos y cansados de tantas guerras. Era locura querer arrojar á los españoles de Italia, donde tenían ya raíces muy fuertes y grandes medios de resistencia; y era imprudencia sin par fiarse de las promesas de los Caraffas, y dar crédito á las inteligencias que decían tener en el reino de Nápoles, siendo comun defecto de los emigrados confundir con la realidad sus deseos y sus ensueños. Mal se podía contar con un Pontífice octogenario, que faltaria el día ménos pensado, y sería reemplazado acaso por un Papa de ideas contrarias; y sobre todo, no parecia de buen consejo acometer una guerra en Italia cuando los príncipes más poderosos de aquella tierra se declaraban neutrales ó enemigos.

Guisa y Lorena, por el contrario, hacían ver á Enrique un porvenir de grandeza y de poder para la Francia, debidos á su valor; la gloria que resultaria para su nombre, la necesidad de debilitar á España, ansiosa

de paz, porque sentia sus fuerzas abatidas y porque le faltaba el nervio de la guerra, que es el dinero, y la rivalidad entre las dos naciones, siempre sostenida por su augusto padre Francisco I, porque así lo exigia el honor de la Francia. Madama de Valentinois, que tenía poca aficion á Montmorenci, apoyaba con todo su influjo estas razones, ya de por sí más agradables al oido de Enrique; así es que envió á Roma con el mayor secreto al Cardenal de Lorena y al de Tournon, aunque éste se resistia, con ámplios poderes para dar entrada en la liga á los Venecianos, al Duque de Ferrara y otros príncipes y potentados que quisieran tomar parte en la empresa de libertar la Italia, participando de los frutos que se sacasen de la ofensiva, como de los beneficios de la defensiva. Estaba autorizado Lorena para prometer todo aquello que le pareciese de razon, así como para dar á los embajadores y ministros del Rey en Italia todas las

órdenes que pudiesen facilitar sus negociaciones.

Ajustóse el tratado con el mayor sigilo, tomándose por base el anterior convenio firmado por Su Santidad y por d'Avanzon, que se adoptó en su casi totalidad, con ligeras diferencias. Se asentó que el Rey no abandonaria á Su Santidad sino en el único caso de ser acometido en su propio reino. Omitiéronse los artículos en que se concedian Siena y algunas tierras del Milanesado al Conde de Montorio y á la Santa Sede. Se dió entrada en la liga, no sólo á los Venecianos, sino á todos los príncipes de Italia que quisiesen unirse para libertar á Italia. Se reservó la Iglesia Benevento y su territorio en el reino de Nápoles. Decidióse que los confines de la Iglesia se habian de extender hasta San Germano inclusive, el Garillano y el rio Pescara, comprendiéndose en estos límites la ciudad de Gaeta. El censo que se habia de pagar por Nápoles á la Cámara

Apostólica, se redujo á 20.000 ducados con la guinea. Se excluyeron los beneficios de *jure patronatus* de la prohibicion de mezclarse los reyes de Nápoles en asuntos espirituales y beneficiales. Se resolvió que durante la menor edad del hijo del Rey, que habia de recibir la investidura del reino de Nápoles, los gobernadores serian nombrados por el Papa con la anuencia del Rey de Francia. Se añadió que el hijo del Rey y sus sucesores no podrian ser elegidos ni nombrados rey ó emperador de los Romanos, rey de Germania, señores de Lombardía ó de Toscana, ni rey de Francia; y que en el caso de adoptar alguno de esos títulos, cesaria *ipso facto* la investidura del reino de Nápoles. Se estableció, por fin, que el nuevo rey de Nápoles debia permitir la extraccion de 10.000 cargas de trigo de la Sicilia siempre que la ciudad de Roma lo necesitase, satisfaciéndose por la Cámara Apostólica el debido pago. Los demas ar-

tículos permanecieron tales cuales habian sido redactados anteriormente.

Concluido este tratado en 15 de Diciembre de 1555, fué remitido á París para la ratificacion; y el Cardenal de Lorena, fingiendo no haber podido entenderse con la Santa Sede y no haber conseguido su intento, salió de Roma con objeto de volver á Francia y aconsejar á su vuelta, tanto al Duque de Ferrara como á los Venecianos que se adhiriesen á la liga. No le fué difícil persuadir al Duque de Ferrara. Ávido de gloria, y deseoso de extender sus dominios; enemigo de los españoles y preparado ya su ánimo por las gestiones de los agentes de Francia y por las cartas del Cardenal Carraffa, creyó no deber desperdiciar las ventajas que se le proponian, y la ocasion de engrandecimiento que se le presentaba. El senado veneciano, por el contrario, como más cuerdo y mejor enterado de las circunstancias de Italia, y de las fuerzas de las respec-

tivas potencias, prefirió conservar la neutralidad y la paz de que gozaba, aconsejando á los demas que siguiesen su ejemplo, por ser dudoso siempre el éxito de las guerras, y necesitar Italia reposo.

Envióse al mismo tiempo al Duque de Somma á París para solicitar la expedicion de todo lo que se habia prometido por parte del Rey de Francia en los capítulos de la liga, y para demostrar la conveniencia de no dejar trascurrir tiempo y hallarse prontos para la lucha ántes que el enemigo, porque de esta circunstancia dependia en gran parte la victoria.

Entretanto en Roma se hacian continuos preparativos de guerra, se creaba al Conde de Montorio general de la Iglesia, y se le investia poco despues del ducado de Paliano, perteneciente á Colonna; se ocupaba el marquesado de Montebello en la Romaña, dominio del Conde Guidi, para darlo á Antonio Caraffa, otro sobrino del Papa;



y se recibían, por fin, los capítulos de la liga debidamente suscritos por el Rey de Francia en 18 de Enero de 1556.

Mientras estas cosas pasaban en Italia, el emperador Cárlos, gravemente enfermo y agobiado por los dolores de la gota, que le atormentaban durante casi todo el año, y no dejaban ningún reposo ni á su cuerpo ni á su espíritu; cansado de los negocios, y sintiendo acaso que su estado de salud no le permitía ya dirigirlos con aquella actividad que se había admirado en él durante todo su reinado, había resuelto renunciar en la persona de su hijo Felipe sus numerosos Estados, y encerrarse voluntariamente en un retiro en que pudiese gozar de alguna tranquilidad y terminar religiosamente su vida. Así lo ejecutó en efecto aquel príncipe extraordinario en todas sus acciones y grande en todos sus propósitos. Deseaba, sin embargo, el Emperador, ántes de dejar el mundo, dejar á su hijo libre de guerras y de enemis-

tades, para que no encontrase obstáculos y apuros al principio de su gobierno; y con este intento procuró por todos los medios celebrar con su enemigo capital, el Rey de Francia, una paz sólida y duradera, á la cual inclinaba igualmente el ánimo de Felipe. Hacia tiempo ya que se practicaban inútilmente gestiones para llegar á un acuerdo, pues no parecían aceptables las proposiciones de Enrique. Apremiado, sin embargo, por las circunstancias, el Emperador acabó por admitirlas, y se firmó en Vancelles, en 5 de Febrero de 1556, una tregua de cinco años con el Rey de Francia, en la que se comprendió al Papa por ambas partes, á pesar de lo que afirma en contrario, en su *Historia del Concilio Tridentino* el Cardenal Sforza Pallavicini, que no debió leer el tratado.

Habian llegado á conocimiento del Cardenal Caraffa estas negociaciones, ya de ántes entabladas para lograr la paz entre las dos

coronas; pero no podia creer, como no lo creía, al parecer, tampoco el Rey de Francia, que los imperiales aceptasen las proposiciones ya por ellos várias veces rehusadas; y mucho ménos estaba en su mente que pudiese ajustarse un tratado tan contrario á todas las promesas hechas por Enrique en la reciente liga. Así es que tanto á él como al Papa causó suma sorpresa y no menor indignacion la noticia, que les fué comunicada por el Nuncio, de la tregua efectuada.

Inmediatamente el Cardenal Caraffa dirigió al Duque de Somma, acerca de este suceso, una carta digna de referirse en su mayor parte, por ser documento de alta importancia, y que arroja una luz muy clara sobre la mala fe del rey Enrique, sobre las intrigas del Cardenal y sobre los deseos de la córte romana.

«El Obispo de Viterbo, decia la carta, nos ha escrito con diligencia, desde Blois, que la

»suspension de armas ha quedado estableci-  
»da el dia 5 del corriente por cinco años; la  
»cual noticia nos ha sorprendido y se nos ha-  
»ce difícil de creer; pues habiendo S. M.  
»Cristianísima invitado á Su Beatitud á re-  
»sentirse contra los imperiales en la forma  
»que lo ha hecho, y habiendo prometido de-  
»fenderle y no abandonarle, parecia cuando  
»ménos conveniente que descubriese á Su  
»Santidad su ánimo ántes de dar cabo á ne-  
»gocio de tanta importancia. Yo particular-  
»mente me hallo en una falsísima situacion,  
»pues conozco que he engañado á mi tio, el  
»cual solia decirme con frecuencia: ¿Y si  
»me resuelvo á emprender una lucha con los  
»imperiales, que harán esos tus franceses?  
»Cuidado no me abandonen despues, en el  
»momento que más necesitare de ellos. Yo  
»he respondido siempre á Su Beatitud, sobre  
»mi honor, de la buena fe de S. M., asegu-  
»rando que el Rey no haria jamas cosa al-  
»guna sin el expreso consentimiento de Su

»Santidad; y viendo ahora que en efecto ha  
»sucedido lo que Su Santidad recelaba, no  
»me queda valor para comparecer á su pre-  
»sencia, y me veo en la obligacion de de-  
»mostrar que no he sido yo quien he enga-  
»ñado al Papa, sino que el Rey me ha en-  
»gañado á mí, y me será fácil demostrarlo  
»por medio de las capitulaciones firmadas y  
»selladas por S. M..... No creo que sea bas-  
»tante razon para excusar á S. M. el decir  
»que Su Santidad ha manifestado siempre  
»vivos deseos del establecimiento de la paz,  
»pues Su Beatitud no puede en ningun caso  
»expresarse de otro modo; y tampoco puede  
»pretextar el Rey que se hallaba obligado  
»á consentir esta suspension por el tratado  
»del año pasado, en el cual se habia com-  
»prometido á aceptar la tregua. Cambiadas  
»las cosas desde aquel tiempo, y habiendo  
»S. M. Cristianísima, por decirlo así, cogi-  
»do en un lazo al Papa, no tenía ya fuerza  
»ninguna su obligacion, tanto más que por

»nuestras capitulaciones los confederados no  
»pueden firmar acuerdo ninguno con los  
»enemigos de la liga, sin un expreso y co-  
»mun consentimiento..... Creo que S. M.  
»Cristianísima no puede esperar ya de ahora  
»en adelante hallar una puerta abierta para  
»entrar en Italia, como la tenía hoy día; di-  
»go más, creo que S. M. se la ha cerrado  
»para siempre, porque nadie querrá correr  
»el riesgo de fiarse á sus palabras, por te-  
»mor de que le suceda lo que á nosotros.  
»Acaso dirá S. M. que se hallaba exhausto  
»de dinero; pero si no podía continuar la  
»guerra, nos lo debía avisar con tiempo y  
»no dejarnos caminar en falso, como lo he-  
»mos hecho; tanto más, que nada obligaba  
»á S. M. á valerse de estos extremos; de  
»modo que su nombre, tan preclaro hasta  
»el día, empezará desde ahora á perder de  
»su lustre, y se confirmará la opinion con  
»que desde muy antiguo son notados los  
»franceses en el mundo..... Manifieste V. E.

»al Rey la confusion y el dolor de que me  
»hallo sobrecogido, y supplíqueme que no  
»accepte, si es posible, esta suspension de  
»armas, y observe lo pactado con nosotros,  
»que es lo que conviene á sus intereses y á  
»su honra.»

Era tal la ansiedad del Cardenal Caraffa, y su temor de que se llevase el aire los designios desde tanto tiempo acariciados, que sin esperar respuesta del Duque de Somma, volvió á escribirle en 5 de Marzo, reforzando las razones y las quejas que le exponia en la carta anterior, y demostrando que nunca hallaria el Rey ocasion más propicia para apoderarse de las posesiones de los imperiales en Italia; ofreciendo, si fuese necesario, crear ocasiones para que el Rey pudiese faltar sin descrédito á las capitulaciones de la reciente tregua; excusándose de lo extraño que apareceria ver á un ministro del Señor quejarse de una suspension de armas entre príncipes cristianos, por lo mucho que odiaba la ser-

vidumbre y la miseria presente de Italia; proponiendo para consuelo de Su Santidad, en el caso de que se debiese abandonar momentáneamente la ejecucion de la liga, que el Rey, segun lo habia prometido por medio de sus ministros, entregase á la Iglesia las tierras que S. M. poseía en Toscana; y recomendando, por fin, que cuando ménos se mantuviese vivo el tratado de la liga, para que el temor obligase á los imperiales á conceder el territorio de Siena á la Santa Sede, para destruir por medio de esta concesion y de este sacrificio aquellas negociaciones, en cuyo intento se gestionaria sin descanso por la córte romana, en cuanto se conociese la firme voluntad del Rey de respetar la suspension de armas.

Estas quejas, estas protestas de amor á la libertad de Italia, desmentidas por el hecho mismo de quererla entregar maniatada á un soberano extranjero; estas persuasiones de romper sin motivo una tregua establecida



en beneficio de los pueblos, con el intento de satisfacer una mal solapada ambicion, fueron leidas á Enrique por el Duque de Somma, que vió várias veces al Rey sonrojarse al oír calificar de dudosa su buena fe, y de sospechosas sus promesas.

Juzgó, sin embargo, Enrique que por entónces no tenía suficientes motivos para deshacer lo que habia firmado, y todas las sugerencias del Cardenal, así como los esfuerzos del Duque de Somma, no pudieron removerle de su propósito de observar la tregua.

Creyó entónces Paulo IV deber mandar dos legados, el Cardenal Rebiba á Cárlos y á Felipe, y Caraffa á Enrique, con el encargo de procurar con toda eficacia que la tregua pudiese convertirse en una paz duradera entre las dos coronas. Pensando que sus intenciones malogradas permanecian ocultas, esperaba de este modo el Papa lograr la gloria de pacificador, y granjearse el amor de éstos soberanos, al mismo tiempo que

la veneracion y los aplausos de toda la cristiandad. Pero como no podia resolverse del todo á abandonar sus ensueños, encomendó secretamente á su sobrino que tratase por todos los medios á su alcance, de persuadir á Enrique lo mucho que le convenia atenerse á la liga firmada con la Santa Sede, y romper una tregua tan perjudicial á sus intereses como á los de la Iglesia. Con este objeto se formaron en Roma dos registros de las cartas que en nombre del Papa escribia á Caraffa su hermano el Conde de Montorio, actual Duque de Paliano: el uno debia contener todo lo relativo á la comision aparente del Legado y trasmitirse á la posteridad; el otro, secretísimo y dedicado á las negociaciones que habian de conservarse ocultas, y que debian destruirse más tarde para que no quedase rastro ninguno de su existencia. De este modo pretendia el Papa encubrir sus intenciones á los ojos del mundo y de la historia: hasta este extremo se

rebajaba el Sumo Pontífice para contentar las aspiraciones de su ánimo, tan cegado por la pasión, que no le dejaba vislumbrar los deshonrosos senderos en que se precipitaba, y que jamás son seguidos por quien camina apoyado en el derecho y en la justicia.

En las instrucciones públicas de Rebiba y de Caraffa, manifestaba Paulo IV que los príncipes debían reconciliar sus ánimos desunidos, anteponiendo los respetos eternos á los temporales; que merecía grave castigo quien es ocasión de estragos y ruinas en los reinos; que no bastaba á un Soberano proclamar que la razón se hallaba de su parte, por ser ésta siempre dudosa en los litigios intrincados de los grandes, y porque se debía á veces ceder de sus derechos en beneficio del mundo y servicio de Dios; que estaba, por tanto, resuelto á imponer sus penas espirituales y temporales á aquel que opusiese obstáculos á la conclusión de la paz.

Con estas palabras condenaba el Papa

su propia conducta pasada y sus propósitos futuros, pues léjos de obrar en vista de la concordia que tanto aparentaba desear, ocupábase en fortificar á Paliano, amenazando la frontera de Nápoles, y en fortalecer todos aquellos confines que confió á la guardia de Ascanio della Cornia, general de la caballería pontificia. Por el mismo tiempo envió el Marqués de Montebello al Duque de Ferrara para asegurarse más y más de su cooperación, ofreciéndole el generalato de la liga, y despues á Venecia para obtener al ménos de la república un empréstito, en cuya garantía proponia entregar las ciudades de Cervia y Ravena. El Duque de Ferrara se mostró de nuevo pronto á seguir la suerte de los demas confederados bajo las condiciones propuestas; pero los venecianos continuaron siempre rehusando con buenas palabras todos los ofrecimientos, y declarando su firme voluntad de permanecer neutrales. Esta firmeza por parte de los venecianos exasperaba al

Papa, y en sus raptos de cólera solia decir que nada de bueno podia esperar Italia de aquellos *bufones*.

---





---

## CAPÍTULO IV.

Prision de Garcilaso de la Vega y de Juan Antonio Tassis, maestro de postas. — Consistorio en el cual se hacen acusaciones contra el Emperador y el rey Felipe. — Ascanio della Cornia. — Preparativos del Duque de Alba. — Felipe II. — Felipe se decide á mover guerra á Paulo IV. — El Duque de Alba envia al Conde de San Valentino al Papa. — El Marqués de Sarriá pide una audiencia de despedida y sale de Roma (2 de Agosto de 1556). — Bando del Duque de Alba. — Domenico del Nero enviado por el Papa al Duque. — Sus instrucciones.

Ocurrió por entónces un caso que agrió más los ánimos y contribuyó á precipitar las cosas. Habiendo sabido el Gobernador de Terracina, que en aquella ciudad se hallaba, uno de los correos que solia mandar el Virey de Nápoles al Embajador de España, entró en sospechas porque no llevaba sobre sí las insignias de su cargo, y despues de haberle hecho arrestar, le envió á Roma para que allí fuese examinado. Encontráronse sobre su persona varios documentos importantes y una carta cifrada de Garcilaso de la Vega,

agente del Rey Felipe, dirigida al Duque de Alba. Descifrado este papel, decia, entre otras cosas :

« V. E. ordene sus cosas con toda brevedad y no perdone medio ; y si pareciere que yo hablo en esto muy resueltamente , el tiempo doy por testigo.

« El Embajador se da á los diablos..... Estos tres cardenales están temblando. El día que se les pase el miedo no desearian Roma por nada. Juan Antonio, el de las postas, es un hombre que en este tiempo ha la cabeza prendida con alfileres ; para que no se le acabase de perder, sería bueno á tiempo de avisarle, porque es hombre que en esto del escribir no se puede tener.

« En lo de Camilo Colonna, el Marqués (de Sarriá), no le quiere decir nada, porque dice que no quiere que el Papa sepa que le hace huir los hombres. V. E. escriba una carta al dicho Camilo, en que le diga que se salga porque le ha menester para el ser-



» vicio de S. M..... Hágalo, porque al ser-  
» vicio de la Majestad Cesárea importa mu-  
» cho favorecer á estos hombres, pues por  
» sólo ser sus servidores los destruyen.

» En lo de Ascanio della Cornia yo ven-  
» go, á la hora que ésta escribo, de hablarle...  
» A él le han hecho maestre de campo ge-  
» neral..... Va deteniendo hasta agora por ór-  
» den mia. Ayer, vista la necesidad, el Papa  
» le llamó y le dijo que le hacia general de la  
» caballería ligera; hasta agora ni tiene la pa-  
» tente, ni él la pedirá; pero temo que se la  
» den, por tener ya por cierta la guerra; y  
» V. E. entienda que disimulaciones no apro-  
» vechan nada, porque ellos saben lo que se  
» ha ordenado en el Consejo de S. M. en  
» Flándes muy bien, y cuanto se hace en ésa  
» cerca de V. E. de hora en hora. Y para  
» concluir lo de Ascanio della Cornia, V. E.  
» se resuelva en mandarle lo que ha de hacer  
» dentro de cinco dias, y él estará aparejado  
» para hacerlo..., y no hay que temer que és-

» tos hagan más alteracion de la ordinaria por  
» su ida, porque están muy declarados. »

En vista de esta carta, inmediatamente el Papa mandó prender á Garcilaso y á Juan Antonio Tapis, maestro de las postas del Emperador, y los hizo encerrar en el castillo Santangelo, sin querer oir las reclamaciones del Embajador, que protestaba contra estos actos, tan contrarios á los usos del derecho de gentes.

Exacerbado el espíritu del Sumo Pontífice, con más ira que buen consejo, hizo comparecer en el consistorio celebrado en 27 de Julio un procurador fiscal, acompañado de un abogado y de un notario, para declarar que los ministros de César y del rey Felipe, y sobre todo el Duque de Alba, maquinaban abiertamente contra el estado eclesiástico y contra la ciudad de Roma, acogiendo y protegiendo los Colonnas, excomulgados y condenados por crimen de lesa majestad, y preparando asaltos á las tierras del Papa y un nuevo saqueo á Roma;

que no podian tramarse estos proyectos sin la anuencia de sus soberanos, lo que resultaba ademas de várias noticias secretas; que semejante conducta estaba en contradiccion con las investiduras y juramentos prestados por el feudo del reino de Nápoles, cuyo dominio directo pertenecia á la Iglesia. Rogábase, por tanto, á Su Santidad que delegase á una congregacion de cardenales las facultades necesarias para conocer de esta causa; y si llegase á probar el fiscal las acusaciones aducidas, se declarase á dichos ministros y príncipes incursores en todas las penas de excomunion mayor, de decadencia del feudo y de privacion de los honores y de los Estados; se absolviese á los súbditos del juramento, y se ofreciesen sus dominios á cualquiera que los quisiese ocupar. El Papa admitió la instancia con la fórmula acostumbra-  
brada, «si y cuanto era de razon», y anunció que resolveria con madurez y consejo acerca de su ejecucion,

No contento con estas demostraciones que juzgaba terribles, y que en las ideas de los tiempos no tenían ya fuerza ninguna, pasó á mayores persecuciones contra aquellos que sospechaba ser partidarios del rey Felipe. Recelando sobre todo de Ascanio della Cornia, por lo que aparecia en la carta de Garcilaso, mandó á Velletri el capitan Papirio Capizucchi con varios caballos para prenderle. Avisado Ascanio cuando Papirio se hallaba ya á las puertas de la ciudad, pudo persuadir á sus soldados que le impidiesen la entrada, y montando inmediatamente á caballo, se dirigió á Nettuno, donde logró entrar, perseguido siempre por sus enemigos. Dió á entender á los defensores de la roca que sus perseguidores eran sus propios soldados rebelados, les hizo cerrar las puertas, y aprovechó este tiempo para entrar en una barca y refugiarse á Gaeta, y despues á Nápoles, donde fue recibido con el mayor honor por el Duque de Alba, que esperaba

utilizar sus dotes como capitán, y su influencia en las tierras de la Iglesia en la guerra que ya preveía próxima.

Viendo los aprestos del Papa, se preparaba en efecto á la lucha el Duque de Alba, segun las órdenes que habia recibido de su rey, Felipe II. Gozaba por entónçes Felipe en Italia la opinion de imitador de los usos, artes y acciones de su augusto padre, el emperador Cárlos V; de paciente y sosegado en las audiencias, escaso de palabras, de buen ingenio y fácil comprension, de excelente juicio, de asiduo en los negocios y religioso sobre todo, más de lo que se podia esperar de su edad temprana. Creíase, sin embargo, que no tendria ni aquella grandeza y generosidad de ánimo, ni aquella ambicion y deseo de gloria y de dominacion que sobresalian en el Emperador. Antes bien, se le juzgaba propenso á la quietud y al reposo, ignorándose si esta inclinacion suya procediese ó de su propia naturaleza, ó de cálculo,

ó de necesidad; pues entraba á reinar con grandes dificultades y obstáculos, sin hacienda, abrumada la Corona de deudas, empeñadas las provincias, enajenadas ó vendidas gran parte de las rentas, obligado á echar mano de contribuciones y tallas extraordinarias, cansados los pueblos, con un enemigo poderoso como el Rey de Francia, que unía á un ódio desmesurado una ambicion sin límites.

A pesar de estos embarazos y de sus inclinaciones, reconociendo Felipe que no convenia á su dignidad tolerar las ofensas sin dar muestras de su resentimiento, noticioso ademas de los preparativos del Papa, y de las ligas é inteligencias de Su Santidad con otros príncipes para privarle de sus Estados hereditarios, y sabedor del desprecio con que Paulo IV le trataba en sus conversaciones y discursos, creyó que debia á su corona y á sus pueblos el no sufrir por más tiempo tamañas afrentas. Mucho le dolia

haber de empezar su reinado con una lucha contra el Sumo Pontífice, al cual profesaba, como soberano católico, profunda veneración y piadoso afecto; pero habiendo consultado, para mayor tranquilidad de su conciencia, á los teólogos y doctores más eminentes de Flándes y de España, y habiendo sido informado que no cometía impiedad ni faltaba á los deberes de príncipe católico si en defensa de sus Estados movía guerra al Papa, y que era lícito tanto al vasallo como al hijo arrancar de las manos al príncipe ó al padre las armas con que se prepara á ofender sin motivo; envió las necesarias instrucciones al Duque de Alba para que invadiese las tierras de la Iglesia, si era menester, aunque sólo despues de haber ensayado todos los medios de conciliación que estuviesen á su alcance, y haber usado todos aquellos términos de respeto y reverencia que se merecía el Vicario de Jesucristo.

Era el Duque de Alba persona muy

á propósito para llevar á cima con buen éxito la empresa que se le encomendaba. Fer-viente católico, sus convicciones se adecuaban á los deseos de su rey, y le aconsejaban probar ante todo los medios de conciliacion que se le prescribian; amante de su rey y celoso de la grandeza y gloria de su patria, enérgico y firme en sus propósitos, no podia sino conducir este negocio con aquella dignidad y medida propias de la majestad, que como virey de Nápoles representaba; grande y prudente capitán, segun lo demostró en várias circunstancias de su vida, no se dudaba que sabria vencer todas las dificultades, defender los derechos de su soberano, y conjurar cualquier tempestad que los amenazase.

Empezó el Duque de Alba por enviar al Papa el Conde de San Valentino, Julio della Tolfa. Debia manifestarle de su parte, con todo el respeto y los miramientos debidos, que su deseo de servir y de dar toda satisfaccion á Su Santidad le habian inducido



hasta entónces á soportar las injurias pasadas, y á serenar el ánimo del Rey justamente ofendido; que á pesar de esta templanza, los agravios habian crecido cada dia, y que por consiguiente creia un deber de su cargo declarar sus quejas, apoyadas en la razon y en la justicia, y recordar á Su Santidad los malos términos que habia usado con los partidarios y servidores de S. M., encarcelándoles, persiguiéndoles y maltratándolos en varios é inusitados modos; que no solamente Su Santidad no habia querido poner en manos de los ministros de S. M. los rebeldes del reino de Nápoles, segun habian acostumbrado hacer los anteriores pontífices, sino que los habia favorecido y seguia favoreciéndolos y utilizando sus servicios, como practicaba con el Duque de Somma; que en los Estados de la Iglesia, con el consentimiento de Su Santidad, se abrian los pliegos dirigidos á los ministros de S. M., y se encarcelaban los correos y hasta el

maestro de las postas, sin más delito que haber cumplido con los deberes de su cargo; que habia mandado Su Santidad encerrar en una prision á Garcilaso de la Vega, sin guardar respeto ni consideracion á su calidad de caballero y de representante de S. M., y sin que se le pudiese achacar más falta que haber escrito aquello que juzgaba convenir al servicio de su Rey, á lo cual están obligados los agentes de los soberanos; que era usanza, ademas, del derecho de gentes castigar á aquellas personas que representan la majestad de la Corona con obligarles á salir de los Estados en que se les estima nocivos, y quejarse en las respectivas córtés de la conducta de sus enviados; que hasta entón-ces se habian disimulado estas afrentas por mero respeto á la Santa Sede, no porque faltasen á S. M. motivos y causas legítimas, que en cualquier eventualidad justificarian su resentimiento ante Dios y ante todos los príncipes y potentados del mundo.

Al mismo tiempo que el Conde de San Valentino, en cumplimiento de su encargo, exponia estas quejas á Paulo IV, el embajador del Emperador y de Felipe II, el Marqués de Sarriá, recibia órden de pedir una audiencia de despedida y salir inmediatamente de Roma. Quiso el Papa que este acto fuese público y conocido, si no de todos los cardenales, al ménos de los principales; y por tanto no dió respuesta ninguna decisiva al Embajador, siendo su deseo que se presentase al dia siguiente en una congregacion presidida por él mismo, y á la cual asistieron los cardenales Carpi, Morone, Pacheco, Médici, Puteo, Mignanelli, Trani, Capizucchi, Sermonetta, Savelli y Simoncello. Introducido el Marqués de Sarriá, expuso con palabras altivas la relacion de las numerosas ofensas que el Emperador y el Rey, su señor, habian recibido del Papa, y que obligaban á SS. MM. á adoptar resoluciones extremas. Añadió que le habia sido ordena-

do salir en breve término de Roma; pero que no pareciéndole deberlo hacer sino prévia la vénia de Su Santidad, le suplicaba aprobase esta determinacion, para evitar los muchos inconvenientes que su presencia en el presente estado de cosas podia ocasionar, tanto más que los actuales movimientos reconocian por origen la mala disposicion del ánimo de Su Santidad hácia SS. MM., y sus actos y discursos de todos los dias; que por estas razones no le debia causar extrañeza la interrupcion de unas relaciones que no se podian continuar sin conmovirse más y más los ánimos por ambos lados.

Moderando su carácter y su enojo, porque en acto tan público así le convenia, contestó con dulzura el Papa que habiendo siempre visto con agrado al embajador del Rey Católico en su córte, se alegraria que permaneciese aún en ella, al ménos hasta que el Emperador y el Rey conociesen claramente la verdad de muchas cosas, en las cuales

creia que SS. MM. habian sido engañados por falsas relaciones de personas malévolas; pero que si el Marqués de Sarriá habia resuelto alejarse en todos modos de Roma, dejaba totalmente á su arbitrio el detenerse ó marcharse. A palabras tan corteses, tan inesperadas y tan ajenas del carácter violento de Su Santidad, no pudo contestar el Marqués sino que examinaria aún con más atencion las órdenes escritas de su soberano, y que se detendria gustoso si por cualquier palabra de sus instrucciones juzgase que podia hacerlo sin desobedecer sus mandatos.

Intervinieron á esta congregacion, ademas de los cardenales referidos, el Duque de Paliano y Ángel Maparelli, secretario del Colegio de Cardenales, con cuyo testimonio mandó el Papa al Cardenal Puteo, que ejercia por entónces el cargo de Vice-Canciller, que de todo lo dicho y contestado se formase un acta pública. El Marqués, sin embar-

go, en ejecucion de sus órdenes, salió al día siguiente de Roma.

Por la misma época, y como represalias de las persecuciones del Papa contra los súbditos del rey Felipe, hizo publicar el Duque de Alba un bando, en el cual, bajo pena de la vida y confiscacion de los bienes, prohibia á todos los vasallos de S. M. y á todos los habitantes de sus estados el seguir relaciones de ninguna especie con los súbditos de la Iglesia.

No suponiendo el Papa, en vista de todos estos sucesos, sinceridad en las intenciones del Duque de Alba, recelaba que la venida de San Valentino no tuviese más objeto que calmarle, con el fin de ganar tiempo y poder prepararse mejor para la guerra. Estimó, por tanto, necesario emplear el artificio para diferir por su parte en lo posible la lucha, y dar lugar á que llegasen los socorros de Francia, sobre los cuales seguia siempre contando. Detuvo con este propósito por varios

días al Conde de San Valentino, acabó por despedirle sin respuesta ninguna definitiva, y envió inmediatamente al Virey á Domenico del Nero con encargo de que, por medio de buenas palabras y áun de promesas fingidas, adormeciese la vigilancia del Duque de Alba y contuviese sus resoluciones miéntras las circunstancias exigiesen la prudencia (11 de Agosto).

Debia este enviado representar al Duque de Alba que Su Santidad habia oido con placer las palabras de filial respeto que le habia dirigido por medio del Conde de San Valentino; y que si el Virey sentia en efecto, como era su deber, aquellos deseos que le demostraba de servirle y de procurarle el reposo, el gran Monarca, conocedor de los corazones, le colmaria de sus gracias; pero que ese buen ánimo no se podia echar de ver si no cesaban los preparativos de guerra; que Su Santidad no anhelaba, ni habia anhelado desde el principio de su pontifica-

do, más que la paz universal, para poderse ocupar con toda tranquilidad de las reformas tan necesarias á la Iglesia; que así lo suplicaba y lo hacia suplicar por medio de todos los fieles al Dios Todopoderoso, á fin de que se dignase concederle esa paz tan apetecida, y conservar ilesa la dignidad y autoridad de la Santa Sede, que Su Beatitud no podia abandonar ni permitir que fuese en lo más mínimo menoscabada, por haberla recibido en custodia de su Divina Majestad. Que Su Santidad confiaba en que Dios iluminaria los corazones del Emperador y del Rey Católico de modo que llegasen á convencerse de que su primera obligacion era obedecer á Su Beatitud y á la Santa Sede, sin que por ningun concepto pudiese insinuarse nunca en su mente pensamiento alguno de desobediencia. Que Su Santidad sabía muy bien cuál es el deber de los embajadores, de los nuncios y de los agentes de los príncipes; pero que perdian éstos su



carácter, y debían ser tratados como enemigos, desde el momento en que se propasaban á urdir maquinaciones contra la vida de las personas públicas por medio del hierro y del veneno, y contra el Estado por medio de sediciones, como haría conocer al mundo que las habían fraguado los ministros y partidarios de SS. MM.; que esperaba Su Santidad que el Emperador y el Rey hablarían y obrarían con aquel respeto propio de su decoro, como potencias sujetas á Su Beatitud y á la Santa Sede; que observando otra conducta, á buen seguro Dios les haría comprender con el tiempo la sinrazón de sus quejas.



---

## CAPÍTULO V.

El cardenal Caraffa en la corte de Francia. — El cardenal de Lorena apoya las gestiones de Caraffa. — Avisos de Roma. — Quejas del Rey de Francia al embajador de Felipe II. — El Duque de Alba continúa los preparativos de guerra. — El Papa llama al cardenal Caraffa. — Enrique II renueva secretamente la liga con el Papa. — El cardenal Caraffa vuelve á Roma. — Pirro dei Lofredo lleva una carta del Duque de Alba al Papa (21 de Agosto). — El Duque de Alba escribe á los cardenales.

Miéntas estas cosas se trataban en Italia, el Cardenal Caraffa habia llegado á Francia, donde fué recibido con extraordinarias é inusitadas muestras de cariño, habiéndose reunido para honrarle las dos facciones que dividian aquella corte. No ignoraba el Condestable de Montmorenci que se le culpaba de haber trabajado con toda eficacia á que se efectuase la tregua, y de haber, por tanto, causado grandes perjuicios al Papa y á los Caraffas. Queriendo alejar toda sospecha del ánimo del Cardenal, y persuadirle que no le

habian movido intereses privados ni emulaciones cortesanas, y mucho ménos ningun ódio contra su casa, y sí sólo el bien público y del rey Enrique, y la necesidad de reposo y de paz, tan ansiados por los pueblos, procuró no perder esta ocasion de demostrar por todos los medios la singular veneracion que profesaba á la Santa Sede.

El Cardenal Caraffa obtuvo al momento una audiencia del Rey, y á las primeras palabras pudo comprender, con no poca satisfaccion, que si bien Enrique habia creido deber aceptar una tregua con su enemigo, no por esto estaba en su ánimo convertirla en una paz duradera. Dejando, en su consecuencia, de un lado las instrucciones públicas que habia recibido de Su Santidad con este objeto, escribió inmediatamente á Roma para asegurar al Papa que cuantos esfuerzos se hiciesen en este sentido serian inútiles. Al mismo tiempo avisó al Cardenal Rebiba, llegado ya á las puertas de Brusélas, que no

diese paso ninguno cerca de la córte del Rey Católico, que pudiese contribuir á establecer la concordia entre las dos coronas rivales.

Hecho esto, ocupóse con ardor en lograr el objeto de sus deseos, contenido en las instrucciones secretas, que era obtener los socorros prometidos en el tratado de liga celebrado ántes de que se firmase la tregua. Halló el Cardenal el camino ya abierto y el ánimo del Rey inclinado á favorecerle, gracias á las instancias del Cardenal de Lorena. Habia llegado éste á la córte de Francia, de vuelta de Italia, ántes que Caraffa, y se mostró resentido de que, miéntras le habian enviado para tratar y ajustar la liga con la Sede Apostólica y demas príncipes de Italia, se hubiese pactado la tregua con el emperador Cárlos, dando de este modo una triste idea de la buena fe francesa, y sirviéndose de él como de instrumento para fraguar este engaño. Incitaba por tanto á Enrique á romper la tregua que tan justos motivos de que-

ja daba al Papa; que habia sido solicitada, segun él, por el Emperador únicamente porque sentia su debilidad, y que habia venido á contrarestar una empresa de tanto provecho y tanta gloria para la corona de Francia. Pintóle sus temores de que el Papa, abandonado en momentos tan críticos, se viese obligado á reconciliarse con los imperiales, que adquiririan por este solo hecho mayor fuerza en Italia, en detrimento de la influencia francesa, recogiendo de este modo daño y mancilla allí donde él habia tratado de sembrar reputacion, honor y engrandecimiento para la Francia.

Estas razones, expuestas con calor por Lorena, produjeron gran impresion en la mente de Enrique, y facilitaron en alto grado las gestiones de Caraffa. Volviólas á reproducir el Legado con su natural facundia y con la exageracion de conceptos tan propia de su patria. Apoyóse más en sus deseos que en la verdad, para describir al Rey la

facilidad de la empresa de Italia, la ayuda que podia esperar de aquellos Estados, los abastecimientos, suministros de dinero y número de soldados con que podia contar, las ventajas que podria reportar si por medio de su representante en Constantinopla obtenia que la armada turca hiciese una diversion en las costas del reino de Nápoles; y le fué fácil convencer á Enrique de la utilidad de una guerra, á la cual propendia por ódio á España y por inclinacion propia. No habia vacilado, en efecto, el Papa en hacer ordenar, por medio del Duque de Paliano, al Cardenal que hablase del servicio que podia prestar la flota turca en estas circunstancias. No reparaba en los medios con tal de conseguir sus fines, y solia decir en su ira: *Vindicabo me de inimicis meis cum meis inimicis.*

A todos estos incitamentos añadíase que llegaban diariamente de Roma avisos, aumentados por el miedo ó por la conveniencia, sobre los preparativos del Duque de Alba,

sobre sus intenciones y sobre la conducta y amenazas de los imperiales. Se pintaba ya á Roma saqueada de nuevo por la soldadesca, el Papa prisionero ó huyendo de la ciudad eterna, las iglesias profanadas y la cristianidad vistiendo el luto, como en los tiempos tan cercanos del Duque de Borbon. Así es que Enrique, instigado por todos lados, por la Reina misma, por Caraffa, por Lorena, por los Guisas, por Madama de Valentinois, no viendo por do quiera sino peligros para la religion y para su honra, creyó necesario quejarse vivamente á Reinhardt, embajador de Felipe II, del comportamiento del Duque de Alba, y de los dañados propósitos que en su proceder se descubrian contra el reposo público, y en particular contra la casa Caraffa; declarando terminantemente que consideraria como rota la tregua al primer movimiento que se emprendiese contra los Estados de la Iglesia.

Reinhardt, que sabía cuán lejana estaba la



mente de Felipe de anhelar una guerra con el Soberano Pontífice, procuró calmar al Rey de Francia. Manifestóle que todos los rumores que procedían de Italia eran exageraciones de la pasión, del rencor y del deseo de muchos; que si el Duque de Alba se preparaba por prudencia, para no hallarse desprevenido, sabiendo los aprestos de guerra y los tratados que se hacían por el Papa, no por eso obraría contra las instrucciones y órdenes de su Rey; que, según los avisos segurísimos que recibía de su corte, podía asegurar que S. M. había expresamente prohibido al Virey cualquier acto de hostilidad, y le había encargado, por el contrario, que trabajase por todos los medios para restablecer con la Santa Sede la concordia, tan necesaria y grata á sus pueblos y á su corazón; que el Virey no se movería sino en el caso de que lo exigiese absolutamente la defensa de los reinos de S. M., encomendados á su custodia.

Llegó por aquel tiempo á Caraffa un correo, que le habia expedido el Papa dos dias despues de la salida de Roma del Marqués de Sarriá, en cuyo paso habia creido ver Paulo IV la resolucion del Rey Católico de emprender la guerra sin guardar más consideraciones á su dignidad, que él estimaba sacrosanta é inviolable, como Vicario de Jesucristo. Hacia Paulo, en la carta que dirigia á su sobrino, una larga recapitulacion de las injurias que se le habian inferido; y reconocida la necesidad de acudir á las armas, ordenaba al Cardenal con toda premura que, despues de haber intentado cerca del rey Enrique y de sus ministros el último esfuerzo para obtener pronto socorros, volviese sin demora alguna á Roma, porque estaba resuelto á defenderse por sí mismo y con la sola ayuda del Duque de Ferrara, lleno de confianza en la misericordia divina, en la que fundaria todas sus esperanzas cuando se viese privado de todo apoyo humano.

Recibidas estas órdenes, el Cardenal procuró inmediatamente conseguir una audiencia del Rey, y poniendo las cartas del Papa en sus manos, le rogó se dignase hacerse cargo de su contenido, y empleó todas las fuerzas de su ingenio para demostrarle de nuevo la conveniencia de romper la tregua, única causa de todas las desgracias que amenazaban á la Santa Sede.

Conmovido grandemente el corazon del Rey por las angustias á que aparecia reducido el Papa, no fué difícil á Caraffa inducirle á una resolucion ya de suyo agradable para Enrique, que era la de confirmar la liga anteriormente pactada, y enviar el Cardenal á Roma con tan fausta noticia. Renováronse, en consecuencia, con el mayor sigilo y sin alteracion notable los convenios suscritos en Roma por el Cardenal de Lorena, ordenó el Rey al mariscal Pedro Strozzi que acompañase al Cardenal Legado para dirigir las cosas de la guerra, dió las disposiciones ne-

cesarias para que 1.500 gascones, acuartelados en la isla de Córcega pasasen á Roma con objeto de socorrer al Papa y contribuir á la defensa de los Estados eclesiásticos, hizo entregar una buena suma de dinero á Carraffa para cubrir las primeras atenciones, y lo licenció despues de haber comprometido su real palabra de que al poco tiempo enviaria á Italia al Duque de Guisa á la cabeza de un ejército, como se habia convenido en los capítulos de la liga.

Hubiese deseado el Cardenal permanecer aún algun tiempo en Francia para acelerar, con sus instancias y con su presencia, la expedicion de estos socorros, tanto más, que no tenia sobrada confianza en las promesas del Rey, y temia que no se hiciesen los preparativos con aquel calor y aquella impaciencia febril que ardia en su pecho. Pero era demasiado necesaria su presencia en Roma para animar al Papa, algo conmovido por el peligro inminente, para activar los

abastecimientos, y comunicar al pueblo romano atemorizado su fe en el buen éxito y su belicoso ardor. Salió, por tanto, de Francia con extrema diligencia, y se encaminó hácia Roma lleno de esperanzas y de íntima satisfaccion.

No estaba, entre tanto, el Duque de Alba sin saber lo que se tramaba en Francia contra el reino de Nápoles, y lo que se prometian tanto el Papa como el Cardenal Caraffa. Viendo el peligro cada dia más próximo, y que nada podia esperarse de la voluntad de Paulo y del ódio de los Caraffas, continuaba sin cesar sus aprestos, con la intencion, si le obligaban á ello, de llevar la guerra á los Estados de la Iglesia, y con la prontitud y el arrojo, terminarla ántes de que los socorros franceses pudiesen hacerla más difícil y duradera. Tuvo aviso por entónces de que el Cardenal Caraffa, llamado á toda prisa por el Papa, para dirigir los armamentos y vigilar todos los negocios de la

guerra, se preparaba con toda premura á volver á Italia, y que se hallaban dispuestas las compañías de gascones de la Córcega para embarcarse y venir á reforzar el ejército del Papa. Convenciéndose, por tanto, que la lucha se hacia inevitable, quiso intentar un último esfuerzo de conciliacion, en cumplimiento de las órdenes de Felipe, ántes de invadir los Estados de la Iglesia, como lo tenía resuelto.

Envió á Pirro de Loffredo, caballero napolitano, con cartas para Su Santidad, en 21 de Agosto, recomendándole que si en el término de cuatro dias no habia tenido una respuesta satisfactoria, volviese á Nápoles, sin detenerse bajo ningún pretexto en Roma. Era, en efecto, la intencion del Virey comenzar las hostilidades, si su carta no producía en el ánimo del Papa los fines que se proponia. Acusaba en ella el recibo del Breve que le habia entregado Domenico del Nero, y en el cual no se contestaba á sus

quejas, ni se excusaban siquiera los agravios hechos al Rey Católico; y despues de indicar todas las persecuciones ejercidas contra los ministros, agentes y casas amigas del Emperador, así como la evidente mala voluntad del Papa, manifestada por los preparativos guerreros, por las amenazas á los confines del Reino y por las ligas con los príncipes enemigos de los imperiales, pasaba á declarar que todas esas injurias se habian soportado más por el respeto debido á la Santa Sede y al bien público que por otras razones, y con la esperanza de que Su Santidad acabaria por seguir mejor camino, no pudiendo nadie persuadirse de que Su Beatitud se resolviese á disturbar la paz de toda la Cristiandad con el único fin de beneficiar y engrandecer su familia. Era esto tanto más difícil de creer, cuanto que, en los presentes tiempos de herejías y de opiniones contaminadas, habria sido más justo y conveniente poner todos sus afanes en des-

arraigarlas más bien que en ofender sin causa ninguna á S. M. Viendo, por tanto, que las cosas seguian siempre el mismo sendero, y que en la presencia de Su Santidad, y con su consentimiento y aprobacion, el Procurador fiscal y Abogado de la Santa Sede habian formado, en pleno Consistorio, una instancia tan inicua y temeraria como la de privar de sus reinos al Rey Católico; sabiendo, por otro lado, que Su Santidad se demostraba mal satisfecho de que se hubiese ajustado con el Rey de Francia una tregua tan necesaria y útil á toda la Cristiandad, y conociendo que no se contentaba con elevar los suyos por medio de la buena voluntad del rey Felipe II, que várias veces habia ofrecido hacerlo con su propio patrimonio, prueba clara y evidente de que su único deseo era ofender á S. M.; haciéndose, por fin, manifesto que nada se podia esperar de Su Santidad sino la pérdida de la reputacion de los Estados y reinos de S. M., y que



Su Beatitud habia reducido al Rey á tal extremidad, que si cualquiera obedientísimo hijo fuese en este modo oprimido y tratado por el propio padre, no podria dejar de defenderse ó quitarle al ménos las armas con que pretendiera herirle; por todas estas razones, y por tan graves motivos, el Duque de Alba se veria obligado á adoptar aquellas resoluciones que estimase oportunas para la defensa de los Estados de S. M. en Italia, confiados á su guardia. Pero celoso del sosiego de la Cristiandad, y deseoso de que la afligida Italia pudiese gozar alguna quietud, movido ademas por la reverencia que S. M. profesaba á la Santa Sede, el Duque, postrado á los piés de Su Santidad, queria aún, y por la última vez, suplicarle que se dignase considerar los infinitos trabajos y calamidades que resultan de las guerras, y que, como buen pastor, depusiese el ódio y abrazase y recibiese con caridad y paterno amor la majestad del rey Felipe II, el cual

siempre habia ofrecido, y ofrecia de nuevo su persona propia, con todas sus fuerzas, en servicio de la Santa Sede. Que si Su Santidad no se resolvia, sin dilacion de tiempo, á prometer que no inquietaria ni molestaria á S. M. en sus Estados y reinos, sobre el alma y la conciencia de Su Beatitud recaerian todos los males y daños que naciesen de su obstinacion. Pedia el Duque como una gracia que Su Santidad hiciese comunicar su carta al Sacro Colegio, y dejase á cada uno la libertad de expresar sus sentimientos, pues estaba seguro de que los cardenales, no solamente no disuadirian á Su Santidad de la realizacion de la paz, sino que, como columnas de la santa Iglesia, le ayudarian á procurarla.

Tal fué el contenido de la carta del Virey al Papa; y como temia que no llegase al conocimiento del Sacro Colegio, escribió tambien á los cardenales, y envió á cada uno de ellos una copia de este documento, mos-

trando gran confianza en su prudencia, y rogándole intercediesen cerca de Su Santidad para alejar una guerra desastrosa. Aseguraba de todos modos á los cardenales que si se viese precisado á recurrir á actos de hostilidad, tendria siempre hácia el Sacro Colegio y la Sede Apostólica aquel respeto que se merecian, y conservaria en entero á la Iglesia todo aquello que con las armas llegase á adquirir.

---



---

## CAPÍTULO VI.

El Duque de Alba sale de Nápoles y se dirige hácia la frontera con su ejército (1.º de Setiembre). — Invasión de los Estados Pontificios (8 de Setiembre). — Pirro di Loffredo encarcelado. — Preparativos de defensa del Papa. — El Virey toma posesion de las ciudades á nombre del Sacro Colegio. — Cólera y quejas del Papa. — Carta del decano del Sacro Colegio al Duque de Alba. — Toma de Anagni. — Contestacion del Duque de Alba á los cardenales. — Temores en Roma. — Algunos cardenales aconsejan la paz. — Fray Tomas Manriquez mandado al Virey. — Congregacion de cardenales para tratar de la paz. — Condiciones del Duque de Alba. — Respuesta de los cardenales. — Contestacion del Duque y carta al Papa. — Los cardenales de Santiago y Caraffa dan cita al Virey en Grotta Ferrata, y no se presentan. — Quejas del Duque de Alba.

Aguardó en vano el Duque de Alba, durante nueve dias, una respuesta del Papa, y el 1.º de Setiembre salió de Nápoles con su ejército, y se encaminó á San Germano, ciudad que se halla en la frontera de los Estados Pontificios. Tenía ya resuelto invadirlos en cuanto supiese la llegada á Roma del Cardenal Caraffa y de los soldados que venian de Córcega, no queriendo dar tiempo

á que se enviasen fuerzas mayores, y esperando haber concluido la guerra ántes de que los franceses pudiesen prepararse y hacerla más difícil y sangrienta. Componíase su ejército de doce mil infantes y mil quinientos caballos, repartidos en la manera siguiente : cuatro mil españoles, soldados viejos y experimentados, bajo el mando del maestre de campo García de Toledo; ocho mil italianos del reino de Nápoles, mandados por Vespasiano Gonzaga; trescientos hombres de armas, guiados por Marcantonio Colonna, y mil doscientos caballos ligeros, á cuya cabeza estaba el Conde de Popoli. Ascanio della Cornia fué nombrado maestre de campo general; Lopez de Mardones iba como comisario general, y la artillería, compuesta de doce piezas, la dirigia Bernardino de Aldana.

Movióse el Duque de Alba de San Germano, y penetró en el territorio pontificio apenas supo la entrada de los franceses en

los Estados de la Iglesia, y de Caraffa en Roma, y empezó por ocupar Ponte Corvo, apoderándose sin contraste alguno de los numerosos ganados y provisiones que habia por aquellos alrededores.

Grande fué la cólera del Papa al recibir esta noticia. Convocó en el acto una congregacion de todos los cardenales, quejóse con violentas palabras de la invasion que calificaba de traidora y manifestó que confiaba ver muy pronto evidentes señales y terribles castigos mandados por la mano de Dios sobre los autores de accion tan detestable é impía. Pasando de las palabras á los hechos, ordenó que el enviado del Duque Pirro de Loffredo fuese conducido inmediatamente al castillo Santangelo, donde permaneció prisionero hasta el fin de la guerra. Detenido Lofredo en Roma por las palabras lisonjeras del Papa, pagó de este modo su demasiada confianza y la inobservancia de las instrucciones que habia recibido del Duque.

Alojarónse los soldados gascones enviados por Francia en el Borgo para defensa de la ciudad, y pusieron refuerzos de gente en los puntos más expuestos é importantes; y como faltaba el dinero necesario para los grandes gastos que pedian las circunstancias, se impusieron á Roma y á los Estados eclesiásticos extraordinarias contribuciones, llegándose á exigir el uno por ciento del valor de todos los bienes inmuebles. Apoderóse el Gobierno de todos los caballos de los particulares, con promesa de devolverlos ó dar más tarde su precio, cosa que por cierto no fué observada, así como de todo el trigo que habia en Roma, para servirse del dinero que produjese su venta, dando en cambio á los propietarios la autorizacion de cobrar algunas rentas de la Cámara Apostólica.

Fueron comenzados inmediatamente los trabajos de defensa en Roma, y para ello húbose de derribar el convento de Santa María del Pópolo con unas doscientas casas



vecinas, y necesitándose brazos para estas obras, se publicó un edicto rigurosísimo y extraordinario, por el cual se mandaba á los religiosos de todas las órdenes que concurriesen á los trabajos de defensa de los baluartes, á cavar fosos, á traer piedras y á prestar su ayuda en cualquier necesidad que se ofreciese; dividiéndose en compañías, que se reemplazaban sucesivamente. A tales excesos fué conducido el Papa por su obstinacion y su ódio, á convertir los ministros de paz en agentes de destruccion entre pueblos hermanos y cristianos.

Despues de haber ocupado Ponte Corvo, el Duque de Alba se dirigió á Frosinone y Anagni, donde sabía que se habia reunido gran abundancia de vituallas. Alojado el ejército en un sitio llamado Isoletta, no muy lejano de Cepráno, envió hácia Frosinone á García de Toledo con la infantería española y alguna caballería ligera. Habia en este pueblo algunas compañías italianas, puestas

por Julio Orsino para su defensa, pero creyeron prudente abandonar la plaza por la noche al aproximarse los Españoles, que entraron en ella sin resistencia. Apoderóse el Duque con la misma facilidad de Sofi, Salvaterra, Castro y Ripi, y en ejecución de las órdenes recibidas de Felipe II, ocupaba todas las tierras á nombre del Sacro Colegio, protestando hallarse pronto á restituirlas ó inmediatamente ó al futuro Pontífice, y mostrando siempre suma reverencia hácia la Santa Sede.

Esta conducta del Duque exasperó al Papa. Reunió de nuevo una congregacion general, y le dió parte de este maligno proceder del Virey, que tendia á esparcir gérmenes de discordia y el cisma entre los cardenales y el Sumo Pontífice. Nunca habian visto los cardenales tanta austeridad como en aquella ocasion en el rostro de Paulo IV: sus ojos hundidos, que la indignacion animaba, tenian una expresion terrible. Movi-

do su natural iracundo, con fieras miradas á su alrededor, que infundian temor en los circunstantes y que parecian despedir centellas, prorumpió en tremendas voces contra los cardenales que daban motivo por su conducta á semejante atentado contra la Iglesia. «¿Por qué os deteneis, exclamaba, en crear un nuevo Papa para que el píísimo emperador Cárlos y el católico rey Felipe, su hijo, hallen á quién entregar las ciudades que sus ministros van ocupando con sacrílega mano? ¿Por qué no dividis y destrozais el sagrado cuerpo de la Iglesia de Dios?» Conmovidos los cardenales por estas y semejantes palabras, dieron unánimes muestras de indignacion y dolor; y á la presencia del Papa, dirigieron al Cardenal Decano, de Bellai, para que en nombre del Sacro Colegio hiciese saber al Duque de Alba que miraban como una ofensa esa aparente y engañosa reverencia que les demostraba. Cumplió este deseo Bellai, enviando al Du-

que, sin interponer demora (13 Setiembre), una carta, en la que le exponia sus quejas. Dolíase de que el Virey hubiese formado tan mal juicio de los cardenales, creyéndoles capaces de aceptar, en vida de su jefe y príncipe, el Papa, el juramento de fidelidad de los súbditos de la Iglesia, y de ejercitar actos de jurisdiccion en perjuicio de la autoridad del Sumo Pontífice. Decia que los cardenales todos, por medio de su Decano, ántes de pasar á protestas mayores, deseaban conocer toda la verdad del caso; no pareciéndoles aún verosímil que el Duque se hubiese comportado en términos tan indecorosos como intolerables para el Sacro Colegio; que si por desgracia este comportamiento era cierto, no podian sino desaprobarlo y aborrecerlo, porque el deber y la inclinacion les aconsejarian siempre amar y honrar al Papa; que se quejaba muy especialmente de esta conducta el Cardenal de Santiago, tio del Duque, y que el Sacro Colegio enviaba

la carta con una persona del servicio de este Emmo. Prelado, con órden de aguardar y traer la contestacion, que se rogaba al Duque diese cuanto ántes.

En el entretanto el Virey, sin detenerse un momento ni perder tiempo, se habia apoderado de Veroli, Bauco, Piperno, Terracina, Acuto, Fumone y Alatri, que no le opusieron resistencia : y despues de haber dejado en los puntos más importantes algunas compañías de soldados, se presentó delante de Anagni, que se preparaba á defenderse (15 Setiembre). Apenas llegado á Roma, el Cardenal Caraffa habia reforzado la guarnicion de esta ciudad, importante por su posicion y por la abundancia de víveres que en ella se habian acopiado, con unos ochocientos soldados, bajo el mando de Torquato Conti. El Duque de Alba, sin dar tiempo á Conti de terminar los trabajos de defensa que con ardor y ánimo se hacian en la ciudad, mandó inmediatamente colocar una

batería por la parte de Poniente, y puso á su guardia los Españoles, con García de Toledo; por la parte opuesta confió el ataque á Vespasiano Gonzaga, con los italianos y con tres cañones. Duró el fuego tres dias consecutivos; y logrando los Italianos de Gonzaga abrir una ligera brecha, se precipitaron á los muros con demasiada impaciencia y sin orden de sus jefes. Era difícil y pendiente la subida, y hallando mayor resistencia de la que suponian, fueron rechazados con algunas pérdidas. Conoció, sin embargo, Conti que difícilmente podria oponerse á nuevos asaltos más regulares y más poderosos, y creyó oportuno, ántes de que la artillería abriese más la brecha, salir de noche y en silencio de la ciudad, abandonándola al ejército enemigo. Así pudo efectuarlo, y por el camino de Acuto, por senderos arduos y no guardados, logró hacer entrar parte de sus soldados en Paliano y conducir los demas á Tívoli y dentro de los muros de Roma.

Puesto en salvo de este modo el presidio de Anagni, algunos soldados de Gonzaga, que se habian acercado á la ciudad para examinar el estado de la batería, y habian notado la desaparicion de la guardia, entraron al momento en la ciudad, y seguidos poco á poco por los demas, la ocuparon toda y la saquearon sin piedad.

No habia penetrado aún el Duque de Alba en Anagni, cuando recibió la carta del Decano de los cardenales, á la cual contestó desde su campamento. Empezaba dando gracias al Cardenal Decano por el consejo que le enviaba, de abstenerse en lo sucesivo de actos considerados perjudiciales al buen nombre del Sacro Colegio. Añadia que las causas de la guerra eran, no sólo conocidas, sino justificadas por la carta escrita al Papa y llevada por Pirro de Loffredo; y pasando á explicar su modo de obrar en estas circunstancias, decia : « Por esto durante la vida » de Su Santidad es necesario mantener de-

»bajo la proteccion de S. M. las tierras ocu-  
»padas y que se ocuparán, con determinacion  
»firme y verdadera de restituirlas á la Santa  
»Sede ; y sabiendo yo que Su Santidad fal-  
»tase, no habria menester consultar con la  
»Majestad del Rey , mi señor, para hacer  
»esta restitucion, ya que en tal caso el Sacro  
»Colegio es lo que gobierna la Iglesia y á  
»quien se debe dar obediencia hasta la nueva  
»creacion. He querido, desde agora para en-  
»tónces, que esté hecha fidelidad, para que,  
»sin otra novedad y mandado, las tierras  
»ocupadas entiendan lo que han de hacer, y  
»tan puntualmente se quiere por parte de  
»S. M. observar esto, que áun aquel poco  
»tiempo que podria perder á enviármelo á  
»mandar, sabido por mí el caso, ha querido  
»prevenir con esto.» Concluia el Duque su  
carta diciendo que esperaba admitirian los  
cardenales estas consideraciones, y asegu-  
rándoles que el Rey no perjudicaria en lo  
más mínimo sus derechos, pues deseaba,



salva la seguridad de sus Estados, servirles y obedecerles; suplicaba, por fin, al Cardenal Decano y á todo el Sacro Colegio que interpusieran su influjo para que Su Santidad se resolviese á acoger al Rey como su más obediente hijo.

En Roma, la pérdida y el saqueo de Anagni produjeron pavor y gran desconsuelo, por la copia de víveres que en esta ciudad se perdieron y por la importancia del lugar. Se habia esperado que delante de sus muros el ejército del Duque encontraría más resistencia, y el miedo hacia creer que ninguno de los sitios fortificados en los Estados podría ya oponerse á la marcha del enemigo. Roma misma no se juzgaba segura; y creciendo el temor con las murmuraciones, á todos parecia que ni fuera ni dentro de la capital existía orden ni disciplina, ni fuerzas bastantes, ni personas capaces de dirigir las operaciones de la guerra, ni ministros de acreditada experiencia. El miedo engendró

la confusion : los más tímidos recordaban el saqueo de Roma en tiempos pasados, y contaban, exagerándolas, las miserias y la afliccion de la ciudad, y muchos empezaron á huir de la capital, llevando consigo sus objetos los más preciosos, para poner á salvo sus personas y sus bienes. El Papa mismo decia, hablando de los españoles, que era tiempo ya de que el mundo conociese los designios de esos traidores, que se habian sin duda propuesto venir de cuando en cuando á saquear á Roma, como se corta el heno en la pradera ó la leña en un bosque. Sin embargo, el día en que se recibió la noticia de la ocupacion de Anagni, como era un juéves, dedicado siempre por Su Santidad á los negocios de la Inquisicion, especialmente gratos á su conciencia, no quiso ocuparse más que de estos asuntos, y lo hizo con la mayor impasibilidad, como si ningun temor hubiese agitado su corazon.

El Cardenal Caraffa, que sabía cuán con-

tagioso es el miedo, recorría sin cesar toda la ciudad, dando ánimo á los unos, esperanzas y consuelo á los otros, dictando las órdenes que juzgaba necesarias para proveer á la seguridad de Roma y á la defensa del Estado, y prohibiendo, por medio de bandos rigurosísimos, que nadie saliese de la ciudad.

Esta confusion de Roma, la proximidad del peligro, y la esperanza que daba la carta del Duque de poder lograr algun acuerdo, incitaron á algunos cardenales á hablar al Papa y á representarle sinceramente y sin lisonja la verdad de la situacion, la incertidumbre y lo remoto de los socorros, la falta de todas las cosas necesarias para la resistencia, y la oportunidad de que se dignase inclinar su ánimo á entablar un tratado de concordia.

Conociendo Paulo IV que sería locura por su parte, en el actual estado de las cosas, pretender resistir la invasion del territorio

eclesiástico, prestó oídos á las instancias de los cardenales, y consintió en enviar el Padre Fray Tomas Manriquez, español, de la orden de Predicadores, al campo del Duque de Alba, con cartas del Cardenal de Santiago, y con objeto de conseguir una suspension de armas y dar principio á un tratado de paz. Salió de Roma este religioso el 16 de Setiembre, pero hubo de volver al dia siguiente sin haber obtenido nada del Duque, el cual sospechaba que estas proposiciones tuviesen por objeto detener su marcha y dar tiempo á que se pudiesen hacer mayores preparativos para la resistencia. No se mostró, sin embargo, el Virey contrario del todo á un acuerdo; exigió tan sólo que se reuniese una congregacion de Cardenales para tratar materia de tanta importancia sin pérdida de momento, declarándose dispuesto á despachar por su parte personas que pudiesen representar de nuevo los deseos del Rey, su señor, y aceptar aquellas

condiciones que de comun consentimiento se llegasen á establecer. Volvió, por tanto, Fray Tomas Manriquez al campamento enemigo para anunciar al Duque que podia enviar á Roma las personas de su eleccion competentemente autorizadas para entablar este asunto con los cardenales nombrados ya por Su Santidad. Formó, en efecto, el Papa una congregacion de siete cardenales, que fueron Caspi, Santiago, Morone, Pacheco, Trani, Pisa y Caraffa, los cuales tenian encargo de oir y discutir con calma las proposiciones del Virey; y por su parte, el Duque de Alba mandó con el Padre Manriquez á su secretario, D. Francisco Pacheco, para indicar en su nombre las condiciones que juzgaba indispensables á una paz duradera.

Presumiendo el Virey que el miedo solo, una necesidad extrema y una gran consternacion de ánimo habian podido inducir al Papa á entrar en el camino de la concordia, creyó oportuno imponer las con-

diciones más ventajosas para su Rey, y esperaba con la amenaza y la inminencia del peligro obtener lo que no habia podido conseguir con sus ruegos y súplicas. Congregados los cardenales en casa de Santiago, en el dia 20 de Setiembre, presentóse Pacheco y propuso : 1.º, que el Papa acogiese al Rey Felipe como á un hijo y cumpliese con él los deberes de padre amoroso ; 2.º, que no moviese jamas guerra al Rey ni á sus reinos y estados, ni formase alianza ni union de ningun género con quien pretendiese hacérsela ; 3.º, que diese la libertad á todos los prisioneros súbditos del Emperador, devolviese las fianzas que les habia obligado á prestar, y les restituyese todos sus bienes ; 4.º, que restituyese igualmente los bienes y constituyese en su Estado á Marcantonio Colonna ; 5.º, que no fortificase ningun lugar vecino á los confines del reino de Nápoles ; 6.º, que recibiese en su gracia á Ascanio della Cornia y le devolviese sus bie-

nes; 7.º, que se diesen las oportunas fianzas para la observacion de estas convenciones.

Oidas por los cardenales estas propuestas, se congregaron de nuevo al dia siguiente y despacharon al Secretario del Duque para que le diese á conocer su respuesta. Decíanle en ella que en cuanto al 1.º, 2.º, 5.º y 7.º punto, procurarían que el Papa los aceptase, añadiendo, sin embargo, al 7.º la palabra *recíprocamente* y que las fianzas fuesen tales que pudiesen prestarse; que sobre el 3.º punto, relativo á los prisioneros súbditos de S. M., interpondrían sus buenos oficios para que el Papa lo consintiese; que en cuanto al 4.º y 6.º capítulos, concernientes á vasallos de Su Santidad, no se atreverían ni á mencionarlos siquiera, pudiendo el Papa disponer de sus súbditos sin obligacion por su parte de dar cuenta á nadie de su proceder; que en lo perteneciente á Marcantonio Colonna y á Ascanio della Cornia, podían asegurar que no habían sido condenados por-

que fuesen amigos y servidores del Rey, sino por otras causas gravísimas, como aparecía en la sentencia lanzada contra ellos, y que no debía el Duque de Alba insistir en el particular con tanto ardor y hasta el punto de romper por esta causa las negociaciones de paz.

Contestó inmediatamente el Duque que los capítulos enviados por conducto de su Secretario los estimaba necesarios para la quietud de la república cristiana y para la dignidad de la Sede Apostólica; que la mediación ofrecida por los cardenales para obtener de Su Santidad que aprobase algunos de los puntos propuestos, merecía toda alabanza, y que sería acto digno de su prudencia y piedad tratar de todos ellos en momentos en que hallasen á Su Santidad dispuesto á admitirlos, á fin de que la Iglesia fuese respetada y obedecida, como lo había hecho siempre el Rey hasta entónces y entendía hacerlo en lo futuro; que así lo



rogaba á Sus Señorías Ilustrísimas de parte de S. M., y lo suplicaba en su propio nombre.

Llevó esta respuesta el Padre Manriquez, y por su medio dirigió tambien el Duque una carta al Papa, diciéndole en sustancia que, si tenía realmente la firme voluntad de poner reparo al incendio que se veía inminente, enviase á un punto designado por Su Santidad misma personas que pudiesen tratar con él; que por su parte daria á Su Santidad y al mundo pruebas evidentes de su inclinacion á la concordia, y que suplicaba á Su Beatitud se resolviese á este paso con toda brevedad para que no pudiese ser acusado cerca de la Majestad del Rey, su señor, de consumir inútilmente el tiempo y sus ejércitos; concluía, por fin, excusándose de nuevo de haber entrado con las armas en la mano en los Estados eclesiásticos y de haber dado á Su Santidad materia y ocasiones de disgusto.

Escribió el Duque en el mismo sentido al Cardenal de Santiago, y decidióse que este cardenal y Caraffa irían á entenderse con el Virey en Grotta Ferrata el día 24 de Setiembre, lo cual fué noticiado inmediatamente al Duque. Pero, sea porque se supiese la ida de Alba á aquel punto con mayor comitiva de la necesaria, y se temiese una asechanza por su parte, ó porque hubiesen llegado por aquel tiempo buenas noticias de Francia, ó porque al Papa no le pareciesen dignas de su autoridad las condiciones propuestas, y desconfiase de obtenerlas más decorosas, lo cierto es que los cardenales no se presentaron á la cita, y ni siquiera enviaron al Duque de Alba las naturales excusas que requería la más sencilla urbanidad. El Duque, sin embargo, había acudido á Grotta Ferrata el día determinado, y estuvo esperando en vano hasta la noche la llegada de los cardenales. Viendo que éstos no comparecían, se retiró á Valmontone, ciudad que poco

ántes le habia abierto sus puertas espontáneamente, y desde allí escribió al Cardenal de Santiago, quejándose del engaño y de la descortesía que el mismo Caraffa y el Papa habian usado con él, confesando que habia quedado *muy corrido*, y que daría cuenta de este desprecio á S. M. y á quien creyese oportuno, para que apareciese que tan útil determinacion no se habia malogrado por culpa suya; que él habia deseado la entrevista, no sólo para ver más de cerca á su tío, sino tambien para poder conversar un momento con el Cardenal Caraffa. Queriendo ademas el Duque hacer sentir que la cortesía era propia de todos los estados y de todas las condiciones, añadía en su carta que no podia creer que la diferencia de hábito hubiese cambiado los sentimientos de Caraffa; que le habia conocido cuando era soldado, como un cumplido caballero, y que no dudaba seguiria siendo lo mismo, cualquiera que fuese su hábito y su estado.



---

## CAPÍTULO VII.

Temores y confusion en Roma. — Fuerzas del Papa. — El Duque de Alba se dirige á Tívoli y se apodera de la ciudad. — El Duque hace reposar su ejército. — Mediacion de la República de Venecia. — Rebelion de Nettuno. — El Duque de Parma abandona el partido del Papa. — Situacion de Ostia. — El Duque de Alba se dirige á esta ciudad. — Sitio de Ostia. — Pedro Strozzi va á su socorro. — Terror de Roma. — Ataques contra Ostia, que se rinde á discrecion (18 de Noviembre). — Los cardenales de Santiago y Santa Fiore aconsejan la tregua. — Conferencia del Cardenal Caraffa con el Duque de Alba. — Tregua de cuarenta dias. — Pacheco y Fantucci, enviados á Felipe II. — El Duque de Alba se retira á Nápoles. — Jubileo. — Caraffa enviado á Venecia.

De todas estas conferencias y cartas habian nacido grandes esperanzas en el pueblo romano de que se lograria un arreglo y se evitarian los males que amenazaban. Pero al ver desvanecidas sus ilusiones y las negociaciones del todo abandonadas, aumentáronse las quejas y el terror, y á pesar de las prohibiciones publicadas anteriormente, continuaron por parte de los ciudadanos las tentativas de buscar su salvacion en la fuga.

Observándose ademas que con toda premura se fortificaba el Borgo, empezó á sospechar el pueblo que el Papa hubiese determinado encerrarse en el castillo Santangelo, y dejar, en cualquier siniestra ocurrencia, el resto de la ciudad expuesto á las violencias del enemigo. Fué tan vehemente este temor, que para calmarlo hubo de abandonar el Cardenal Caraffa sus habitaciones del Vaticano é ir á aposentarse en medio de Roma, mostrándose dispuesto á correr la misma suerte que los demas ciudadanos, y salvarse con todos, como esperaba, ó morir animosamente. Pero ni esta resolucion de Caraffa, ni los trescientos tudescos que se hallaban en Montalcino, y que habian venido á reforzar la guarnicion de Roma por aquel tiempo, ni la llegada del mariscal Montluc, enviado por el Rey de Francia para cooperar á la defensa de la ciudad, pudieron infundir valentía en los espíritus, agobiados por el terror. Muy por el contrario, al ver los lugares y las tier-

ras de la campaña perdidas, y al enemigo aproximándose cada día más á Roma, sin que nadie se opusiese á su marcha, habia llegado á impresionarse en tal modo la imaginacion de los habitantes, que al menor movimiento, al menor grito por las calles, no sólo la plebe indefensa, sino la milicia indisciplinada é inexperta, formada en los barrios de la ciudad, se reunia en tumulto; y creciendo el miedo con la oscuridad, no se oia por la noche sino tocar al arma, y el pueblo, mezclado con los soldados, y aún con sus jefes mismos, correr en tropel y sin guía, los unos al alojamiento de Camilo Orsino, otros al de Strozzi, en el palacio mismo del Papa, y muchos á los patios de las casas de los cardenales españoles, como si Roma estuviese ya en poder del enemigo y entregada á los insultos del soldado victorioso.

Para destruir estos temores, propuso Montluc que se organizase un cuerpo de

gente escogida, se condujese á unas diez ó doce millas de Roma, y se hiciese acampar en lugar seguro, y con toda disciplina, para estorbar los progresos del enemigo, ó cuando ménos, para impedir que se acercase á la capital. No pareció prudente este consejo á los demas capitanes, que con razon estimaban no ser conveniente exponer la suerte de Roma al azar de un combate. Resolvióse, por tanto, custodiar en el mejor modo posible la ciudad, y dar tiempo á que llegasen mayores refuerzos, que se estaban esperando.

Componíanse las fuerzas que guarnecian á Roma de ocho mil hombres escogidos entre los habitantes, y repartidos en los diferentes barrios para acudir á los puntos en donde su presencia pareciese más necesaria. Mil gascones con monsieur de Lansach, custodiaban las puertas Pinciana y Flaminia; el Duque de Paliano, con los tudescos, defendia la Viminal; la Esquilina y la Mayor, hasta la puerta de San Juan, estaban prote-



gidas por seis compañías de italianos, mandadas por Pablo Jordan Orsini; la Latina la ocupaba Caraffa, y la Ostiense, Montluc, con el resto de los gascones. Fuera de Roma podian oponerse al enemigo más de dos mil infantes que presidiaban á Paliano: en Velletri estaban alojados unos mil y quinientos hombres, bajo las órdenes de Adriano Vaglionne, y Francisco Orsini se hallaba en Tívoli con unos cuatrocientos. Habian podido ademas reunirse unos setecientos caballos bien armados; fuerzas bastantes, si no para rechazar al enemigo, al ménos para resistirle sin desventaja si hubiesen estado bien dirigidas y bien disciplinadas, tanto más que el Duque de Alba se veia obligado á desmembrar su ejército para custodiar las plazas sucesivamente ocupadas.

Habia debido dejar, en efecto, el Virey seiscientos infantes, con Diego de Velez, en Frosinone, y quinientos en Anagni, con el Conde de Sarno. Era necesario, ademas, te-

ner empleadas várias compañías en escoltar los convoyes de víveres que venian del reino, y el ejército no habia podido aún aumentarse con los refuerzos que debian venir de Alemania y del Piamonte, no atreviéndose el Cardenal de Trento y el Marqués de Pescara, encargados de la defensa de la Lombardía, á enviárselos, por los anuncios que cada dia llegaban de la expedicion francesa mandada al socorro del Papa.

Estos inconvenientes no detuvieron al Duque de Alba; y viendo desvanecida toda probabilidad de concordia, determinó apoderarse de Tívoli, que le ofrecia gran comodidad para aprovisionar su ejército por Tagliacozzo, y la ventaja de impedir el abastecimiento de Roma, que se hacia en parte por aquella ciudad. No creyó Francisco Orsini poder defenderse con sus cuatrocientos hombres en esta poblacion, y despues de haber dado aviso á Roma del peligro que le amenazaba, abandonó precipitadamente la

ciudad, y se retiró con toda su gente á Vico-  
covo. Ocupada Tívoli, envió el Duque á  
Vespasiano Gonzaga á apoderarse de Vico-  
varo, que hubo de rendirse, á pesar de ha-  
ber intentado en un principio oponer resis-  
tencia. Despues de este suceso, todas las  
tierras vecinas se sometieron, y el Virey se  
detuvo algunos dias para hacer reposar su  
ejército, bastante fatigado por la dificultad  
de los caminos, que las lluvias contiúuas ha-  
bian hecho casi impracticables. Marcantonio  
Colonna se acampó en Palestrina con los  
hombres de armas y tres compañías de in-  
fantería; el Conde de Popoli se alojó en  
Santangelo con la caballería ligera, Vespas-  
iano Gonzaga, con los italianos, en Mon-  
ticelli, y el Duque, con el resto de su gente,  
permaneció en Tívoli.

No dejó, sin embargo, el Virey de hacer  
algunos movimientos, aunque no de gran  
importancia, é insensiblemente fué adelan-  
tándose hácia Frascati, Grotta Ferrata y Ma-

rino. Desde Roma se intentó impedir, cuando ménos, el paso á los convoyes de vituallas que se dirigian por las cercanías de Tívoli al campamento del Virey, y fué dado este encargo al Conde Baltasar Rangone con parte de la caballería. Noticioso el Duque de Alba de este designio, ordenó al Conde de Popoli que viese de hacer caer al enemigo en una emboscada; pero apénas los eclesiásticos conocieron, por la presencia de los españoles, que sus intenciones habian sido descubiertas, apelaron á la fuga. Perseguidos por el Conde de Popoli, la impericia de Rangone, y el excesivo temor de que se hallaban sobrecogidos, les hizo embarrancarse en un pantano, en el cual fueron todos presos, con su jefe, á pesar del socorro que intentó enviarles el Cardenal Caraffa.

Trató en aquellos momentos la República de Venecia de interponerse para lograr un acuerdo entre los contendientes, y con este objeto envió al Duque de Alba el se-

cretario Febo Cappella, que fué recibido con el mayor aprecio y cortesía. Manifestóse el Duque enteramente dispuesto á hacer árbitra de la cuestion á la República de Venecia; exigia solamente la seguridad de que los estados y reinos de su Soberano no serian molestados ni ofendidos por Su Santidad, persuadido, como se hallaba, de que en todo lo demas la ilustrísima República le daria la razon cuando conociese á fondo la conducta observada en todo este negocio por el Papa. Pasó el agente véneto con estas ofertas á Roma para rogar á Su Santidad, en nombre de la República, que coadyuvase á la realizacion de una paz tan apetecida por toda Italia y por la Cristiandad. Pero no se hallaba el Papa, en aquellas circunstancias, en que recibia de contínuo buenas noticias de Francia, con deseos de prestar oidos á ninguna proposicion pacífica; así es que, despues de haber dado gracias á la República por sus buenos oficios é intenciones,

contestó que en el actual estado crítico de las cosas no necesitaba de consejos, sino de apoyo y de socorros.

Decidido, por tanto, el Duque de Alba á acometer empresas mayores, reunió un consejo de guerra en Grotta Ferrata. Tratóse en él de pasar el Tíber y dirigirse hácia Rieti, ciudad situada en los confines del reino de Nápoles, para apoderarse de ella y facilitar de este modo el envío, por parte de los Abruzzos, de todo lo necesario al abastecimiento del ejército. Propúsose igualmente el sitio y ataque de Ostia, ciudad no muy difícil de ocupar, y muy oportuna para cortar el paso á las provisiones que Roma recibía por mar.

Hallábase en duda el Duque sobre el partido que debía abrazar y que le ofrecía más ventajas, cuando la rebelion de Nettuno le hizo adoptar la segunda empresa. Pertenecía Nettuno á la familia Colonna, y llenos de adhesion los habitantes á su antiguo señor,

que sabian hallarse en el ejército del Duque de Alba, tomaron las armas, expulsaron los pocos soldados que el Papa habia enviado para su custodia, y llamaron á su socorro á los partidarios de la casa Colonna. Sabido este suceso por el Duque, envió inmediatamente en su ayuda al capitán Moretto con su compañía, el cual llegó á tiempo para rechazar algunos soldados eclesiásticos, que habian salido de Velletri con el objeto de recuperar la tierra, y fué recibido por los de Nettuno con grandes demostraciones de alegría.

Fabricado Nettuno al borde del mar, sobre las ruinas de Anzio, en sitio comodísimo para el arribo de las mercancías y provisiones que venian de Nápoles y de Gaeta, su adquisicion fué de gran importancia para el ejército del Virey. Intentaron de nuevo los eclesiásticos recuperarlo, y con este propósito se acercaron á aquel puerto algunas galeras francesas que se hallaban en Civita-

Vecchia, mandadas por el Baron de La Garde, é hicieron contra el fuerte algunos disparos de artillería. Pero el mal tiempo, que no permitia á los barcos aproximarse bastante á la costa, ni dirigir bien sus punterías, y el valor de los de Nettuno, inutilizaron los esfuerzos del enemigo, y las galeras debieron retirarse sin haber logrado su objeto.

Para colmo de desgracias, llegó á noticias del Papa, por aquel tiempo, la resolucion del Duque de Parma, de ponerse de nuevo bajo la proteccion del Emperador. Determinóse este príncipe á dar este paso, en vista de la tardanza de los franceses, de las pocas consideraciones que se le guardaban en Roma, y de los daños que le podia ocasionar la guerra. El Duque de Florencia, Cosme de Medicis, trabajó con ahinco para lograr esta reconciliacion, de no poca importancia para las armas españolas, y despues de algunas dificultades, la consiguió final-



mente por medio de la restitucion de Plascencia al Duque de Parma.

Miénttras sucedian estas cosas, el Virey se preparaba con celeridad y con el mayor ardor á acometer la empresa de Ostia.

Divídese el Tíber, ántes de llegar al mar, en dos ramales, el uno, inclinado á Poniente, lleva el nombre de Fiumicino; el otro, más ancho, se dirige á Levante y conserva la grandeza y el nombre de Tíber. En la orilla izquierda de este segundo brazo está situada Ostia, ciudad antiquísima, gloriosa en los pasados tiempos, hoy dia destruida del todo y visitada únicamente por los amantes de las memorias que nos ha legado la antigüedad. Conservábase en tiempo de Paulo IV una roca, fabricada durante el pontificado de Martino V, y rodeada de algunas casas que solas formaban la ciudad. La roca, construida con mármol durísimo, protegida en sus flancos por algunas torres, y cercada de un pequeño foso, podía oponer bastante

resistencia al enemigo, toda vez que se hallase bien guarnecida y pertrechada.

Comprendió al momento el Duque de Alba que dos obstáculos podían impedir ó retardar la expugnacion de Ostia: el uno, la falta de víveres, que en aquella estacion no arribaban fácilmente por mar á aquellas playas; consistia el otro en que, si no se apresuraba á apoderarse de la isla formada por los dos brazos del Tíber, y dejaba al enemigo tiempo de ocuparla, podría encontrar tales dificultades, que acaso se malograra la empresa.

Envió, por tanto, á Ascanio della Cornia para ocupar Porcigliano y Ardea, tierras vecinas de Ostia; y obtenida su posesion, las hizo abastecer abundantemente por Marino y Nettuno, de modo que su ejército no pudiese sufrir la carestía, áun cuando el sitio durase más de lo que pensaba. En seguida salió él mismo de Grotta Ferrata en 1.º de Noviembre; y alojándose en un bosque

cerca de Prattica, mandó á Marcantonio Colonna que echase un puente sobre las barcas, ya de antemano preparadas para este objeto por Nettuno, y se apoderase de la isla. Ejecutáronse estas órdenes con la mayor prontitud, y movió el Duque su campo, sin detenerse en su marcha hasta que llegó á situarlo ante los muros de Ostia.

Habíase fiado el Cardenal Caraffa en la relacion del Baron de La Garde, jefe de las galeras francesas, el cual le habia asegurado que Ostia y Civita-Vecchia estaban provistas de todo lo necesario para resistir cualquier eventualidad. Pero, llegado el momento del peligro, conoció que si bien Ostia estaba bastante abastecida de víveres, tenía apénas las municiones necesarias para oponerse á los primeros asaltos. Cuando se manifestaron las intenciones del enemigo, era ya tarde para corregir esta falta, y sólo se pudieron introducir en la Roca ciento cincuenta infantes escogidos, bajo las ór-

denes de Horacio dello Sbirro, jóven romano, de gran valor y lleno de deseos de señalarse.

[ Sostuvieron estos soldados con teson y energía los ataques dirigidos contra la ciudad; pero comprendiendo Horacio que no podría defenderla por mucho tiempo, la abandonó al enemigo y se retiró con su gente dentro de la Roca, donde se preparó á repeler en cuanto pudiese las embestidas del enemigo. Alojóse Vespasiano Gonzaga en la ciudad con los italianos, miéntras el Duque, acampado algo más abajo, hácia la desembocadura del rio, mandaba construir con la mayor diligencia un fuerte que protegiese su campamento. Ordenando en seguida que se condujese la artillería á la isla, sin pérdida de tiempo empezó á batir por varios lados la Roca.

Estaba á la cabeza de las tropas pontificias por aquel tiempo Pedro Strozzi, emigrado florentino, que el Rey de Francia ha-

bia enviado á Roma para dirigir las operaciones de la guerra. Conociendo lo vergonzoso que sería permanecer encerrado en la capital, y dejar al enemigo llevar desembarazadamente á cabo todos sus designios, determinó salir de Roma, no con objeto de combatir al Duque de Alba, á quien reconocia con razón muy superior en fuerzas, sino para dar con su presencia valor á los sitiados, y aprovechar en un caso la primera oportunidad de socorrerlos. Dirigióse con tres mil infantes y trescientos caballos á la orilla derecha del Fiumicino, y se fortificó casi en frente del ejército del Duque, mostrándose pronto á intentar una diversion por aquel lado, ó á acometer al enemigo en cuanto se lo permitiesen las circunstancias.

Ocupóse inmediatamente el Virey en asegurarse las espaldas, y evitar cualquier molestia ó sorpresa por parte del ejército eclesiástico; y con este intento dividió su caballería en tres cuerpos: el primero, bajo el

mando de Pompeyo Colonna y del Baron della Macchia, debia recorrer la isla y observar los movimientos del enemigo; puso el segundo á las órdenes del Conde de Pópoli, con el encargo de acercarse al Fiumicino, y de oponerse á los pontificios en el caso de que intentasen pasar en barcas el rio para ir al socorro de Ostia, y con el tercer cuerpo, Marcantonio Colonna debia operar una diversion, dirigiéndose hácia Roma por la via Ostiense, é infundiendo con su presencia temor en la ciudad.

En muy poco estuvo que este cuerpo diese fin á la guerra con un golpe de extraordinario arrojo. Habia ocupado Colonna todo el camino que conduce á San Pablo, y enviado hácia Roma al capitan Francisco Berardi, con su compañía de lanzas, apoyada por una de hombres de armas y cincuenta arcabuceros á caballo. Apercibióse éste que de Roma habian salido algunos caballos para reconocer el enemigo, y dió orden in-

mediatamente á los arcabuceros que empezasen la escaramuza; pero huyendo los contrarios al primer encuentro, se lanzó Berardi en su persecucion, y los hizo casi todos prisioneros. Siguieron los arcabuceros, despues de esta accion, despojando el campo y haciendo botin de todo lo que hallaban en el camino que media entre San Pablo y San Juan de Letran.

La plebe romana, ya de suyo atemorizada, viendo ahora el enemigo á sus puertas, y los daños que causaba en sus contornos, sin que nadie se lo estorbase, y sin que se notase preparativo ninguno para rechazarle, empezó á sublevarse y á fortificarse en diversos barrios: de modo que el Cardenal Caraffa hubo de montar á caballo y recorrer las calles, para calmar con su presencia y autoridad la agitacion de los ánimos. Llamó con la mayor premura á todos los soldados alojados en los contornos de Roma, armó la milicia de los barrios, y reforzó ex-

traordinariamente toda aquella parte de la ciudad que parecia expuesta al peligro. No contento con esto, para dar mayor confianza á los ciudadanos y demostrarles el poco fundamento de sus temores, resolvió salir todos los dias sin armas, y acompañado solamente de una comitiva de cortesanos por una de las puertas de Roma, y entrar por la otra, aunque sin alejarse demasiado de los muros de la ciudad.

Quiso la casualidad que, recorriendo Berardi el camino de Santa Ines, le diese un campesino el aviso de que se hallaba Caraffa, inmediato á aquel punto, con una fuerte escolta. Mientras se informaba Berardi hácia qué puerta se habia dirigido el Cardenal, volviéndose el hombre para indicarla, y viendo la gente de Caraffa no muy lejana, «Ahí lo teneis, exclamó : huid si os quereis salvar.» Léjos de seguir el consejo, Berardi anima á los suyos, y les hace ver el rico botín con que podian contar si llegaban á apo-



derarse del Cardenal, los conduce por un rodeo para no ser descubiertos, y corriendo con toda la velocidad de sus caballos, al poco tiempo entraron en el camino de Puerta Salara y pudieron ver á Caraffa á la distancia de tres tiros de arcabuz. Se abalanzó al momento Berardi en su persecucion con sólo treinta de los suyos, miéntras los demas le seguian á poca distancia; pero el Cardenal pudo apercibirse á tiempo del peligro que corria, y se precipitó á toda rienda con sus cortesanos hácia las puertas de Roma. Gracias á sus caballos, de más brío y más reposados, lograron todos entrar por la puerta Salara y salvarse, aunque á tan corto trecho de Berardi, que éste pudo disparar á Caraffa un pistoletazo, el cual felizmente no le alcanzó. Tan poco faltó para que estos soldados, que escasamente llegaban á ciento, y que habian reducido á tales angustias una ciudad tan populosa como Roma, lograsen con su arrojo y temeridad la terminacion de

una guerra movida y sostenida por la única voluntad de ese Caraffa, escapado como por milagro de sus manos.

Seguia el Virey batiendo entre tanto la Roca de Ostia, y abierta por fin una brecha, aunque ligera y muy difícil de superar, intentóse un asalto, y lanzáronse á él con intrepidez los italianos de Vespasiano Gonzaga. Habian observado los defensores que el muro no cedia á los disparos de la artillería sino en un solo punto, que correspondia por dentro á una pequeña estancia, y habian construido con increíble celeridad, allí donde se manifestaba la brecha, otro muro opuesto al exterior, guarnecido de trone-ras, por las cuales podian, sin correr peligro ni ser vistos siquiera, ofender á su salvo á los que pretendieran entrar por asalto en la Roca. Vencidas por los italianos de Gonzaga las dificultades de la subida, en la que sufrieron no pocas pérdidas, causadas por las piedras, fuegos artificiales, maderos y otros

proyectiles que desde las torres les lanzaban los sitiados, apercibiéronse, al presentarse delante de la brecha, de la asechanza que el enemigo habia preparado, y de la muerte segura que les amenazaba si penetraban en el recinto de la fortaleza. Hubieron, por tanto, de retirarse en el mayor desórden, y en tal manera atemorizados, que viendo heridos tambien á Vespasiano Gonzaga y á Francisco della Tolfa, sus jefes, ni los ruegos, ni los reproches, ni las amenazas pudieron persuadirles á probar un segundo ataque.

Quisieron los españoles, á pesar del peligro evidente, dar el asalto; y mandados por Alvaro de Costa, trescientos de ellos se lanzaron con valor á la brecha, y penetraron en la estancia donde fueron arcabuceados, sin poder defenderse ni seguir adelante, por la resistencia del muro interior, que se les oponia. Conociendo el Duque de Alba la inutilidad de sus esfuerzos, y no queriendo que se expusiesen por más tiempo á una

muerte inevitable sus mejores soldados, ordenó que se retirasen. Quedaron ciento cuarenta muertos en el combate, y D. Alvaro, herido gravemente en un muslo, murió á las pocas horas.

No fué, sin embargo, del todo inútil esta muestra de arrojo. Sirvió á entibiar la resolución de los defensores, los cuales, notando que sus municiones disminuían cada día, y convenciéndose de que ningún socorro podían esperar de fuera, llamaron al día siguiente, 18 de Noviembre, á Ascanio della Cornia, y se rindieron á discreción.

Apoyáronse en este suceso los cardenales de Santiago y Santa Fiore para aconsejar al Papa que entrase en tratos con el enemigo, y propusiese al Duque de Alba, cuando ménos, una suspension de armas. No rechazó Paulo IV esta idea, ni se mostró contrario á su realizacion. Comprendia, en efecto, muy bien la angustiosa situacion en que la toma de Ostia colocaba á Roma. Impedido

por aquella parte el abastecimiento que solia venir por mar, y cerrado el paso tambien por la parte de Tívoli y de sus contornos, quedaba la capital como bloqueada y amenazada de una próxima carestía.

Entablaron, por consiguiente, los dos cardenales, con el consentimiento de Su Santidad, las negociaciones para conseguir una tregua, y el Duque de Alba se presentó favorable á las proposiciones que se le hacian, pues no dejaba de conocer que su ejército habia notablemente disminuido tanto por la pérdida de muchos de sus soldados en los combates, como por las enfermedades contraídas en los alrededores de Ostia, sembrados de pantanos y lagunas, que inficionan el aire y hacen aquel suelo inhabitable. Empezaba ademas el ejército á sufrir el hambre, porque en aquella estacion no podian llegar por mar las provisiones preparadas en Gaeta, y todas las tierras vecinas estaban asoladas de resultas de la guerra.

Aceptóse, por tanto, con gusto por ambas partes el tratado de tregua, y al día siguiente á la rendicion de Ostia, fueron redactados sus capítulos (19 de Noviembre). Contenian éstos que, habiéndose roto la guerra entre nuestro señor Paulo IV, y Su Majestad el rey de España, Felipe II, por las razones de todos conocidas, y deseando los contendientes preparar una paz duradera, habian empezado por adherirse á la propuesta de una suspension de armas, por parte de Su Santidad el Cardenal Cárlos Caraffa, y por parte de S. M., D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba, Virrey de Nápoles, gobernador del Estado de Milan, y lugarteniente y capitan general de S. M. en Italia. Consentian los contrayentes en que durante diez dias existiese una completa tregua y suspension de armas. En este espacio de tiempo no se debia cometer ningun acto de hostilidad, tanto en la provincia de Campaña y tierras de Roma,

como en los confines de los Abruzos y Ducado de Ascoli, de la Marca y de la Romaña. Podian libremente transitar los soldados, gentes, hombres, campesinos y cualquiera otra persona, fuese cual fuese su estado ó condicion, de un lugar á otro con sus mercancías, ganados y cualquiera otra cosa, con la misma seguridad que lo hacian ántes del principio de la guerra. No podrian entrar en las tierras sometidas á la obediencia de las partes contrayentes, ni soldados ni otras personas, sin la expresa licencia de sus superiores. Si despues de la suscripcion de los capítulos, y ántes de que llegase la noticia de la tregua, se ocupasen en algun punto nuevas tierras, se prometia recíprocamente restituirlas sin excepcion ni oposicion de ningun género, obligándose á todo ello las partes, y ordenando que este convenio fuese observado puntualmente por todos, só pena del desagrado de Su Santidad y de Su Majestad el Rey, y de otros castigos

reservados al arbitrio de los contrayentes.

Establecido de este modo el acuerdo, fué firmado el mismo día 19, y publicado á són de trompa en Roma y en el ejército español y eclesiástico.

Dos dias despues el Cardenal Caraffa se presentó en el campamento del Fiumicino, y el dia 24 se reunió en la isla con el Duque de Alba, á la vista de los dos ejércitos formados, el del Duque á izquierda del brazo mayor del Tíber, y el eclesiástico á la derecha del Fiumicino, acompañados recíprocamente Caraffa y el Virey de los jefes del ejército y de la mayor parte de la caballería.

Grandes fueron las demostraciones de honor y afecto por ambas partes, y la conferencia que tuvo lugar en esta ocasion duró cinco horas. Tratóse en ella de convertir la tregua en una paz definitiva, y con este intento llevaba Caraffa un breve del Papa con plena facultad para establecerla. Ponia Paulo IV como condicion indispensable para con-



sentir en un acuerdo: la entrega de Siena en recompensa de la cesion de Paliano. Pero, bien que el Virey tuviese las facultades necesarias para firmar la paz, no se creyó bastantemente autorizado para acceder á este cambio. El Duque de Florencia, en efecto, que se habia mostrado aliado sincero del rey Felipe, y que habia prestado tantos servicios para someter aquella ciudad á la dominacion española, habia hecho conocer igualmente sus deseos de unirla á sus Estados. Negó, pues, el Duque que sus instrucciones fuesen suficientes para tratar la paz, pidió que se le permitiese consultar á su córte, y resolvióse que la tregua se prolongaria con este objeto por espacio de otros cuarenta dias.

Aprobado por el Papa el convenio, y comunicado á los cardenales en consistorio, hizose su publicacion el dia 27 con alegría de todos los que amaban la tranquilidad y veian en aquel documento el primer paso hácia la concordia tan deseada. Envióse al rey Feli-

pe, á Brusélas, el secretario Pacheco por parte del Duque de Alba, y Monseñor Fantuci por parte del Papa, para obtener su consentimiento y la aprobacion de lo que se habia tratado.

Antes de emprender su marcha, procuró, sin embargo, Fantuci convencer al Duque de Alba que firmase la paz. Hízole saber que en aquellos dias habia llegado de Francia un secretario del Rey para anunciar al Papa la salida del Duque de Guisa á la cabeza de un ejército enviado en socorro de la Santa Sede, y trató de persuadirle que estaba en su mano establecer el acuerdo tan apetecido por su Soberano y por toda Italia, y evitar los peligros y los daños que podrian nacer de la menor dilacion. Pero rehusando el Virey la grave responsabilidad del cambio de Siena con Paliano, se negó resueltamente á seguir estos consejos sin una expresa orden de su Rey. Ocupóse, por tanto, de guarnecer el fuerte que habia hecho cons-

truir á su llegada delante de los muros de Ostia, y dejó en su guardia y en defensa de Ostia y de la Roca de Nettuno á Juan Vazquez de Avila y Francisco Hurtado de Mendoza, con cuatrocientos españoles y ocho piezas de artillería. Con el resto del ejército se dirigió á Anagni, cuya fortificacion, así como la de Frosinone, recomendó al Conde de Popoli, encargado de custodiar la provincia de Campaña con parte de la infantería española y con la caballería ligera. Licenció en seguida la infantería italiana, y dió la vuelta á Nápoles con ánimo de esperar allí los acontecimientos y de prepararse segun las circunstancias.

En el mismo día en que el Virey salió de Ostia, el Papa publicó un amplísimo jubileo invitando al pueblo cristiano á impetrar con las oraciones y los ayunos lo que él habia empezado á hacer por medio de la tregua, es decir, la paz universal. Hízole observar en aquella ocasion el Cardenal Fray Miguel,

el cual fué más tarde Pío V, que no hacia al caso publicar jubileos para rogar por la paz cuando estaba completamente en su mano celebrarla. Paulo IV, que no sufría la contradicción, ni mucho ménos la libertad de lenguaje, le ordenó bruscamente alejarse de su presencia, tratándole de fraile apóstata y luterano. Un clérigo, al anunciar en una iglesia el jubileo, declaró al pueblo que lo hacia por mandado de Su Santidad, áun cuando podia asegurar que no se daría el menor paso para lograr una verdadera concordia.

Y en efecto, quince días despues, convirtiéndose en humo todos estos aparentes deseos de conciliación, el Papa expidió á su sobrino el Cardenal Caraffa á Venecia, á Bolonia y á Ferrara para contratar un empréstito é implorar socorros, y probablemente tambien para ir al encuentro del Duque de Guisa, que se habia puesto en marcha para Italia. Dió parte de esta resolución

al Sacro Colegio en una congregacion convocada el cuarto domingo del Adviento, y declaró al Cardenal Caraffa legado cerca de todos los príncipes á los cuales conviniese enviarle, con objeto de obtener, en nombre del Pontífice y de la Sede Apostólica, el apoyo que necesitaba.

Llegó el Cardenal Caraffa á Venecia, donde fué recibido con honor y extraordinariamente agasajado durante toda su permanencia. Trató por todos los medios de inducir aquella república á entrar en la liga formada con el Rey de Francia, demostrando la facilidad de conquistar unidos el reino de Nápoles, y ofreciéndole á su arbitrio la Sicilia ó la Pulla en recompensa de su ayuda. Procuró persuadir á aquel Senado que el emperador Cárlos y su hijo el rey Felipe habian proyectado hacerse señores del mundo, y puso todo su conato en demostrar que la humillacion de la Sede Apostólica daria el golpè de muerte á la libertad de la

República de Venecia y á la independencia de Italia. Puso en su conocimiento el desig-  
nio de crear á uno de los hijos del rey de  
Francia duque de Milan, y al otro rey de  
Nápoles, los cuales, aconsejados por el in-  
terés, serian con el tiempo italianos de cora-  
zon; y añadía que si así no fuese, no costa-  
ría mucho trabajo arrojarlos del suelo de  
Italia y libertarla para siempre del dominio  
extranjero, porque la experiencia habia ense-  
ñado que los franceses no podian ni sabian  
mantenerse por mucho tiempo en aquel país,  
mientras, por el contrario, la nacion españo-  
la era como la hiedra, que con dificultad se  
separa del árbol á que se agarra. Tachó, por  
fin, de grave error la creencia de que los es-  
pañoles se contentarian con sus actuales po-  
sesiones en Italia, siendo cosa manifiesta que  
no quedarian satisfechos hasta haberla redu-  
cido á una completa esclavitud.

No pudieron todas estas razones conven-  
cer á los Venecianos, que vieron en los ar-

gumentos de Caraffa más ponderacion que verdad. Su experiencia ademas les hacia comprender que ni los preparativos eran bastantes ni los armamentos suficientes para poder calcular siquiera una probabilidad de éxito en aquella guerra. Continuaron, por tanto, en su propósito de rehusar todas las ofertas del Papa, y se concretaron á proponer, como siempre, su mediacion para obtener que el rey Felipe depusiese las armas, siempre que Su Santidad consintiese á aceptar condiciones racionales y decorosas. Convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, el Cardenal se despidió de aquel senado, y se dirigió á la corte de Ferrara, donde se propuso esperar la llegada de Guisa.

---





---

---

## CAPÍTULO VIII.

Enrique II envia un ejército á Italia. — El Duque de Guisa se reúne con el de Ferrara. — Congreso en Reggio. — Opinión y deseos del cardenal Caraffa. — El Duque de Ferrara rehúsa alejarse de sus Estados. — Preparativos de los príncipes de Italia. — Los eclesiásticos ocupan Ostia y Vicovaro. — Alegría del Papa. — Sus audiencias públicas. — Formación del tribunal contra el emperador Carlos y su hijo Felipe II. — Medidas adoptadas en España en vista de la guerra.

Mientras ocurrían estos sucesos, el rey Enrique de Francia preparaba los socorros que había prometido al Papa y al Cardenal Caraffa. Pero como conocía que declararse abiertamente, y traducir en hechos sus proyectos, era romper la tregua formada con el Emperador en Vancelles, buscaba sin cesar pretextos para justificar su conducta, y hacia al mismo tiempo todos los aprestos necesarios para el caso en que hubiese de sostener una nueva guerra con el Rey de España. Nunca faltaron á un soberano las ocasio-

nes de cubrir con el manto de una aparente justicia sus deseos de dominacion ó sus sentimientos de ódio; así es que fundándose en ligeras sospechas y en inciertos indicios de agresiones por parte de Felipe II, no titubeó en cometer actos de hostilidad manifiesta, entre los cuales, uno fué la expedicion de un ejército á Italia, bajo las órdenes del Duque de Guisa. El motivo simulado era socorrer al Papa y defender el Estado eclesiástico contra las violencias del Duque de Alba; la realidad, apoderarse del reino de Nápoles y del ducado de Milan, como se habia convenido en el tratado de liga con el Papa.

Llevaba consigo el Duque de Guisa doce mil infantes, de los cuales, siete mil iban bajo las órdenes del Duque de Nemours, y cinco mil suizos y gascones obedecian á Renato de Lorena, duque de Elboeuf, hermano de Guisa. Su otro hermano Claudio, duque de Aumale, mandaba la caballería

compuesta de cuatrocientos hombres de armas y de ochocientos caballos ligeros. Acompañaban al ejército Gaspar de Tavannes, Bonifacio de la Motte, el Duque de Clóves, Francisco de Vandome y muchos otros señores y caballeros de la más elevada nobleza de Francia.

A la cabeza de tan lucido ejército, y con la mayor celeridad, atravesó los Alpes el Duque de Guisa en el corazón del invierno, entrando en Italia en los primeros días del año 1557. Hallábase en aquella época en poder de los franceses gran parte del Piamonte, de modo que pudo Guisa llegar á Turin sin contraste y unirse con Brisach, el cual mandaba las tropas francesas en aquel punto. Pasó inmediatamente el Pó, se apoderó de Casale, puso el sitio á Valenza, que fué ocupada á los pocos días; y dejando de nuevo á Brisach en el Piamonte, atravesó los territorios de Plasencia y Parma, y se dirigió á Reggio, ciudad que pertenecía al Du-

que de Ferrara, y en la cual se hallaba por entónces este príncipe.

Habia reunido el Duque de Ferrara en Reggio todas sus tropas, y gran copia de provisiones para la empresa que se proyectaba, y en servicio del ejército de la liga, del cual habia sido nombrado jefe supremo. En cuanto supo que Guisa se adelantaba hácia sus Estados, salió á su encuentro con toda su gente, compuesta de seis mil infantes y ochocientos caballos. Ricamente vestido y acompañado de la flor de su nobleza, le recibió con ostentosa pompa y con muestras de obsequioso afecto. El Duque de Guisa, por su parte, entregó al de Ferrara, en nombre del Rey de Francia, el baston, el cetro y las insignias de General de la liga, y despues de pasada la revista á todo el ejército, se encaminaron juntos á Reggio, donde les esperaba con impaciencia el Cardenal Caraffa, de vuelta de su legacion á Venecia.

Reunidos en esta ciudad los jefes de la liga, deliberóse sobre el modo más oportuno de conducir las operaciones de la guerra; y como suele suceder en todas las empresas en que las cabezas son muchas, y los intereses é inclinaciones diferentes, desde el principio se manifestó entre ellos un notable desacuerdo. Proponia el Duque de Guisa, no sin fundamento y razon, que se empezase por la conquista de la Lombardía, parte principal de los Estados del enemigo, por entónces poco guarnecida de tropas, y vecina al Piamonte, donde las fuerzas del Rey de Francia serian de un grande apoyo; que se debia, por tanto, atacar á Cremona, plaza mal presidiada, y dejando en ella cuatro mil suizos, que debian llegar en breve tiempo, asalariados por Enrique II, ocupar inmediatamente y fortificar las riberas del Adda; que de este modo se cortaria el paso á los refuerzos enviados de Alemania al enemigo, y quedaria expuesta la Lombardía, sin de-

fensa á los ataques del ejército de la liga. Adheria el Duque de Ferrara á este parecer, pues no podia ver con gusto que se alejasen de sus Estados las tropas francesas, y los dejasen abiertos á las embestidas de los españoles por la parte del Milanésado. Bien hubiera deseado que la guerra se hiciese en los territorios de Parma y Plasencia, cuyo Duque seguia el partido imperial, y era su vecino y enemigo; pero no aprobando nadie este pensamiento, propúsose igualmente la invasion de las tierras del Duque de Florencia. Decíase que libertada Siena, y debilitado el Duque Cosme, se podia, por más breve y expedita via, sin dejar á las espaldas enemigo tan poderoso, invadir el reino de Nápoles y asegurar la campaña de Roma.

Opúsose á todos estos proyectos el Cardenal Caraffa, el cual deseaba que á derecho se dirigiese el ejército aliado á embestir el reino de Nápoles, y librar el Estado eclesiástico de la opresion del enemigo, obli-

gándole á defenderse en su propio territorio. Para vencer toda oposicion, el Cardenal mostró un breve, en el cual declaraba el Papa ser éste su deseo; y como Guisa tenía en cargo de su Rey de obedecer en todo á Su Santidad, y de arreglar y conducir toda la empresa segun los intereses y la voluntad del Papa lo dictasen, se resolvió, sin más discusion, penetrar en el territorio napolitano.

En vano procuró el Duque de Ferrara oponerse á una resolucion tan funesta para sus intereses. No fueron escuchados sus argumentos y razones, y se vió en la precision de hacer constar la necesidad bien evidente de permanecer él mismo para custodiar su territorio, asegurando al Cardenal Caraffa que iria gustoso en ayuda de la liga en cuanto se alejase el peligro que por entónces le amenazaba. Envió, por tanto, á su hijo D. Luis en lugar suyo, despues de haber suministrado á sus aliados toda la artillería y las municiones que pudo entregarles sin

desguarnecerse. Hallábase ya arrepentido el Duque de haber entrado en la liga, y de haberse creado embarazos al tomar parte en una guerra, en la cual los gastos y molestias eran seguros, el peligro grande, inciertas y vanas las esperanzas, y estuvo á la mira de las circunstancias para arreglar á ellas su conducta futura. Cuando se hubo persuadido de que los fines de los aliados no correspondían á sus intereses, y de que los preparativos por parte de la Francia eran débiles, y por parte del Papa difíciles y dudosos; cuando hubo previsto los inconvenientes y contradicciones que podían nacer entre los sobrinos del Papa y el Duque de Guisa, aquéllos celosos de su autoridad y llenos de pretensiones, éste altivo, indócil y de genio fácilmente irritable, determinó retirarse á tiempo y no excitar mayormente el enojo del rey Felipe. Temiendo, sin embargo, que fuese atribuida esta conducta á pusilanimidad ó á inconstancia, resolvió dar cuenta de



su situacion y de sus propósitos á la República de Venecia, con el objeto de que, conocidas sus razones por aquellos senadores, y sometidas á su juicio, pudiese su aprobacion servirle de escudo contra las interpretaciones malignas, y dar autoridad á sus nuevos designios. Fué el mismo Duque con este fin á Venecia, y la República le agradeció sobremanera aquella prueba de alto aprecio, y aplaudió sumamente su prudencia y discrecion.

Entre tanto, los demas príncipes de Italia, impulsados por el temor y por la necesidad de precaverse contra los acontecimientos, se preparaban para la defensa en cuanto se lo permitia la urgencia del caso. El Cardenal de Trento y el Marqués de Pescara, que gobernaban la Lombardía, hicieron venir ocho mil tudescos y mil doscientos caballos, concediéndoles el paso, no sin indignacion del Sumo Pontífice, la República veneciana. El Duque Cosme envió tambien

las órdenes oportunas á Alemania para tener á soldada cuatro mil infantes y cuatrocientos caballos, miéntras el Virey de Nápoles, que conocia la importancia de conservárselo aliado y amigo, estrechaba con él sus relaciones y le informaba de las aspiraciones de los Caraffas sobre Siena, para que por medio de sus agentes pudiese contrarrestar en Brusélas las gestiones de Fantucci. El Duque de Alba, al mismo tiempo, se ocupaba con ardor en fortificar las ciudades del reino de Nápoles y todos aquellos puntos por los cuales los franceses hubieran podido penetrar más fácilmente. Convocó los principales barones, y despues de haber obtenido de ellos una suma suficiente de dinero, y de haber recibido el anuncio de que tres mil infantes se habian embarcado en Barcelona, y traian una buena cantidad de plata y oro, destinada á cubrir las necesidades de esta guerra, envió á todas las tierras más importantes de la Pulla y de la Calabria

personajes de calidad con órdenes y provisiones bastantes para poder resistir á cualquier improvisa invasion. Asalarió tres mil infantes italianos, con intencion de distribuirlos en aquellas tierras, encargó la defensa de las ciudades del Abruzzo al Marqués de Trevico; y recordando que en otros tiempos los franceses habian entrado en el reino por caminos al parecer impracticables, ordenó á García de Toledo que con la mayor celeridad fortificase á Santa Ágata, Venusa y Adriano. Solicitó igualmente el envío de cuatro mil tudescos que se hallaban en Lombardía, con el Conde Alberico de Ladrón, y de seis mil soldados, enganchados ya en Alemania para este objeto, y mandados por el coronel Hans Walter. Escribió para que con toda rapidez vinieran por mar los alemanes que traia consigo el Baron de Feltz, y que ya se habian puesto en camino, y reforzó todas las plazas ocupadas en los Estados Pontificios, lo bastante para

obligar al enemigo á defenderse, ó al ménos para evitar que pudiese sin contraste y con todas sus fuerzas invadir el reino de Nápoles.

Concluida la tregua el último dia del año 1556, salieron de Roma, en 8 de Enero, el Duque de Paliano y Pedro Strozzi, con seis mil infantes, ochocientos caballos y seis piezas de artillería, y se presentaron delante de Ostia, estimando su adquisicion necesarísima para dejar libre el camino al abastecimiento de Roma, que comenzaba ya á sentir los efectos de la carestía. Retiróse la guarnicion á la Roca; pero creció de tal modo el Tíber en aquellos dias, que llegó á inundar totalmente la fortaleza é imposibilitó toda defensa. Juzgaron, por tanto, los sitiados inútil la resistencia, y se rindieron el dia 14 del mismo mes, salva la vida, y con la condicion de poder salir con armas y bagajes. Cogieron los eclesiásticos cuatro piezas de artillería, que fueron trasportadas

á Roma con increíble algazara, arguyéndose de tan feliz principio una entera victoria en el porvenir.

Aumentó la alegría, y confirmó estas esperanzas, la toma de Vicovaro, que ocurrió el día 14 de Febrero, despues que Palestrina, Castel Santangelo, Frascati, Grotta Ferrata, Marino y todas las tierras vecinas habian abierto sus puertas al ejército eclesiástico, el cual entró á sangre y fuego en Vicovaro, que le habia opuesto alguna resistencia.

Dos dias despues del saqueo de Vicovaro fueron llevados al Papa algunos estandartes enemigos y varios prisioneros de importancia, los cuales fueron recibidos en público y con suma satisfaccion por Su Santidad, que se regocijaba de las victorias y de los progresos de su sobrino, y los esperaba mucho mayores con la ayuda del ejército frances. No queria, sin embargo, el Papa dejar creer que únicamente se preocupaba de

las cosas de la guerra; y poniendo su amor propio en hacer ver al mundo que, á pesar de su edad, podia abrazar á un mismo tiempo todos los negocios que exigian de él su calidad de Soberano y Vicario de Jesucristo, resolvió dar, una vez al mes, una audiencia pública, á la cual fuesen admitidos indiferelemente, y sin obstáculo de ninguna especie, todos aquellos que desearan hablarle y exponerle sus quejas ó necesidades. Dió principio con gran solemnidad en 27 de Enero á este generoso pensamiento, el cual nació con las presentes victorias, y fué desgraciadamente echado al olvido en cuanto se cambiaron en reveses.

Poco despues, sabiendo que Guisa se acercaba á Roma, y queriendo darle una prueba de su resolucion firme y entera de romper para siempre todo trato con los españoles, ocupóse en formar el tribunal, por el cual pretendia fuesen juzgados el emperador Cárlos V y su hijo Felipe II. Proponía-

se, segun habia hecho la instancia el procurador fiscal algunos meses ántes, lanzar contra estos soberanos un acto de excomunion y de privacion de sus Estados, en vista de su conducta, que calificaba de felonía y rebellion contra las razones y derechos de la Sede Apostólica y contra los Estados de la Iglesia y la persona misma del Sumo Pontífice. Ordenó que este tribunal, compuesto de sujetos de todas las órdenes y grados, sustanciase el proceso con la mayor celeridad y cautela; y para este objeto, empezó á reunirse el día 14 de Febrero, en casa del Cardenal de Pisa.

Arrojóse tambien Paulo IV á dar este paso á consecuencia de los avisos que habian llegado en aquellos dias á Roma, de varios actos perjudiciales á la jurisdiccion eclesiástica, autorizados en los reinos de España. En efecto, quando los ministros de Felipe II vieron que las armas francesas penetraban en Italia á instigacion del Papa, con

objeto de ocupar los territorios sometidos á la Corona de España, quisieron demostrar á Paulo IV que, llegado el caso, podian ellos tambien no respetar la autoridad de la Sede Apostólica, imitando el ejemplo del Sumo Pontífice, el cual no reputaba venerable sino su propia dignidad. Establecióse, por tanto, un Consejo, con el título de Toledano, presidido por el Cardenal de Toledo, que tenía por encargo, miéntras durase el desacuerdo con la Santa Sede, expedir y proveer los beneficios eclesiásticos, y pronunciar en cualquier otra ocurrencia, con la autoridad y en el mismo modo que lo hacia el Padre Santo. Púsose igualmente cerca de la persona del Nuncio un asesor del Consejo Real, sin cuya intervencion y firma no se podia despachar cosa alguna. Publicóse ademas, sin órden ni permiso de Su Santidad, el jubileo de Santiago, y se resolvió promulgar las indulgencias de S. Sebastian, y cobrar el cuarto de las rentas de todos los



bienes eclesiásticos, con el fin de que la Iglesia contribuyese á los gastos de una guerra promovida por la única voluntad de su Jefe. Para impedir que las noticias y las amenazas espirituales de Roma pudiesen poner impedimento á estas resoluciones é infundir temor en los pueblos, se prohibió á los negociantes que abriesen sus cartas sin la intervencion y fuera de la presencia de los alcaldes; y por medio de edictos rigurosísimos, se mandó salir de Roma, en el término de tres meses, á todos los españoles é italianos vasallos del Rey que habitaban aquella capital.

---



---

## CAPÍTULO IX.

Llegada del Duque de Guisa á Roma. — Puntos por donde podia ser invadido el reino de Nápoles. — El Papa trata de atraerse al Duque de Florencia. — Artes de Cosme, el cual envia á Bartolomeo Concino al Duque de Alba. — Prision de Concino. — El Duque de Guisa sale de Roma en 5 de Abril. — Consistorio celebrado por el Papa. — El Duque de Guisa pasa el Tronto. — Sitio de Civitella. — Desavenencias entre los jefes aliados. — El Papa envia al Duque de Paliano y á Pedro Strozzi al campamento de Guisa, y más tarde el mismo Strozzi á la córte de Francia.

Las disposiciones tomadas en España, en menoscabo de la autoridad y de la dignidad de la Santa Sede, aumentaron más y más la irritacion del ánimo indómito del Papa, el cual meditaba el modo de corresponder con graves represalias, cuando trajo alguna distraccion á su mente indignada el arribo del Duque de Guisa. Habia enviado este caudillo, su ejército á Jesi, por las tierras de la Romaña y de la Marca, y desde Bolonia se habia encaminado, en compañía del Cardenal Caraffa, á

Roma, adónde llegó el día 2 de Marzo. Fué inmediatamente introducido cerca del Papa, que le recibió con una alegría igual á la impaciencia con que le habia esperado. No pudiendo obsequiarle con torneos y otras fiestas, porque habia empezado por aquellos dias la Cuaresma, quiso Paulo IV hacerle asistir á una promocion de Cardenales, que siempre da singular animacion á la ciudad, y en la que dió cabida á algunos particulares amigos del Duque. Le creó al mismo tiempo general de la Santa Iglesia, dióle su bendicion apostólica, y le regaló un magnífico diamante, encargándole que fuese con buen ánimo á combatir por su madre la Iglesia, y manifestándole que jamas capitán antiguo ó moderno habia acometido empresa más justa ni más santa; que podia tener por cierta la victoria sobre enemigos armados contra la Sede Apostólica; que tuviese siempre á mente los dos hechos, para él de eterna memoria, que resultarian de aquella guerra : el uno, la li-

beracion de la Iglesia y del Sumo Pastor, injustamente oprimidos por el rey Felipe; y el otro, la adquisicion para su Soberano de un reino grande y opulento. Ocupóse en seguida de los negocios de la guerra, y con este objeto reunió á su presencia várias congregaciones, en donde se ventilaron y discutieron las proposiciones tratadas en Reggio, y se determinó de nuevo invadir el reino de Nápoles y asaltarlo por los Abruzzos.

Formaban los confines del reino de Nápoles, por la parte del Adriático, el rio Tronto, y por la parte del Mediterráneo, el Garillano. No se podia penetrar por tierra sino por cuatro lados, que presentaban un fácil acceso: por el Tronto, hácia la parte de Ascoli y de los Abruzzos; por los dos pasos que ofrecia el Apenino, de Rieta á Civita Ducale, y de Borghetto ó Subiaco á Tagliacozzo, ó por el Garillano, dirigiéndose por la isla de Sora y Pontecorvo hácia

San Germano, camino seguido ya por el Duque de Alba para invadir el Estado eclesiástico, como el más llano y más cómodo. Hallábanse á la defensa del primer paso, Ascoli por el lado de los Estados de la Iglesia, y Civitella di Tronto por la parte del reino de Nápoles. La naturaleza misma defendía el segundo y tercero, situados en las montañas del Apenino; en el cuarto no existían, ni de una ni de otra parte, plazas de importancia, y por esta razón, el Duque de Alba había dispuesto que se fortificase Frosinone y Anagni, apenas hubo ocupado aquellas fronteras.

Consideróse, por tanto, en el consejo de guerra celebrado por los ministros del Papa y los jefes del ejército frances, que este último punto, aunque el más fácil para una invasión, estaba en las actuales circunstancias protegido cual ninguno por las adquisiciones anteriores del Virey; y que los dos pasos de los Apeninos eran difíciles de atravesar por

la aspereza misma de aquellas montañas; así que fué determinado empezar el ataque por la parte del Tronto y del Abruzzo.

Ponia al mismo tiempo el Papa todos los medios para atraerse al Duque de Florencia, Cosme de Médicis, y desembarazar de este modo sus espaldas de un enemigo que le obligaba á dividir sus fuerzas con el objeto de guarecerse de cualquier ataque que le pudiese sobrevenir por la parte de la Toscana. Como habian resultado vanas varias diligencias hechas ya en este sentido, acabó Su Santidad por proponer á Cosme el matrimonio de su primogénito Francisco con una de las hijas del Rey de Francia; prometiendo emplear todo su influjo para el logro de este enlace, y enumerando las ventajas positivas que le reportaria la amistad y parentesco con un rey tan poderoso. Escribió, en efecto, el Papa sobre esto al rey Enrique, el cual, no sólo pareció aprobar la idea, sino que envió al Arzobispo de Vien-

ne para tratar este negocio con Su Santidad y con los ministros de Cosme.

Divulgóse en un momento por Roma y por toda Italia la voz de esta nueva alianza entre la familia real de Francia y el Duque de Florencia; y como interesaba que llegase á oídos de Felipe II para sembrar sospechas é infundir temor en su ánimo, se trabajó con particular estudio en esparcir y dilatar este rumor. Pero no era fácil vencer á Cosme en artificios, y no tardó en convertir en pro y honra suya aquellos manejos empleados en su daño.

Envió á Roma á Juan Bautista Ricasoli, obispo de Cortona, para dar gracias al Papa por su buena voluntad y sus ofrecimientos que estaba muy distante de rehusar. Rogaba, sin embargo, á Su Santidad le permitiese tomar algun tiempo ántes de resolverse, pues la precipitacion en asunto de tanta importancia podria causar graves perjuicios á sus intereses, siendo así que en aquellos mo-



mentos estaba en instancia cerca del Rey de España para recobrar las gruesas sumas desembolsadas en ayuda de aquel soberano, y tenía fundadas esperanzas de lograr muy pronto su reembolso. Al mismo tiempo, y sin pérdida de momento, Cosme recomendó á sus agentes en la córte de España que se valiesen de los rumores esparcidos para impetrar de Felipe la posesion de Siena como el medio más seguro de conservar la alianza del Duque de Florencia, tan útil y necesaria á aquel Rey en las críticas circunstancias que amenazaban á sus Estados de Italia.

Miéntas todas estas cosas se trataban, Cosme habia enviado cerca del Duque de Alba á Bartolomeo Concino, su secretario íntimo, para comunicarle una importante y secretísima inteligencia que tenía con algunos de los jefes de la guarnicion de Ancona, para entregar la ciudad á los españoles, y obligar por tanto á las fuerzas del Papa á interrumpir cualquier otra empresa, y ocuparse en la re-

cuperacion de aquella plaza. Embarcóse este agente en Piombino para evitar en lo posible las tierras del Papa; pero, combatido por una horrible tempestad, hubo de detenerse algunos dias en Port-Ercole. Como el negocio no admitia retardo, se arriesgó á seguir su camino, á pesar de los vientos contrarios, con la esperanza de que el tiempo le permitiria arribar á Gaeta. Opúsose de nuevo la tempestad á sus intentos, arrojándole sobre las costas de Santa Severa, no muy léjos de Civita-Vecchia; y por mucho que procurase ocultarse, acabó por ser descubierto y conducido á Roma, á pesar de sus excusas y de sus razones, para dar cuenta de su presencia en aquellos parajes.

La calidad de la persona, que pronto fué reconocida; el peligro al cual se habia arriesgado, la premura con que viajaba, y el cuidado que habia puesto en evitar las tierras de la Iglesia, excitaron en la córte romana graves sospechas. Fué encerrado Concino en el cas-

tillo de Santangelo y examinado con diligencia; pero no hallándose motivos válidos ni pruebas seguras que justificasen su detencion, y no queriendo el Papa disgustar al Duque de Florencia, le fué devuelta la libertad, aunque por poco tiempo, pues miéntras se preparaba á continuar su viaje, descubriéronse nuevos indicios, que pusieron en claro lo que con tanta industria Concino habia celado, y fué de nuevo conducido á su prision.

Enviáronse inmediatamente las órdenes más apremiantes á Ancona para que fuesen cambiados los jefes de la guarnicion, se aumentó el presidio y se hicieron todas aquellas diligencias que requería la importancia del negocio. Se resolvió al mismo tiempo que Pedro Strozzi permaneceria en la Romaña á la cabeza de las fuerzas del Papa, á pesar de los deseos manifestados por el Duque de Guisa de que este caudillo le acompañase en su expedicion, juzgándose indispensable guarnecer bien las fronteras de la

Toscana, por la poca confianza que inspiraba el Duque Cosme.

Este suceso interrumpió el tratado de matrimonio y puso en descubierto las torcidas intenciones del Duque de Florencia. Sin embargo, el Papa, usando de disimulo, porque así convenia en aquellas circunstancias á sus intereses, no se mostró irritado contra Cosme; muy al contrario, accediendo á sus ruegos y á las contiúuas instancias que en su nombre le hacia el Obispo de Cortona, puso de nuevo en libertad á Concino y le permitió que volviese á Florencia.

Colocado Strozzi, por todos estos motivos, á la cabeza de las tropas que protegian la Romaña, el Duque de Guisa salió de Roma, el dia 5 de Abril, para reunirse con su ejército, y poco despues le siguió el Marqués de Montebello, que debia acompañarle en aquella expedicion. Al Duque de Paliano y á Julio Orsini fué confiada la defensa de la Campaña.

Convocó inmediatamente el Papa un consistorio, y en represalias de las disposiciones adoptadas contra su autoridad por el Rey de España, llamó á todos los legados, nuncios, colectores y cualquiera otro ministro de la Sede Apostólica que residiese en los reinos y provincias sometidas á Cárlos V, emperador, y á Felipe, su hijo, que declaró rebeldes y enemigos de la Santa Sede. En corroboracion de estas resoluciones, el Juéves Santo, en el acto de leerse, como es costumbre, la bula *In Cæna Domini*, fueron de nuevo excomulgados los que habian invadido el Benevento y las ciudades de la Campaña y Marittima pertenecientes á la Sede Apostólica, y en aquel tiempo ocupadas por el Duque de Alba, y todas las personas de cualquier grado ó dignidad Imperial, Real ó Cardenalicia, que en cualquier modo hubiesen dado ó diesen ayuda ó consejo ó favor á aquellos usurpadores. El Viérnes Santo, en la misa celebrada en la capilla pon-

tificia, se dejó de hacer mencion de Cárlos V, y no se pronunció la oracion que se solia decir por el Emperador, declarándole de este modo de peor condicion que los herejes y otros infieles, por los cuales, en aquellos dias de perdon y de clemencia, nuestra santa y benigna madre la Iglesia acostumbraba siempre rogar al Todopoderoso: triste cosa, por cierto, que pretendamos á veces hacer de un Dios misericordioso el cómplice de nuestras despreciables pasiones y de nuestros mezquinos intereses.

Puesto el Duque de Guisa á la cabeza de su ejército, se dirigió hácia las fronteras del reino de Nápoles; y animado por el Marqués de Montebello, que seguia dando como segura la sublevacion de los Abruzos en cuanto el grueso del ejército apareciese del otro lado del Tronto, pasó el rio en 24 de Abril, y se presentó delante de los muros de Civitella. La primera idea del Duque fué dejar dos ó tres mil soldados para formar el sitio

de esta fortaleza, hasta tanto que llegase el resto de la artillería y la infantería prometida por el Cardenal Caraffa, y continuar su marcha con las demas tropas, con el objeto de penetrar en el corazon del reino ántes que el Virey hubiese podido completar y reunir todo su ejército. Pero juzgando despues este pensamiento imprudente, porque no tenía noticias seguras de las fuerzas del enemigo, y porque temia la lentitud de la córte de Roma en sus aprestos militares, se detuvo ante Civitella y resolvió empezar la guerra con la ocupacion de esta ciudad.

Civitella, era la primera fortaleza que se encontraba entrando por aquella parte en el Abruzzo. Situada en la falda de un monte, sus casas y sus fortificaciones formaban un anfiteatro, dominado por una torre, que servia de atalaya y de defensa. Altos peñascos y numerosos precipicios la rodeaban, y la ciudad entera estaba fundada sobre la piedra viva; así es que de todos lados presentaba

una difícil subida. En frente, y á poca distancia, existia una colina, que la dominaba, pero el Conde de Santa Fiore, que tenía á su cargo la defensa de la ciudad, habia guarnecido toda aquella parte de fuertes baluartes, en los cuales habia colocado mil infantes escogidos con toda la artillería y las municiones necesarias. Alojado el Duque de Guisa en un convento de frailes que existia á poca distancia, empezó desde allí á abrir las trincheras, para acercarse, si posible era, á la fortaleza sin ser gravemente ofendido. Mandó colocar ademas várias baterías sobre las colinas inmediatas, y dió las órdenes para que sus tiros fuesen dirigidos contra una gran cortina de muro y un bastion que parecian los más débiles.

Habian reinado en aquellos dias lluvias continuas, y el terreno estaba tan fangoso y escurridizo, que á duras penas podian tenerse en pié los soldados. Esta extraordinaria humedad, y los disparos incesantes



de la artillería, causaron la caída de un buen trecho de muralla con parte de un bastion; pero los sitiados, con maravillosa celeridad y con singular denuedo, cubrieron la inmensa brecha con nuevos reparos, prestándose á este trabajo todos los habitantes, sin distincion de edad ni de sexo, y exponiendo con gusto sus vidas en defensa de la patria.

Quedaba, sin embargo, abierta por dos lados la muralla, y Guisa envió á reconocer la brecha; pero juzgando difícilísimo el asalto por lo resbaladizo del terreno, ordenó que se construyesen con gruesísimos maderos várias gatas, movidas por ruedas cubiertas con sacos de lana, para resguardo de los soldados que se acercasen á la ciudad. Adelantáronse estas máquinas, protegidas por dos mil arcabuceros, hácia la parte más abierta de la brecha, y para facilitar la entrada y distraer las fuerzas enemigas, simuló Guisa un asalto general é hizo disparar sus cañones contra todos los puntos de la ciudad.

Encontraron, no obstante, los sitiadores una terrible resistencia, y fueron recibidos por un fuego nutrido de mosquetería de las trincheras y de los diferentes fuertes. Las máquinas mismas no pudieron resistir por mucho tiempo el choque de las inmensas rocas que desde lo alto de los muros arrojaban los defensores de Civitella. Hechas pedazos, y no hallando los soldados de Guisa reparo ninguno contra el fuego enemigo, hubieron de retirarse con pérdida de doscientos hombres muertos y otros tantos heridos, y abandonar por el momento el ataque.

Suélense atribuir las desgracias de la guerra, ó á la impericia ó á la mala voluntad. Empezóse, por tanto, á susurrar que si el Duque de Guisa hubiese dado el asalto con todo el ejército, la ciudad no hubiese podido rechazar el ataque; y creyéndose ver un cálculo en esta flojedad de Guisa, llegóse á sospechar de sus intenciones, y no vaciló el Marqués de Montebello en quejarse abier-

tamente de la manera de obrar de su aliado. Altivo el Duque por carácter, agriado desde su llegada á Italia por el poco aprecio en que se habian tenido sus consejos, y provocado por las palabras de Montebello, de quien su soberbia no podia admitir reproches, echóle en cara que el Papa no cumplia sus promesas, suministrándole, como debia, las provisiones necesarias; le reconvino de tener ménos gente de la que se pagaba; y pasando de la queja á la ofensa, acusóle de conservar en beneficio propio el dinero que recibia para el salario de los soldados. Replicó Montebello con arrogancia, y hubo de alejarse del ejército y de volver á Roma para hacer á Su Santidad juez del agravio que habia recibido.

Fué comun parecer por aquel tiempo que el Duque de Guisa, descontento de la determinacion tomada de empezar la guerra en el reino de Nápoles, opuestamente á su opinion de hacerla en la Lombardía ó en la Toscana,

si bien habia pasado el Tronto y sitiado á Civitella para obedecer las órdenes de su Rey, viese sin disgusto la dificultad de apoderarse de esta ciudad, y el Virey de Nápoles á la cabeza de un ejército superior al suyo: venian de este modo las circunstancias á demostrar la superioridad de sus consejos, y podian servir de pretexto para efectuar una retirada, y obligar al Papa á consentir que las fuerzas de la liga se empleasen contra el Estado de Milan ó contra el territorio de Florencia.

La desavenencia entre este caudillo y el Marqués de Montebello causó sumo desagrado en Roma. Conocieron el Papa y sus sobrinos que no podian manejar las armas francesas á su antojo, ni esperar del Duque de Guisa, exacerbado, un fiel y oportuno servicio. Era necesario, sin embargo, disimular y remediar en lo posible el desacuerdo nacido, que podia ocasionar desórdenes y consecuencias de la mayor gravedad. Así es

que se expidió inmediatamente al campamento de Civitella al Duque de Paliano y á Pedro Strozzi para aplacar el ánimo de Guisa, y consultar con él nuevas resoluciones para el porvenir.

Renovó Guisa sus quejas en presencia de estos señores, y lamentóse de que no se hubiesen observado las promesas hechas por el Papa, atribuyendo á esto el mal éxito de la campaña y el peligro que corria su reputacion; y bien que el Duque de Paliano hubiese traído consigo una buena suma de dinero para el ejército, y comunicase á Guisa la resolución del Papa, de imponer á sus súbditos una contribucion del uno por ciento sobre los bienes inmuebles, para atender á todos los gastos de la guerra, no por esto se aquietaba Guisa, el cual insistia en la imposibilidad de hacer ningun progreso por aquella parte, y se apoyaba en los avisos recibidos diariamente de que el Duque de Alba se acercaba con un numeroso ejército.

No pudiendo vencer el mal ánimo ó la obstinacion del Duque de Guisa, el Papa determinó enviar á Pedro Strozzi al Rey de Francia para representarle el estado de las cosas, y solicitar nuevas órdenes, que pusiesen término á la diferencia de parecer de los capitanes de la liga, y decidiesen el modo de continuar la empresa comenzada con el acuerdo indispensable para su buen éxito. Y como el Duque de Guisa parecia abrigar sospechas de que la córte de Roma estaba en tratos secretos con los españoles para el caso de que las circunstancias la obligasen á desear la paz, se mandó á Francia, en compañía de Strozzi, y con objeto de remover estos recelos, al hijo único del Duque de Paliano en rehenes y como prenda de la buena fe del Papa en esta ocasion.

---

---

## CAPÍTULO X.

El Duque de Alba va al encuentro del enemigo (11 de Abril). — Ejército del Duque de Alba. — Guisa envía gente á reconocer el enemigo. — Alba se le opone. — El Duque de Guisa levanta el sitio de Civitella (15 de Mayo). — Contribucion del 1 % establecida por el Papa. — Marcantonio Colonna puesto á la cabeza de las tropas en la Campaña de Roma. — Saqueo de Monte Fortino por Julio Orsini. — Progresos de Colonna. — Llegada de tres mil suizos asalariados por el Papa. — Batalla entre los eclesiásticos y los españoles. — Consternacion de Roma.

Miénttras reinaba este desacuerdo entre los aliados, el Duque de Alba se habia preparado para rechazar sus ataques. Apénas se halló en disposicion de hacer frente al enemigo, resolvió ir á su encuentro y seguir todos sus movimientos, con ánimo de oponerse en un caso á sus proyectos, estorbar sus designios y cansarle, si posible era, sin efusion de sangre, pero tambien sin honra ni provecho para su contrario. Conocia el Duque de Alba el carácter frances, y sabía

que logrando evitar sus primeros ímpetus, no presentándole ocasiones de adquirir gloria, y creándole á cada paso impedimentos y dificultades, conseguiria al poco tiempo desanimar el ejército de Guisa y obligarle á la retirada despues de una campaña infructuosa. Con estos propósitos salió el dia 11 de Abril de Nápoles; y despues de recorridas todas las plazas más importantes de los Abruzzos, y dadas las órdenes oportunas para su defensa, reunió á su ejército la mayor parte de los presidios que guarnecian aquellas ciudades, é hizo venir al Conde de Popoli de la provincia de Campaña con la caballería, juzgando inútil conservar fuertes guarniciones en las fortalezas desde el momento en que él mismo con toda su gente se encaminaba á proteger el Abruzzo. Pasó la revista en Atri á sus tropas, que se componian de unos veinte y cinco mil infantes y dos á tres mil caballos: de aquellos, tres mil españoles, soldados viejos, obedecian al



maestre de campo Sancho Mardones; mil ochocientos tudescos estaban bajo las órdenes del Baron de Felts; cuatro mil hombres de la misma nacion tenian por jefe á Alberico de Ladron; el Conde de Nicotera se hallaba á la cabeza de ocho mil calabreses y sicilianos, y Carlo Spinello, con Ciccio de Lofredo, mandaban otros tres mil italianos. La caballería ligera la guiaba el Conde de Popoli, en número de mil y quinientos caballos, y setecientos hombres de armas estaban bajo el mando de D. Juan Portocarrero. En cuanto á los soldados que pertenecian á las guarniciones de las tierras de la Campaña de Roma y de los Abruzzos, podian ascender á unos seis mil infantes.

Desde Atri se dirigió el Duque de Alba hácia las orillas del rio Humano, con el proyecto de impedir el paso al enemigo en el caso de que dejase el sitio de Civitella é intentase penetrar en el reino. Pero apénas se hubo cerciorado de que el Duque de Guisa

no pensaba moverse de los muros de aquella plaza hasta haberla ocupado, resolvió adelantarse á su socorro y obligar á su contrario á levantar el sitio.

Al primer aviso de la llegada del ejército del Duque de Alba, Guisa envió trescientos caballos ligeros y cien hombres de armas para observar sus movimientos y reconocer sus fuerzas. Los caballos ligeros llegaron á Julia Nueva, tierra poco distante del mar, y situada á unas seis millas de las márgenes del Humano, donde estaba acampado Alba. Los hombres de armas se detuvieron en Tortoreto, á dos millas de Julia Nueva. La intencion de Guisa no era únicamente espiar el ejército español, sino fortificarse en Julia Nueva, colocada en lugar alto y sitio oportuno, abastecida de aguas, abundante de todas las cosas necesarias, y principalmente, cómoda para recibir provisiones por el mar; se proponia detenerse en aquel punto en el caso de que el sitio de Civitella fuese coro-

nado de un buen éxito, y le permitiese penetrar en el reino de Nápoles.

Pero, adivinado por el Duque de Alba este designio, resolvió impedir su ejecucion, y envió de noche, hácia Julia Nueva, al Conde de Popoli con trescientos infantes, doscientos hombres de armas y seiscientos caballos ligeros. Pasó esta gente el rio Humano, y en gran silencio llegaron á las orillas del riachuelo Tordino. Dividiéronse en aquel punto, y concertaron que el Conde de Popoli, con los caballos ligeros, tomara á mano izquierda, y se pondria en emboscada en un montecillo situado entre Julia Nueva y Tortoreto, y que García de Toledo, con la infantería y los hombres de armas, se adelantaria hácia el mar, y dando tiempo al Conde de llegar al punto destinado, acometeria á los franceses que ocupaban Julia Nueva. De este modo, si los caballos ligeros del enemigo intentasen unirse con la gente alojada en Tortoreto, debian caer en la embos-

cada de Popoli; y arriesgándose á volver solos á su campamento, se encontraban con las fuerzas de García de Toledo. Desgraciadamente adelantáronse los infantes españoles con demasiada precipitacion, y fueron descubiertos y atacados por el enemigo ántes de que el Conde de Popoli pudiese llegar al sitio determinado. Al ruido del combate, acudió el Conde, que áun no se hallaba muy léjos, y puso en fuga á los franceses, pero no pudo impedir que se uniesen con los de Tortoreto, y todos juntos, llegasen sin obstáculo al campamento de Guisa. Julia Nueva fué ocupada inmediatamente, y preservada del saqueo por la llegada del Duque de Alba, el cual, movido por el temor de que Guisa hubiese enviado más gente para conservar aquella posicion, se habia acercado con todo su ejército.

Detúvose el Virey en esta ciudad, viendo que Civitella resistia con valor, y esperando que el enemigo se persuadiria de la inutili-

dad de sus esfuerzos. Dió, en efecto, el ejército aliado algunos asaltos más, que fueron todos rechazados; y convencido el Duque de Guisa que consumia, sin probabilidad de buen resultado, su gente y el tiempo ante aquella ciudad, y que su situacion empeoraba cada dia por la proximidad del ejército contrario, resolvió, por fin, abandonar el sitio, y así lo efectuó el dia 15 de Mayo, veinte y dos dias despues de haberlo comenzado. Cuando se apercibieron los habitantes de Civitella que el enemigo levantaba el campo, con ademanes de desprecio vertieron garrafas de vino desde los muros, cantando en son de burla :

Vuelve, vuelve á tus hogares, frances;  
Que Civitella para tí no es.

Ejecutó, sin embargo, Guisa la retirada con el mayor orden y disciplina, partiendo á mediodía, y despues de haber puesto fuego á los alojamientos, sin que la guarnicion de Civitella intentase molestarle en su marcha.

En cuanto se supo en Roma esta retirada, y la resolucion manifestada por el Duque de Guisa, de volver á Francia, á consecuencia de las desavenencias habidas con los sobrinos del Papa, empezóse de nuevo á murmurar contra el Gobierno, que exponia á los pueblos sin fruto ninguno, y por un mero capricho, á la carestía, á la licencia y á las violencias que estaban sufriendo. Aumentóse el disgusto y la desesperacion quando se supo que el Papa, en una congregacion general, convocada el dia 17 de Mayo, habia establecido una contribucion de uno por ciento sobre todos los bienes raíces del dominio eclesiástico, y quando se vió que, sin poner dilacion, se empezaba á exigir su cobro con el más extremo rigor. Urgia, en efecto, dar las pagas á tres mil suizos que, asalariados por Su Santidad, se acercaban ya á Roma, y en los cuales el Papa tenía puestas todas sus esperanzas. Solia decir Paulo IV, al hablar de este nuevo socorro,

que el cielo le enviaba tres mil ángeles para librarle de las injurias y de las insolencias de los españoles.

Entre tanto, en la campaña de Roma hacia tiempo ya que no se habia verificado accion ninguna, pues apenas recobrado Vico-varo, las tropas eclesiásticas se habian retirado hácia la capital, esperando alguna victoria por la parte del Abruzzo, para continuar sus operaciones con más facilidad y gloria más segura. El Duque de Alba habia enviado al territorio pontificio, ocupado por los españoles, á Marcantonio Colonna, como más práctico del país y el más interesado en defenderlo, con cuatro mil italianos y veinte y seis piezas de artillería. Mandaba las fuerzas eclesiásticas Julio Orsino, durante la ausencia del Duque de Palliano, que habia debido ir al campamento de Civitella. Reconociéndose superior al enemigo, salió de Roma con dos mil infantes italianos, dos compañías de alemanes vete-

ranos, con alguna caballería y siete cañones, y se apoderó de Monte Fortino, que fué saqueado é incendiado, sin perdonar siquiera á una iglesia donde se habian refugiado las mujeres y los niños, los cuales todos perecieron.

Dirigióse en seguida á Siglio, plaza fuerte y admirablemente situada, para estorbar las operaciones del enemigo; pero acudió Colonna al socorro de la ciudad, y fué obligado Orsino á retirarse hácia Roma. Marcantonio, reforzado con siete banderas de alemanes del cuerpo de Hans Walter, que acababa de llegar, se apoderó de la Torre de Lugnano, de Valmontone y de Palestrina, y se acercó á los muros de Paliano, haciendo segar todo el grano de los campos vecinos, y llevarlo al lugar seguro, sin que la guarnicion de aquella fortaleza se atreviese á impedirselo.

Llegaron por aquel tiempo á Roma los tres mil suizos, bajo el mando del coronel



Welts, é hicieron su entrada en 20 de Julio. Al dia siguiente hubo Capilla papal, y Paulo IV creó caballeros á once jefes de aquella gente, y dió á cada uno una cadena de oro con una medalla, en la cual estaban grabadas las imágenes de San Pedro y San Pablo. Debiéndose enviar á Paliano una buena cantidad de vituallas, de que empezaba á carecer aquella fortaleza, se determinó que las condujesen los suizos con la artillería, no sólo para guarnecer suficientemente la plaza, sino para libertar todo el país de las armas de Marcantonio.

Apénas supo Colonna esta determinacion, envió con la mayor diligencia á pedir socorros al Virey, el cual le mandó inmediatamente ocho banderas de alemanes con el Baron de Felts, dos estandartes de hombres de armas y mil españoles. Situóse Colonna entre Paliano y el camino por el cual venian los eclesiásticos, con el ánimo de impedir que se introdujese en aquella plaza ningun so-

corro. Julio Orsino y el Marqués de Montebello, que mandaban las demas tropas pontificias, se unieron á los suizos, decididos á presentar batalla al enemigo; pero como les parecia inútil ó imposible por el momento hacer entrar víveres en Paliano, los trasportaron á Segni con la artillería, privándose de este modo imprudentemente de esta arma, que en la ocasion podia serles de suma utilidad.

Ordenó Marcantonio á la vanguardia, mandada por el Baron de Felts y compuesta de alemanes, que se alojase lo más cerca posible del enemigo, lo que fué ejecutado por Felts, no sin peligro ni dificultad, pues hubo de atravesar un foso, que hacia muy embarazoso el paso para la artillería. Ocupó, sin embargo, una colina, rodeada de un valle, atrincherada y protegida por la misma naturaleza, en aquella parte por donde venian los eclesiásticos; y allí plantó la artillería, mientras que el capitan Salinas, con

cuatrocientos arcabuceros españoles, se situaba en una altura en frente de Felts, y tenía encargo de empeñar con el enemigo una escaramuza, y de dar tiempo á que se acercase el resto del ejército. Colocáronse los eclesiásticos en la falda de un cerro, dejando á sus espaldas un bosque, que podia, en un caso, proteger y facilitar su retirada. Parecióle á Orsino ventajoso apoderarse de la llanura que se extendia entre Felts y Salinas, y envió, para ocuparla, seiscientos infantes italianos, que se adelantaron, disparando á profusion sus arcabuces contra los alemanes, los cuales no contestaron al fuego enemigo, con ánimo de reservar sus municiones para ocasion más propicia. Pero apenas entraron los italianos en la llanura, dióles Felts tan furiosa embestida, que les obligó á retroceder hácia sus alojamientos y á abandonar el valle.

Viendo el combate empezado, Colonna situó los españoles á su mano derecha, y los

alemanes de Felts á la izquierda; conservó los tudescos de Walter para acudir allí donde lo exigiese la necesidad y para guardar la artillería y los alojamientos, y guarneció los flancos con la caballería, que colocó en lugar en donde pudiese moverse con toda libertad y segun lo requiriesen las circunstancias. Los eclesiásticos, por su parte, opusieron los italianos á los españoles, los suizos á los alemanes, y despues de haber formado un tercer cuerpo de la caballería, dieron la señal de la batalla, precipitándose los dos ejércitos animosamente el uno contra el otro.

Al primer ímpetu, los españoles, desbordados por el número muy superior de los italianos, empezaron á ceder; pero Colonna los apoyó al momento con la caballería, y dirigió al mismo tiempo contra la del enemigo todos los tiros de su artillería, causándole gran daño y logrando introducir entre ella el mayor desconcierto. Él mismo se apeó del caballo, y con una pica en ma-

no, y con el resto de los alemanes, se arrojó en medio de la pelea. Sintiéndose sostenidos, los españoles no tardaron en hacer cejar á los italianos y en ponerlos en completa fuga. Refugiáronse los soldados eclesiásticos en el bosque, donde creían hallar su salvacion, y sólo encontraron un mayor peligro, pues corriendo la caballería pontificia con toda velocidad hácia Segni para evitar el fuego de la artillería, que diezmaba sus filas, se precipitó sobre los italianos que huían por el mismo camino, y causó entre los suyos innumerables pérdidas.

Por el otro lado, los suizos resistieron con tenacidad á los ataques de los alemanes de Felts; pero, á pesar de su valor y de su obstinacion, hubieron de ceder al ímpetu y á la igual pertinacia del contrario. Aún seguían combatiendo, cuando fueron acometidos por las tropas vencedoras, que volvían de la persecucion de los italianos. Convirtiósese entón-ces la pelea en una horrible carnicería, en

que, salvo unos cuatrocientos suizos, que se rindieron, todos los demas quedaron muertos en el campo. Intentó en vano Julio Orsino reunir sus soldados y detener su huida; herido él mismo en una pierna, fué hecho prisionero. Demostró en esta ocasion el jóven Marcantonio Colonna gran valor y altas dotes de capitan consumado, que, creciendo con el tiempo, le hicieron uno de los más ilustres caudillos de su tiempo. Señaláronse entre los alemanes el Baron de Felts, y entre los españoles el capitan Salinas, Mosquera y Martin de Godoy.

Verificóse esta derrota del ejército eclesiástico el dia 17 de Julio; y llegada la noticia á Roma, áun quando se trató en parte de encubrirla, callando muchos particulares, mitigando ó variando los sucesos, fué oida con universal dolor y con gran consternacion. No se hablaba ya sino de salvar la ciudad, creyendo ver el enemigo á las puertas. Sólo el Papa permaneció firme, sin que le

conmoviese el daño recibido ni le atemorizase el peligro. Léjos de pensar en la paz, ocupábase en reunir las sumas que se retiraban de la contribucion del uno por ciento con ánimo de hacer una nueva leva de suizos y continuar la guerra. Confirmóle en su resolucion la llegada de Pedro Strozzi con nuevas órdenes, en que el Rey de Francia recomendaba al Duque de Guisa siguiese obedeciendo los mandatos del Papa, y llevase adelante la guerra en el modo que Su Santidad juzgase más oportuno para sus intereses. Aseguraba, ademas, Enrique que enviaria mayores refuerzos; pero exigia al mismo tiempo la observacion por parte del Papa de todo lo pactado con aquella misma prontitud con que la Francia habia ejecutado los capítulos de la liga.

---





---

## CAPÍTULO XI.

El Duque de Guisa se dirige á Tívoli. — Toma de Rocca de Mapini y de Segni. — Placidi, enviado por el cardenal Santa Fiore al Duque de Alba. — Propositiones de Placidi y contestacion de Alba. — El Virey se aproxima á Roma. — El Papa envia al Cardenal Trivulcio y Felipe II á D. Francisco de Valencia á Venecia. — Los venecianos y el Duque de Florencia interponen su mediacion para conseguir un acuerdo entre los contendientes. — El cardenal Caraffa pasa á Palestrina para avistarse con el Duque de Alba. — Se firma la paz en 14 de Setiembre. — Vuelta de Caraffa á Roma. — Entrada del Duque de Alba en la ciudad eterna. — Consistorio tenido en 20 de Setiembre.

El Duque de Guisa en tanto, despues de haber pasado el Tronto, se habia detenido con su ejército en las cercanías de Ascoli. Supo por entónces que el enemigo se habia reforzado con la llegada de tres mil infantes españoles bajo el mando de D. Fernando de Toledo; y juzgándose muy inferior en fuerzas, se retiró en seguida á Macerata. En aquella ciudad le llegaron la noticia de la derrota de los eclesiásticos y las nuevas ór-

denes de su Rey, acompañadas de las mayores instancias del Papa para que se acercase á Roma. En vista de estos sucesos, sin perder tiempo, se encaminó, por la via de Spoleto, con la mayor celeridad hácia Tívoli.

Conociendo el Virey que el reino de Nápoles no corria por el momento ningun peligro y que la guerra iba á cambiar de teatro, dió licencia á varios señores que militaban á sus propias expensas para volver á sus casas, concedió várias exenciones y privilegios á los habitantes de Civitella por su valerosa y fiel defensa; y despues de haber dejado al cuidado y á la guardia del Abruzzo al Marqués Trevico con algunas tropas italianas y algunos caballos, salió de Julia-Nueva, y con los barones de su séquito se transfirió á Sora, por la via de Celano, para asistir desde más cerca y dirigir con más prontitud las operaciones de la guerra.

No se habia detenido Colonna despues de

la victoria, y resuelto siempre á apoderarse de Paliano, juzgó necesario ocupar ántes á Roca de Massimi y á Segni para emprender más desembarazadamente la expugnacion de aquella fortaleza. Entró el Baron de Felts por medio de una estratagema en la Roca de Massimi, defendida por Juan Bautista Orsino. En cuanto á Segni, delante de la cual se presentó Colonna con sus tropas, poco tiempo pudo resistir al ímpetu de los españoles, que, lanzándose temerariamente al asalto ántes de que la brecha fuese abierta, la ocuparon y saquearon sin piedad.

Púsose inmediatamente en marcha Colonna hácia Paliano, y el Duque de Alba, que se habia detenido en Bauco, le envió grandes refuerzos de caballería y de infantería para que pudiese terminar felizmente su empresa. Llegó en aquellos dias á Bauco Alejandro Placidi, Secretario del Cardenal Santa Fiore, con la noticia de la victoria obtenida por Felipe II contra los franceses en San Quin-

tin, y con proposiciones de paz por parte de la córte romana. Pero el Virey, comprendiendo los temores que aquella derrota de sus aliados debia engendrar en el ánimo del Papa, se mostró resistente á acceder á ninguna condicion de concordia, y manifestó su extrañeza á Placidi de que un amigo y servidor del rey Felipe, como lo era el Cardinal camerlengo, le enviase á hacer proposiciones perjudiciales á la reputacion de su corona, cuando apoyaban sus razones, no sólo la justicia, sino la victoria.

Prometia Placidi que en el término de diez dias el ejército frances saldria de los Estados eclesiásticos y el Papa reanudaria la amistad con el rey Felipe; pero deseaba que al mismo tiempo el Virey retirase sus tropas del territorio pontificio, y restituyese todas las tierras que habia ocupado. El Duque de Alba no podia ciertamente consentir en estas condiciones, despues de los sucesos de los Abruzzos y de la Campaña, y sobre

todo, cuando veía al Papa sin defensa, el Duque de Guisa obligado á volver á Francia, el de Ferrara atento á proteger sus propios Estados, y los otros príncipes de Italia ó amigos ó neutrales. Contestó, por tanto, al Secretario de Santa Fiore que no prestaría oídos á ningun tratado de paz, mientras el Papa no confesase públicamente el error que habia cometido al unirse con los enemigos del Rey de España, y al llamar un ejército extranjero para invadir los Estados de este soberano, así como la injusticia con que habia obrado persiguiendo y encarcelando los amigos, ministros y servidores de S. M.

Volvió Placidi con esta respuesta, y con el anuncio de que ántes de su salida del campamento habia observado ciertos movimientos, que le hacian suponer intenciones en el ejército enemigo de dirigirse á Roma. Se habia propuesto, en efecto, el Duque empujar su ejército hácia aquella capital, con ánimo de atemorizar al Papa, y obligarle á

admitir condiciones de paz más ventajosas para su soberano. Ordenó á Ascanio della Cornia que con un corto número de soldados escogidos se acercase á los muros de Roma por la parte de Porta Maggiore, y aparentase querer apoyar las escalas para sorprender la ciudad. Hizo sostener este movimiento por el capitán Bernardi con cien caballos y otros cien arcabuceros, y resolvió encaminarse poco á poco con todo el ejército al mismo punto, para dar más fuerza y más visos de verdad á la empresa, y esparcir el terror entre los habitantes de Roma.

Llegó en efecto el ejército, á media milla de los muros, y Ascanio della Cornia, que se habia adelantado, según sus instrucciones, volvió con el anuncio de que Roma se hallaba sobre aviso, y de que se oía por toda la ciudad el rumor de las armas y los preparativos de defensa. Las sospechas de Placidi, á quien el Duque de Alba no habia siquiera tratado de ocultar sus movimientos,

habian avivado la vigilancia del Cardenal Caraffa, el cual tenía dadas las órdenes necesarias para que toda la guarnicion estuviese alerta y armada dia y noche, recorriendo él mismo á caballo todas las calles sin tomar ni un momento de reposo. Obtenido su objeto, que era infundir en la córte romana la zozobra inseparable de todo peligro inminente, pues no podia ser su intencion, contra la voluntad de Felipe II, tomar de asalto á Roma y entregarla á los desmanes de la soldadesca, el Duque de Alba se retiró hácia la Colonna, dejando en duda á los Romanos sobre sus presentes ó futuros propósitos, y con el temor de que aprovechase la primera coyuntura favorable para introducirse por sorpresa ó por la fuerza en la ciudad. Desde la Colonna se dirigió el Virey á Guazzano, y distribuyó la caballería en los lugares vecinos. Conservó solamente algunas compañías de soldados para hacer correrías en los alrededores, y envió el resto de

su gente á Marcantonio Colonna para que pudiese estrechar con más energía el sitio de Paliano.

Entre tanto el Papa, noticioso de la derrota del ejército frances delante de los muros de San Quintin, é informado de que el rey Enrique llamaba á toda prisa al Duque de Guisa con las tropas que tenía á sus órdenes en Italia, se habia apresurado á enviar el Cardenal Trivulcio á los Venecianos, encargándole que pintase á aquella República el peligro, no sólo del Estado eclesiástico, sino de toda Italia, cuando se hallase expuesta, á consecuencia de la retirada de las armas francesas, á la violencia y ambicion de los españoles victoriosos. Pedia al mismo tiempo Paulo IV consejo y ayuda, y en éste mismo sentido se explicó delante del embajador veneciano Navajero y del enviado de Florencia, á los cuales declaró que estaba dispuesto á ceder, siempre que lo pudiese hacer con dignidad y sin mengua.



Habia por la misma época el rey Felipe participado á la República de Venecia su victoria por conducto de D. Francisco de Valencia, caballero de Malta; y en esta ocasion habia hecho repetir sus intenciones con respecto á la paz, dando á entender que sus victorias, léjos de ensoberbecer su ánimo, le hacian desear más que nunca la concordia, á la cual contribuiria por su parte, aceptando del Papa cualquier honrosa proposicion.

Estos comunes deseos y estas instancias determinaron á la República á enviar á Roma al secretario Franceschi, para que entablase con la córte romana un tratado de acuerdo. Despues de haber expuesto al Papa el objeto de su venida, Franceschi se trasladó al campamento del Duque de Alba, al cual rogó, en nombre de su gobierno, que tuviese á bien señalar un punto en donde pudiese avistarse y conferenciar con el Cardenal Caraffa. Se esforzó en persuadir al Duque

de que, ventilándose mutuamente las recíprocas pretensiones, y sincerándose los ánimos con el desahogo de las propias pasiones, se llegaría á hallar el modo y las condiciones más oportunas para lograr un perfecto y estable concierto, y la paz que todos deseaban.

Mostró en un principio el Duque cierta repugnancia á acceder á esta conferencia. Recordaba el poco fruto que habian producido las conferencias anteriores, y manifestó que no queria ya más ser burlado por los Caraffas, y aventurar la reputacion de su Rey y la suya propia, perdiendo un tiempo precioso en inútiles razonamientos. Apoyó las gestiones de Franceschi, Averardo de Médici, enviado con igual objeto al Virey por el Duque de Florencia, haciendo ver á Alba el peligro que podian correr el reino de Nápoles y la Lombardía si el Papa, excitado por el temor ó por la desesperacion, se precipitase, como amenazaba hacerlo, en

la perniciosa resolución de retirarse en lugar seguro y entregar Roma y las principales fortalezas del Estado eclesiástico en poder de los franceses.

Cedió, por fin, el Duque de Alba á los ruegos de estos enviados, y se designó para reunirse en congreso la ciudad de Palestrina. Volvió inmediatamente Franceschi á Roma con el anuncio de esta resolución, y el Cardenal Caraffa, acompañado de los cardenales Santa Fiore y Vitelli, se trasladó, con el consentimiento del Papa, á Palestrina y á Genazano, donde el Virey se hallaba por entonces (8 de Setiembre).

La principal dificultad que se presentaba para la conclusión del tratado de paz era el arreglo de los intereses de Marcantonio Colonna. No quería el Papa en modo alguno consentir que fuese comprendido en los capítulos del acuerdo, ni sobre todo que se le restituyese Paliano. Para salvar este punto, el Cardenal y el Duque concertaron

que se trataria esta materia aparte y reservadamente; y bien que nada se hiciese sin conocimiento del Papa, se resistió siempre Paulo IV á aparecer instruido de este convenio.

Se formaron, por tanto, dos capitulaciones, la una pública, que comprendia las condiciones de la paz en general; la otra secreta y concerniente á los particulares de Paliano y á los intereses de Marcantonio Colonna. En el primer convenio se acordó lo siguiente:

1.º Por parte de S. M. Católica, el Duque de Alba debia hacer cerca de Su Santidad y de la Sede Apostólica, como devoto y obediente hijo, en señal de humildad y de obediencia, aquellas sumisiones más convenientes para impetrar el perdon y la gracia de Su Beatitud, y más tarde S. M. debia enviar una persona á propósito con el mismo objeto.

2.º Su Santidad recibiria al Rey en su gracia como buen y obediente hijo de la Se-

de Apostólica, admitiéndole á gozar de los mismos favores que los demas príncipes cristianos.

3.º Su Santidad desistiria de la liga formada con el Rey cristianísimo, prometiendo en lo futuro ser padre comun y conservarse neutral.

4.º El Rey restituiria desmanteladas todas las tierras, lugares, ciudades y fortalezas de la Sede Apostólica ocupadas hasta el dia.

5.º Se restituiria por ambas partes la artillería cogida durante la guerra.

6.º Se alzarian todas las penas, temporales y espirituales, impuestas á las comunidades y personas, sea eclesiásticas, sea seglares, perdonándoles y restituyéndoles los bienes, honores y privilegios; declarando, sin embargo, que en este capítulo no se hallaban comprendidos ni Marcantonio Colonna, ni Ascanio della Cornia, ni el Marqués del Bagno, ni ningun otro rebelde del Papa, los cuales se entendia que quedaban en el

mismo disfavor y sometidos á la voluntad del Papa.

7.º Paliano se entregaria, en su estado actual, al Sr. Bernardino Carbone, confidente de ambas partes, el cual les juraria mutuamente fidelidad, tendria ochocientos infantes á comunes expensas, y observaria las convenciones establecidas en este particular entre el Cardenal Caraffa y el Duque de Alba en servicio de sus respectivos príncipes.

8.º Se prometeria, con el debido juramento, observar fielmente estas convenciones.

Ajustadas de este modo las capitulaciones el día 9 de Setiembre, fueron enviadas en la misma noche al Papa por medio del Obispo de Pola. Despues de haberlas examinado con detencion Su Santidad, las aprobó y las devolvió para que las firmasen los plenipotenciarios. Pero el Duque de Alba no quiso consentir en dar este paso ántes de haber convenido en las capitulaciones secretas concernientes á Paliano; así es que, puesto de

acuerdo con el Cardenal Caraffa, adoptaron en este particular las siguientes condiciones:

1.º Que se pusiese en Paliano un confidente de ambas partes, como ya se habia pactado, ó bien se dismantelase, segun lo prefiriese el Rey Católico.

2.º Eligiendo que se dismantelase, no podria ser fortificado por quien lo poseyese, hasta que S. M. hubiese dado al Duque de Paliano una recompensa que le pudiera satisfacer.

3.º Que si acerca de esta recompensa naciese alguna dificultad ó controversia, se someteria la desavenencia á la República de Venecia, á cuyo fallo la una y la otra parte obedecerian sin réplica.

4.º Aceptada la recompensa, Paliano sería dismantelado y el Duque entregaria la plaza á la persona que S. M. Católica indicase, con tal que no fuese á un rebelde ó enemigo de Su Santidad y de la Sede Apostólica.

5.º S. M. quedaba obligado á dar esta

recompensa en el término de seis meses, y faltando á esto, el confidente debería dismantelar la fortaleza y entregarla al Duque de Paliano.

6.º Para mayor confirmacion de estos capítulos, y para asegurar enteramente al Rey de su entera devocion, debería el Cardenal Caraffa, en el término de cuarenta dias, trasladarse á la córte de S. M. en Brusélas.

Establecidas estas capitulaciones, fué á Roma el Cardenal Vitelli para comunicarlas al Papa y obtener su consentimiento. Pero como se sabía la voluntad de Paulo IV de que todos ignorasen que estaba instruido del convenio secreto, fué enviado el Cardenal Vitelli en apariencia para anunciar á Su Santidad la conclusion de la paz. Apénas llegado á Roma, Vitelli se presentó al Papa y lo saludó, diciéndole: «Santo Padre, está hecha la paz.» Era de noche y el Papa cenaba. Al oir estas palabras, se puso en pié y descubriéndose la cabeza exclamó: «Gracias



»sean dadas al Señor, que nos ha concedido  
»esta merced, deseada siempre por Nos sobre  
»todas las cosas.» Y volviendo á sentarse,  
continuó su cena con extrema alegría.

Aceleróse la conclusion del tratado, porque en aquellos dias el Duque de Guisa habia declarado al de Paliano que se preparaba á salir para Francia en cumplimiento de las instantes órdenes de su Rey. Se apresuró, por tanto, el Duque de Paliano á aprobar lo que su hermano habia concertado, y le escribió solicitando la terminacion del negocio en la mejor manera que pudiese. Añadíale en su carta que el Papa abandonaba todo á su prudencia, en vista de lo que apremiaba el tiempo y del peligro que podria resultar de cualquier demora.

Volvió el Cardenal Vitelli á Cavi con estas contestaciones, y en aquella ciudad fueron firmadas las capitulaciones públicas, siendo testigos el mismo Vitelli y el Cardenal Santa Fiore. Fueron igualmente firmadas, el

dia 14 de Setiembre, las capitulaciones secretas, pero sin que interviniese testigo ninguno; é inmediatamente el Cardenal Caraffa se despidió del Virey y volvió á Roma, donde entró en el mismo dia, y fué recibido por todos con el mayor júbilo,

Se presentó en seguida al Papa y puso en sus manos el convenio firmado. Hallábanse con Su Santidad cuatro cardenales y varios prelados, á cuya presencia dió de nuevo gracias á Dios por tan feliz suceso, y convocó un consistorio para el lunes siguiente. Aquella misma noche del 14 creció de tal manera el Tíber, que inundó toda la ciudad é impidió el tránsito por las calles.

Sabiendo el Duque de Guisa que el Virey debia hacer su entrada en Roma en aquellos dias, y no queriendo presenciar los honores que se preparaban, se trasladó el dia 16 de Setiembre á Civita-Vecchia, donde hizo embarcar el resto de las tropas que aún no habia dirigido á Francia.

El 19 entró el Duque de Alba en Roma, pero de noche y en forma privada, acompañado solamente de varios barones y algunos amigos y familiares. Pasó sin detenerse al Vaticano, donde fué introducido por el Cardenal Caraffa cerca del Papa, y recibido por Su Santidad, en la sala de audiencia á la presencia de veinte cardenales. Despues de haber besado los piés á Su Beatitud, rogóle el Duque, en nombre de S. M. y en el suyo propio, que perdonase los delitos cometidos en la guerra pasada, poniendo á su servicio la Majestad de su Rey y su persona propia, como hijos obedientes de la Santa Sede. Oyóle el Papa con paterno afecto y le dió la bendicion apostólica. Despidióse en seguida el Duque de Alba, besando de nuevo los piés al Papa; y despues de haber abrazado á todos los cardenales presentes, fué conducido, con su séquito, á las habitaciones del Cardenal Caraffa, donde ocupó el apo-

sento destinado, pocos meses ántes, al Duque de Guisa.

El día 20, Paulo IV convocó un consistorio, en el cual dió parte al Sacro Colegio de la paz establecida, y publicó un grande y amplísimo jubileo para que las oraciones de los fieles impetrasen la conclusion de una concordia duradera entre el Rey Cristianísimo y el Católico. Para conseguir este objeto en cuanto estuviese de su parte, nombró dos legados, el Cardenal Caraffa para la corte de España, y el Cardenal Trivulcio, que debia pasar á Francia. En el mismo día se dió la libertad á Garcilaso de la Vega, á Pirro di Loffredo, á Juan Antonio Tássis y á varios otros servidores de S. M. Católica.

El 21 se celebró en la capilla pontificia la misa en rendimiento de gracias por la paz tan deseada, y despues de esta funcion, el Papa dió una comida á todos los cardenales

y al Virey, que se sentó en la mesa en frente del Cardenal Decano.

Salió en el mismo dia de Roma el Duque de Alba, con objeto de volver á Nápoles, acompañándole Mateo Acquaviva, proto-notario apostólico, que, con el título de nuncio, enviaba Paulo IV para regalar á la Duquesa de Alba la rosa de oro que acostumbra los papas bendecir en el cuarto domingo de Cuaresma, y ofrecer como un alto favor á las princesas soberanas. Habia escrito poco ántes el Duque á su esposa, dándole cuenta de su entrada en Roma, y de la cortesía con que habia sido tratado por Su Santidad, añadiéndole que se habia hallado en muchas batallas y habia corrido grandes peligros en medio de las armas y del enemigo; pero que nunca habia sentido faltarle el ánimo ni la voz como cuando se habia visto frente á la Majestad del Soberano Pontífice.

Así terminó esta guerra, únicamente motivada por la pasión de Paulo IV y por la

ambicion de sus sobrinos, lucha que tuvo más tarde consecuencias bien trágicas para los Caraffas, y que las hubiese podido tener fatales para la Santa Sede, si el Rey Felipe no hubiese opuesto la prudencia más exquisita á la más ciega obstinacion, y la veneracion más profunda al ódio, al rencor y á la soberbia.

FIN.

## MANUSCRITOS CONSULTADOS.

---

Relacion del cónclave en que fué elegido Paulo IV.  
Cartas de Monseñor della Casa, á nombre del Cardenal Caraffa, al Arzobispo de Couza, nuncio de Su Santidad cerca de S. M. Imperial.

Cartas del Cardenal Caraffa al Duque de Urbino, é instrucciones al capitan Lorenzo Guasconi.

Proceso del Cardenal Caraffa en tiempo de Pío IV.  
Plenipotencia dada por Enrique II al Cardenal de Lorena. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Instrucciones del Duque de Alba al Conde de San Valentino. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Guerras de Paulo IV y Felipe II, de Pedro Nores. (Bibl. *Barberini*, Cod. 1679.)

Guerra de Paulo IV contra Felipe II. (Bibl. *Corsini*, Cod. 158.)

Guerra de Paulo IV contra los españoles. (Bibl. *Corsini*, vol. 759, fól. 32.)

Avisos del 1554 al 1558. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1038.)

Instrucciones de Dominico del Nero, enviado al Duque de Alba. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Carta del Duque de Alba al Papa Paulo IV. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Tregua entre S. S. Paulo IV y el Duque de Alba, hecha en Roma en 19 de Noviembre 1556. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Manifiesto y justificacion de Ascanio della Cornia. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Instrucciones, capítulos y convenciones habidas entre la Santa Sede y el Rey Felipe II. (Bibl. *Corsini*, Cod. 156.)

Sumario de las confesiones de Juan Antonio Tafso, maestro de las postas del Emperador;—de Hipólito Capiluppo;—Captura de Garcilaso de la Vega y del abate Brisegno;—Cartas varias. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Ottoboniano*, vol. 2348.)

Epistolæ ad Paulum Papam quartum Caroli Cardinalis Caraffa, diversorum.—Anno 1555, fere totum 1556. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Ottoboniano*, vol. 2348.)

Copia inquisitionum et defensionum Illmi. Caroli Card. Caraffsei. (Bibl. *Corsini*, Cod. 674.)

Carta del Arzobispo de Couza al Rmo. Cardenal Carlos Borromeo, é informacion sobre los negocios de los Caraffas. (Bibl. *Casanatense*, Cod. XX, 1, 36.)

El Duque de Paliano al Cardenal Carlos Caraffa, y Carta del Cardenal Caraffa. (Bibl. *Casanatense*, Cod. XX, 1, 36.)

Discurso en disculpa de los delitos atribuidos al Cardenal Caraffa, compuesto por el Dr. y aboga-



do suyo J. Feliz Scalaleone, napolitano. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1670.)

Capítulos de algunas cartas escritas á Venecia por el embajador Amilio, acerca del proceso de los Caraffas. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1670.)

Relacion de la muerte del Sr. D. Juan Nanni, agente del Rey de España en tiempo de Paulo IV. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1642.)

Apología hecha en la causa de los Caraffas. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1666.)

Diario romano, 1555 al 1558. (Bibl. *Corsini*, Cod. 128.)

Instruccion para el Sr. Secretario Lottino. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Ottoboniano*, vol. 2348.)

Consideraciones sobre la acusacion de Alejandro Palentieri, fiscal en el pontificado de Pío IV. (Bibl. *Vaticana*, Cod. *Urbinate*, vol. 1666.)

Negociaciones para la guerra de Paulo IV contra el Emperador. (M. S. de mi pertenencia.)

Historias trágicas. (M. S. de mi pertenencia.)

---



# ÍNDICE.

	PÁGINAS.
DEDICATORIA. . . . .	3
CAPÍTULO PRIMERO. — Causas de la guerra entre Paulo IV y Felipe II. — Carácter de Paulo IV. — El Cardenal Cár- los Caraffa. — Galeras del Prior de Lombardía. — Cólera del Papa. — Lottino encarcelado. — Reunión de los Impe- riales. — El Papa niega y concede la audiencia al Marqués de Sarriá. — Prision del Cardenal de Santa Fiore. — El Papa hace escribir al Duque de Urbino. — Persecuciones contra los Imperiales Marcantonio Colonna privado de sus Estados. . . . .	5
CAP. II. — Quejas en la corte de Brusélas. — Anibal Ru- cellai, enviado á Francia. — Sus instrucciones. — D. Ber- nardino de Mendoza devuelve las galeras del Prior de Lombardía, y se da la libertad á Santa Fiore. — La corte de Roma persevera en sus intenciones de guerra. — Prision del abate Nanni y de César Spina. — Avisos de Brusélas. — Enojo del Papa. — Se piden socorros con urgencia al Rey de Francia. — Capítulos de la liga con Francia. . .	23
CAP. III. — Negociaciones de Rucellai. — Enrique II envia los cardenales de Lorena y Tournon á Roma. — Tratado de liga entre Enrique II y Paulo IV. — Lorena pasa á Ferrara y Venecia. — El Duque de Somma, enviado á Francia. — Preparativos en Roma. — Carlos V. — Tregua entre Carlos V y Enrique II en Vancelles, 5 de Febrero	

de 1556.—Indignacion y temores del Papa.—Cartas al Duque de Somma.—Enrique II se mantiene firme en la resolucion de observar la tregua.—El Papa envia como legados al cardenal Rebiba á Carlos V y Felipe II, y Caraffa á Enrique II.—Instrucciones públicas de Paulo IV á los legados.—Sus instrucciones secretas á Caraffa. . . . . 49

CAP. IV.—Prision de Garcilaso de la Vega y de Juan Antonio Tassis, maestro de postas.—Consistorio en el cual se hacen acusaciones contra el Emperador y el rey Felipe.—Ascanio della Cornia.—Preparativos del Duque de Alba.—Felipe II.—Felipe se decide á mover guerra á Paulo IV.—El Duque de Alba envia al Conde de San Valentino al Papa.—El Marqués de Sarriá pide una audiencia de despedida y sale de Roma (2 de Agosto de 1556).—Bando del Duque de Alba.—Domenico del Nero enviado por el Papa al Duque.—Sus instrucciones. . . . . 71

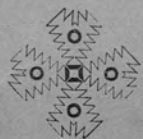
CAP. V.—El cardenal Caraffa en la corte de Francia.—El cardenal de Lorena apoya las gestiones de Caraffa.—Avisos de Roma.—Quejas del Rey de Francia al embajador de Felipe II.—El Duque de Alba continúa los preparativos de guerra.—El Papa llama al cardenal Caraffa.—Enrique II renueva secretamente la liga con el Papa.—El cardenal Caraffa vuelve á Roma.—Pirro di Loffredo lleva una carta del Duque de Alba al Papa (21 de Agosto).—El Duque de Alba escribe á los cardenales. . . . . 91

CAP. VI.—El Duque de Alba sale de Nápoles y se dirige hácia la frontera con su ejército (1.º de Setiembre).—Invasion de los Estados Pontificios (8 de Setiembre).—Pirro di Loffredo encarcelado.—Preparativos de defensa del Papa.—El Virey toma posesion de las ciudades á nombre del Sacro Colegio.—Cólera y quejas del Papa.—Carta del decano del Sacro Colegio al Duque de Alba.—Toma de Anagni.—Contestacion del Duque de Alba á los cardenales.—Temores en Roma.—Algunos cardenales aconsejan la paz.—Fray Tomas Manriquez mandado al Virey.

- Congregacion de cardenales para tratar de la paz. — Condiciones del Duque de Alba. — Respuesta de los cardenales. — Contestacion del Duque y carta al Papa. — Los cardenales de Santiago y Caraffa dan cita al Virey en Grotta Ferrata, y no se presentan. — Quejas del Duque de Alba. 109
- CAP. VII. — Temores y confusion en Roma. — Fuerzas del Papa. — El Duque de Alba se dirige á Tivoli y se apodera de la ciudad. — El Duque hace reposar su ejército. — Mediacion de la República de Venecia. — Rebelion de Netuno. — El Duque de Parma abandona el partido del Papa. — Situacion de Ostia. — El Duque de Alba se dirige á esta ciudad. — Sitio de Ostia. — Pedro Strozzi va á su socorro. — Terror de Roma. — Ataques contra Ostia, que se rinde á discrecion (18 de Noviembre). — Los cardenales de Santiago y Santa Fiore aconsejan la tregua. — Conferencia del Cardenal Caraffa con el Duque de Alba. — Tregua de cuarenta dias. — Pacheco y Fantucci, enviados á Felipe II. — El Duque de Alba se retira á Nápoles. — Jubileo. — Caraffa enviado á Venecia. 133
- CAP. VIII. — Enrique II envia un ejército á Italia. — El Duque de Guisa se reúne con el de Ferrara. — Congreso en Reggio. — Opinion y deseos del cardenal Caraffa. — El Duque de Ferrara rehúsa alejarse de sus Estados. — Preparativos de los príncipes de Italia. — Los eclesiásticos ocupan Ostia y Vicovaro. — Alegría del Papa. — Sus audiencias públicas. — Formacion del tribunal contra el emperador Carlos y su hijo Felipe II. — Medidas adoptadas en España en vista de la guerra. 169
- CAP. IX. — Llegada del Duque de Guisa á Roma. — Puntos por donde podia ser invadido el reino de Nápoles. — El Papa trata de atraerse al Duque de Florencia. — Artes de Cosme, el cual envia á Bartolomeo Concino al Duque de Alba. — Prision de Concino. — El Duque de Guisa sale de Roma en 5 de Abril. — Consistorio celebrado por el Papa. — El Duque de Guisa pasa el Tronto. — Sitio de Civi-

tella. — Desavenencias entre los jefes aliados. — El Papa envía al Duque de Paliano y á Pedro Strozzi al campamento de Guisa, y más tarde el mismo Strozzi á la corte de Francia. . . . .	187
CAP. X. — El Duque de Alba va al encuentro del enemigo (11 de Abril). — Ejército del Duque de Alba. — Guisa envía gente á reconocer el enemigo. — Alba se le opone. — El Duque de Guisa levanta el sitio de Civitella (15 de Mayo). — Contribucion del 1 % establecida por el Papa. — Marcantonio Colonna puesto á la cabeza de las tropas en la Campaña de Roma. — Saqueo de Monte Fortino por Julio Orsini. — Progresos de Colonna. — Llegada de tres mil suizos asalariados por el Papa. — Batalla entre los eclesiásticos y los españoles. — Consternacion de Roma. . .	207
CAP. XI. — El Duque de Guisa se dirige á Tívoli. — Toma de Rocca de Mapini y de Segni. — Placidi, enviado por el cardenal Santa Fiore al Duque de Alba. — Proposiciones de Placidi y contestacion de Alba. — El Virey se aproxima á Roma. — El Papa envía al cardenal Trivulcio y Felipe II á D. Francisco de Valencia á Venecia. — Los venecianos y el Duque de Florencia interponen su mediacion para conseguir un acuerdo entre los contendientes. — El cardenal Caraffa pasa á Palestrina para avistarse con el Duque de Alba. — Se firma la paz en 14 de Setiembre. — Vuelta de Caraffa á Roma. — Entrada del Duque de Alba en la ciudad eterna. — Consistorio tenido en 20 de Setiembre. .	225
MANUSCRITOS CONSULTADOS. . . . .	247







Guerra del  
Papa  
Paulo IV  
y el Rey  
Felipe II

G 58400